

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Rubén Darío

Sergio Ramírez



Comunidad
de Madrid

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Rubén Darío

A handwritten signature of Rubén Darío in dark ink, featuring a stylized, cursive script with a prominent 'R' and 'D'.

Sergio Ramírez

PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Mariano de Paco Serrano

VICENCONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Luis Fernando Martín Izquierdo

DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL Y OFICINA DEL ESPAÑOL

Bartolomé González Jiménez

MAPA DE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS EN MADRID: RUBÉN DARÍO

EDITA:

Comunidad de Madrid

TEXTOS:

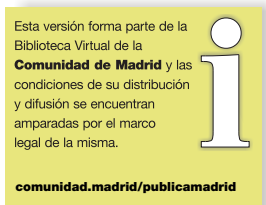
Sergio Ramírez

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Juanjo Ruiz

IMPRESIÓN:

Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid



© de la edición: Comunidad de Madrid

© de los textos: Sergio Ramírez Mercado

© de las imágenes: Biblioteca Regional de Madrid y Diario ABC

La Dirección General de Patrimonio Cultural y Oficina del Español ha hecho todo lo posible para identificar a los propietarios de los derechos intelectuales de las imágenes reproducidas en esta publicación. Se piden disculpas por los posibles errores u omisiones y se agradecerá cualquier información adicional de derechos no mencionados en esta edición para, en caso de tratarse de un requerimiento legítimo y fundamentado, buscar una solución equitativa.

ISBN: 978-84-451-4190-8

DL: M-12384-2025

Impreso en España – Printed in Spain

La relación entre los escritores hispanoamericanos y la ciudad de Madrid ha sido a lo largo de la historia, y continúa siendo hoy día, una fructífera conexión que ha devenido en un crisol de ideas, estilos y movimientos literarios. Desde el Siglo de Oro hasta el presente, Madrid se ha convertido en un punto de referencia para autores que encontraron en la capital española un espacio de inspiración para su quehacer literario.

Durante el Siglo de Oro la influencia española en Hispanoamérica fue crucial. Escritores como Cervantes, Lope de Vega o Garcilaso sentaron las bases de una rica tradición literaria que revisarían sus contemporáneos hispanoamericanos. Este vínculo se verá acentuado en los siguientes siglos cuando el romanticismo, el modernismo y otras corrientes literarias comienzan a florecer y cuando autores como Espronceda, Machado o Valle-Inclán dejan su impronta a ambos lados del Atlántico mientras a Madrid viajan figuras de la talla de Rubén Darío, José Martí o Amado Nervo y se vinculan con los círculos literarios de la capital.

El siglo XX convierte a Madrid en el centro neurálgico de los escritores del llamado "boom latinoamericano", Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Miguel Ángel Asturias o Mario Vargas Llosa, por citar algún ejemplo, pasaron largos periodos en un Madrid que convirtieron en su hogar, donde, no solo concibieron y publicaron algunas de sus obras más relevantes, sino que contribuyeron al establecimiento de un diálogo literario que ha trascendido fronteras.

Un Madrid que, con su rica vida cultural, sus cafés literarios y su vibrante escena artística, se convirtió en un hogar temporal, pero significativo, para su trayectoria vital. La ciudad no es solo un lugar de paso, sino un punto de inspiración y reflexión sobre sus propias realidades y la identidad hispana.

La relación de los escritores hispanoamericanos con Madrid va más allá de una mera estancia en la ciudad, incluye su legado y su influencia. Es un camino de ida y vuelta cargado de historia y relevancia, donde se construyen puentes, fortalecen lazos y florece la literatura. Madrid se convierte en un espacio donde se mantiene viva esta conexión, donde los autores hispanoamericanos son recibidos con entusiasmo y su obra es promocionada convirtiendo a la capital en uno de los grandes centros literarios del siglo XXI.

La Comunidad de Madrid rinde homenaje a siglos de intercambio cultural continuo entre dos literaturas hermanas con este *Mapa de escritores hispanoamericanos* de la mano de Sergio Ramírez Mercado, quien coordina esta serie que toma su punto de partida con el *Mapa de Rubén Darío en Madrid*, del que él mismo es autor.

Mariano de Paco Serrano

Consejero de Cultura, Turismo y Deporte

PRIMERA ESTANCIA (1892)

LAS FIESTAS DEL DESCUBRIMIENTO



Rubén Darío (1867-1916) tenía 25 años cuando llegó por primera vez a España en 1892, después de haber publicado en Chile en 1888 su libro *Azul*, que iniciaría la revolución modernista. En *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, su autobiografía publicada en Argentina por la revista *Caras y Caretas* en 1915, dice:

"Después del nacimiento de mi hijo, la vida se me hizo bastante difícil en Costa Rica y partí solo, de retorno a Guatemala, para ver si encontraba allí manera de arreglarme una situación. En ello estaba, cuando recibí por telégrafo la noticia de que el gobierno de Nicaragua, a la sazón presidido por el doctor Roberto Sacasa, me había nombrado miembro de la Delegación que enviaba Nicaragua a España con motivo de las fiestas del centenario de Colón. No había tiempo para nada; era preciso partir inmediatamente. Así es que escribí a mi mujer y me embarqué a juntarme con mi compañero de Delegación, don Fulgencio Mayorga, en Panamá. En el puerto de Colón tomamos pasaje en un vapor español de la compañía Trasatlántica, si mal no recuerdo el León XIII; y salimos con rumbo a Santander..."

Rubén Darío en 1892

Darío se embarcó en Corinto el 6 de julio de 1892 en el vapor Barracuta, uno de los barcos de la Pacific Mail que hacía el servicio de cabotaje entre los puertos centroamericanos, y el 11 de julio llegó a Panamá, para tomar pasaje rumbo a España en el puerto de Colón, primero en el vapor México que lo llevó hasta La Habana, y desde allí zarpó el 30 de mayo en el Veracruz, ambos parte de la flota de la Compañía Trasatlántica Española, fundada en 1881 por Antonio López, primer marqués de Comillas, que hacía la ruta trasatlántica entre diversos puertos de México, el Caribe y Centroamérica con los de España. Su recuerdo de haber viajado en el León XIII, también propiedad de La Trasatlántica, es erróneo.



El Veracruz hizo escala en La Habana, adonde atracó el 27 de julio, y tras cruzar el atlántico llegó primero a La Coruña, desde donde los delegados nicaragüenses enviaron un telegrama a don Juan Navarro Reverter (1844-1924), delegado general de la Exposición Histórico-Americana, organizada con motivo de las fiestas del cuarto centenario:

"Al llegar a España, la delegación de Nicaragua en la Exposición de Madrid tiene a razón de enviarle a V.E. su más cordial y respetuoso saludo. Fulgencio Mayorga. Rubén Darío.

El telegrama fue reproducido en el periódico *El Globo* de Madrid, con el siguiente agregado:

Cartel conmemorativo del IV Centenario del Descubrimiento de América

El señor Rubén Darío, agregamos nosotros, es uno de los más notables escritores y periodistas de la América española.

Fulgencio Mayorga Buitrago, abogado, ex ministro de Hacienda, presidia de la delegación y era pariente cercano de Darío, quien actuaba como secretario. Formaban también parte de la misma, el cónsul de Nicaragua en Madrid, Ramón de Espínola, español, con domicilio en el paseo de La Castellana 14, y Desiré Pector, francés, cónsul de Nicaragua en París.

El viaje terminó en Santander, y el tren que trajo a Madrid a Darío llegó a la estación del Norte (Príncipe Pío) el 14 de agosto de 1892.

► **Calle del Arenal, 19**

Hotel de las Cuatro Naciones

(Donde se aloja Rubén Darío en su viaje de 1892. Residencia de don Marcelino Menéndez y Pelayo).

La calle del Arenal, de las más populosas de Madrid, tenía a finales del siglo XIX numerosos hoteles, fondas y hostales, entre ellos el Hotel Londres, el Gran Hotel de Oriente, el Hostal Navas, y el Hotel y Fonda de las Cuatro Naciones; así como la botillería Angulo, el Café de Europa, y el Nuevo Café de Levante.

"En Madrid, me hospedé en el hotel de Las Cuatro Naciones, situado en la calle del Arenal y hoy transformado...", dice Darío en su autobiografía.

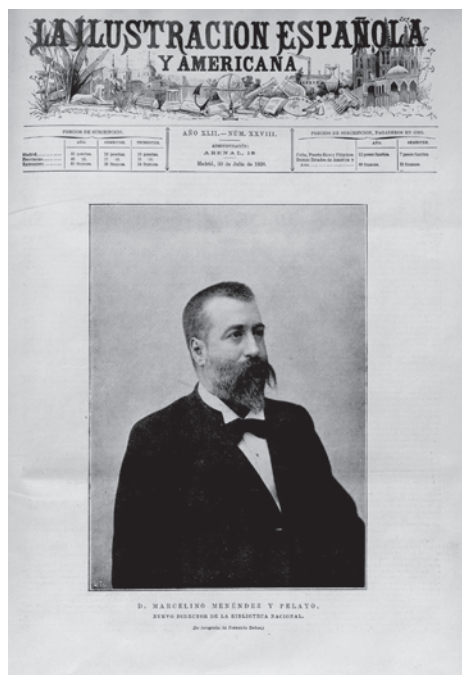


Leopoldo Alas, Clarín

El edificio de estilo neobarroco, con fachada adornada de cariátides y balaustradas, es del año de 1862, obra de los arquitectos José María Mellado y Máximo Robles, y fue destinado inicialmente a viviendas y a establecimientos de comercio que funcionaban en la planta baja. Luego pasó a ser el Hotel o Fonda de las Cuatro Naciones, hasta el año de 1908 cuando, tras ser sometido a reformas, se convirtió en el Hotel Internacional, el cual duró abierto hasta 1986, de nuevo convertido en edificio de viviendas.

En *Un viaje a Madrid*, Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901), que fue huésped del hotel, lo describe como “una de las fondas más bulliciosas, de tráfico incesante, donde comen bien los que tienen estomago de comisionista, pero mal los de estómago delicado”; la propaganda destacaba que el hotel estaba situado en el corazón de la ciudad, “entre la Puerta del Sol, el Gran Teatro Nacional y el Palacio Real, recomendado sobre todo a los viajeros de comercio, donde podían encontrarse departamentos y habitaciones desde dos pesetas”, y para las comidas se ofrecía “mesa redonda, y servicio particular a precio fijo ya la lista”.

Lo primero que Darío descubrió al llegar, por noticia de unos de los empleados, fue que allí se hospedaba de manera permanente don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912):



Marcelino Menéndez y Pelayo en *La Ilustración Española y Americana*

Como supiese mi calidad de hombre de letras, el mozo Manuel me propuso: -«Señorito, ¿quiere usted conocer el cuarto de don Marcelino? Él está ahora en Santander y yo se lo puedo mostrar».

Se trataba de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y yo acepté gustosísimo. Era un cuarto como todos los cuartos de hotel, pero lleno de tal manera de libros y de papeles, que no se comprende cómo allí se podía caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta. Los libros eran de diferentes formatos. Los papeles de grandes pliegos estaban llenos de cosas sabias, de cosas sabias de don Marcelino.

-«Cuando está don Marcelino no recibe a nadie», me dijo Manuel. El caso es que la buena suerte quiso que cuando retornó de Santander el ilustre humanista yo entrara a su cuarto, por lo menos algunos minutos todas las mañanas. Y allí se inició nuestra larga y cordial amistad...

Siempre en *Un viaje a Madrid*, escribe Clarín:

"...La habitación que le dieron a Menéndez Pelayo era la número 30 del piso principal, con balcones a la calle del Arenal y siempre ocupó la misma. Cuando Rubén Darío vino a España, con motivo de las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892, se hospedó en el Hotel de Las Cuatro Naciones; era el mes de septiembre y D. Marcelino no había regresado aún de Santander; pero Manuel, el mozo que tenía a su cargo el piso, le enseñó la habitación. «Era —dice en una de sus crónicas— un cuarto como todos los del hotel; pero lleno de tal manera de libros y papeles, que no se comprende cómo allí se podía caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta. Los libros eran de diferentes formatos. Los papeles, de grandes pliegos, estaban llenos de cosas sabias de D. Marcelino».

Y el historiador Antonio Rubió y Lluch (1856-1937), en un artículo publicado en el periódico mexicano *El Tiempo* en 1891, recuerda:

La habitación que Menéndez Pelayo ocupa en el hotel de la calle del Arenal se compone de dos piezas no muy holgadas. Al entrar se encuentra una pequeña salita amueblada modestamente, con una chimenea a la derecha, dos balcones enfrente que dan a la ruidosa calle del Arenal, frecuentada por innumerales coches de lujo, y por todos los vendedores ambulantes de

Madrid, y una puertecita a la izquierda que abre paso al cuarto-dormitorio. Componen el mueblaje de esta pieza una cama de hierro enfrente del balcón, una mesita de noche y un lavabo de caoba, de esa hechura menestral de que sólo se encuentran ejemplares en las fondas de segundo o tercer orden y en las casas de huéspedes...".



Hotel de Las Cuatro Naciones

Menéndez Pelayo acababa de terminar su *Antología de poetas hispanoamericanos*, pues tiene prólogo del 2 de septiembre de 1882, y que le había sido encargada con motivo del centenario del descubrimiento. La antología no incluía a ningún autor vivo, pero añadió un breve comentario que decía: «una nueva generación poética se ha levantado en la América Central, y uno, por lo menos, de sus poetas ha demostrado serlo de verdad». No menciona a Darío por su nombre, pero cuando la obra se reeditó en 1911, agregó: «Claro es que se alude al nicaragüense Rubén Darío, cuya estrella poética comenzaba a levantarse en el horizonte cuando se hizo la primera edición de esta obra en 1892».

► **Esquina de Alcalá y Virgen de los Peligros**
El Café de Fornos



El Café de Fornos

El café de Fornos, inaugurado en 1870, se hallaba en la esquina de la calle de Alcalá con la calle de la Virgen de los Peligros, y fue uno de los lugares de tertulia más conocidos de Madrid, frecuentado por intelectuales y artistas, a la cabeza don Marcelino Menéndez Pelayo, que comía allí, y luego por otras figuras como Azorín, Pío Baroja y Manuel Machado.

Darío solía cenar en el Fornos con amigos hispanoamericanos presentes en las celebraciones del cuarto centenario, entre ellos Luis Orrego Lugo, cónsul de Chile, a quien ya conocía desde sus años en Santiago; el poeta Máximo Soto Hall, delegado de Guatemala; el poeta Francisco Icaza, de México; y los españoles Vital Aza, humorista, y Manuel del Palacio.

► **Cuesta de Santo Domingo, 3**
Residencia de don Juan Valera (1824-1905)

La cuesta de Santo Domingo baja desde la calle Arrieta, al costado del Teatro Real, hasta la Plaza del mismo nombre; en el edificio número 3, vivió hasta su muerte don Juan Valera, donde celebraba sus tertulias y lo visitó Rubén Darío; en el mismo inmueble tuvo su oficina de abogado José Antonio Primo de Rivera.

Darío escribe en su autobiografía:

Uno de mis mejores amigos fue don Juan Valera, quien ya se había ocupado largamente en sus *Cartas Americanas* de mi libro *Azul*, publicado en Chile. Ya estaba retirado de su vida diplomática; pero su casa era la del más selecto espíritu español de su tiempo, la del «tesorero de la lengua castellana», como le ha llamado el conde de las Navas, una de las más finas amistades que conservo desde entonces. Me invitó don Juan a sus reuniones de los viernes, en donde me hice de excelentes conocimientos: el duque de Almenara Alta, don Narciso Campillo y otros cuantos que ya no recuerdo. El duque de Almenara era un noble de letras, buen gustador de clásicas páginas; y por su parte, dejó algunas amenas y plausibles. Campillo, que era catedrático y hombre aferrado a sus tradicionales principios, tuvo por mí simpatías, a pesar de mis demostraciones revolucionarias. Era conversador de arranques y ocurrencias graciosísimas, y contaba con especial donaire cuentos picantes y verdes.

Cuando apareció *Azul* en Chile, Valera recibió un ejemplar autografiado por Darío, por medio de su pariente don Antonio Alcalá Galiano y Miranda (1842-1902), entonces cónsul de España en Valparaíso. Había dedicado a Darío dos de sus *Cartas Americanas*, con fechas del 22 y el 29 de octubre de 1888, publicadas en *El Imparcial* de Madrid. En la primera de ellas dice:

...No bien le he leído, he formado muy diferente concepto. Usted es usted con gran fondo de originalidad y de originalidad muy extraña. Si el libro, impreso en Valparaíso este año de 1888, no estuviese en muy buen castellano, lo mismo podría ser de un autor francés, que de un italiano, que de un turco o de un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita.



Juan Valera

Hasta el nombre y apellido del autor, verdaderos o contrahechos y fingidos, hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico, y persa es Darío; de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser o es de todos los países, castas y tribus...

...Y usted no imita a ninguno: ni es usted romántico, ni naturalista, ni *neurótico*, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quintaesencia.

Ya Darío en España, Valera escribe a Santander el 29 de agosto a Menéndez y Pelayo:

Considero a Vd. engolfado en la *Antología de Poetas Líricos Americanos*. Muchísimo malo debe de haber. Lo difícil es escoger lo menos malo, y ver cómo, sin que se piquen los postergados, atina Vd. a hacer un libro en que se pueda leer algo más que el Prólogo o Introducción que Vd. escriba.

Rubén Darío, tal vez el mejor y más original autor que hay ahora en América, está en España. Supongo que andará viendo ciudades y aun no habrá venido a Madrid, pues o hubiera acudido a verme a mi casa o yo, que le he buscado por las fondas, hubiera ya dado con él...

Y el 18 de septiembre, vuelve a escribirle:

...Anoche, por ser sábado, tuve aquí mi pequeño aquelarre literario. Acudieron a él P. Alcalá Galiano, Narciso Campillo, Correa, Miguel de los Santos Álvarez, mi primo Joaquín, si no por literato por pariente; Salvador Rueda y dos *chichitos*: el delegado del Ecuador en la Exposición, que es un majadero benigno, y Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día. Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí; sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo; y además no lo diré imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que

aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semi-español, semi-indio. ¡Cómo se contrapone al otro *chichito*, cuyos versos son una decimoquinta dilución de Bécquer en líquida tontería! y ya en Bécquer había algo de dilución de Heine. Mientras que en Rubén Darío hay, sobre el mestizo (de español y de indio) el extracto, la refinada tintura del *parnasiano*, del *decadente* y de todo lo novísimo de extranjería, de donde resulta a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto. Ni tampoco afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es un muchacho de veinticinco años, de suerte que yo espero de él mucho más. Y me lisonjeo de que Vd. ha de pensar como yo cuando lea con atención o bien oiga lo que escribe este poeta en prosa y en verso. Y no me ciega ni seduce su facha, que no es todo lo buena que pudiera ser, ni su fácil palabra, porque es encogido y silencioso...

► **Desde la Cuesta de Santo Domingo, hasta la Puerta del Sol, y las cercanías del Casino de Madrid, en la carrera de San Jerónimo**

Don Miguel de los Santos Álvarez (1818-1892) fue un poeta del romanticismo, amigo íntimo de José de Espronceda. La descripción que Darío hace de él como "un viejecito de cuerpo pequeño, algo encorvado y al parecer bastante sordo", no se corresponde con la edad que don Miguel tenía entonces, 74 años, apenas seis más que Valera, quien lo llamaba "la reliquia":

La noche que me dedicara don Juan Valera, y en la cual leí versos, me dijo: «Voy a presentar a usted una reliquia». Como pasaran las doce y la reliquia no apareciese, creí que la cosa quedaría para otra ocasión, tanto más, cuanto que comenzaban a retirarse los contertulios. Pero don Juan me dijo que tuviese paciencia y esperase un rato más. Quedábamos ya pocos, cuando a eso de las dos de la mañana, sonó el timbre y a poco entró, envuelto en su capa, un viejecito de cuerpo pequeño, algo encorvado y al parecer bastante sordo. Me presentó a él el dueño

de la casa, más no me dijo su nombre, y el viejecito se sentó a mi lado. El para mí desconocido, empezó a hablarme de América, de Buenos Aires, de Río de Janeiro, en donde había estado por algún tiempo, con cargos diplomáticos, o comisiones del gobierno de España; y luego, tratando de cosas pasadas de su vida, me hablaba de «Pepe»: «Cuando Pepe estuvo en Londres»... «Un día me decía Pepe»... «Porque como el carácter de Pepe era así»... El caso me intrigaba vivamente. ¿Quién era aquél viejecito que estaba a mi lado? No pude dominar mi curiosidad, me levanté y me dirigí a don Juan Valera. «Dígame señor, le dije, ¿quién es el señor anciano a quien usted me ha presentado?». -«La reliquia», me contestó. -«¿Y quién es la reliquia?». «Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno»... La reliquia era don Miguel de los Santos Álvarez; y Pepe, naturalmente, era Espronceda.

Salimos casi de madrugada. Campillo y yo, con nosotros don Miguel. Desde la Cuesta de Santo Domingo, llegamos hasta la Puerta del Sol, y luego, a las cercanías del Casino de Madrid. Yo tenía la intención de ir a acompañar la reliquia a su casa, pues ya los resplandores del alba empezaban a iluminar al cielo. Se lo manifesté y él, con mucho gracejo, me contestó: -«Le agradezco mucho, pero yo no me acuesto todavía. Tengo que entrar al Casino, en donde me aguardan unos amigos... Ya ve usted; calcule los años que tengo... ¡y luego dirán que hace daño trasnochar!». Me despedí muy satisfecho de haber conocido a semejante hombre de tan lejanos tiempos.

► **Calle de Serrano**

Residencia de Vicente Riva Palacio

Corre desde la plaza de la Independencia, puerta de Alcalá, hasta la plaza de la república del Ecuador, tras atravesar los barrios de Salamanca y Chamartín. Debe su nombre al hombre de estado Francisco Serrano (1810-1885). Vivieron allí, entre otros, Manuel Azaña, Emilio Castelar, Manuel de Falla, y el propio Rubén Darío durante su última estancia en Madrid.

El general Vicente Riva Palacio (1832-1896), político y militar, aficionado a las letras, nieto del prócer Vicente Guerrero, combatió en la guerrilla contra la intervención francesa y la intervención de Estados Unidos. El dictador Porfirio Díaz, que lo quería lejos de México, lo envió a Madrid

como ministro plenipotenciario (embajador) de México en España y Portugal. Darío entró en relación con él en su viaje de 1892, según recuerda en su autobiografía:

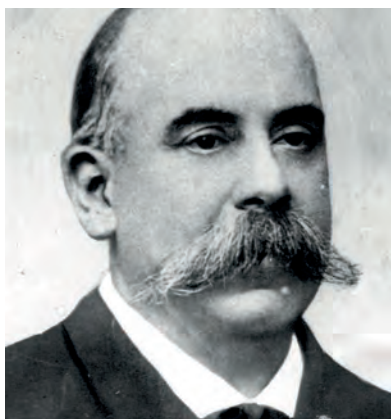


Calle Serrano

Era el alma de las delegaciones hispanoamericanas al general don Vicente Riva Palacio, ministro de Méjico, varón activo, culto y simpático. En la corte española el hombre tenía todos los merecimientos; imponía su buen humor y su actitud siempre laboriosa era por todos alabada. El general Riva Palacio había tenido una gran actuación en su país como militar y como publicista, y ya en sus últimos años fue enviado a Madrid, en donde vivía con esplendor, rodeado de amigos, principalmente funcionarios y hombres de letras. Se cuenta que algún incidente hubo en una fiesta de Palacio, con la reina regente doña María Cristina, pues ella no podía olvidar que el general Riva Palacio había sido de los militares que tomaron parte en el juzgamiento de su pariente, el emperador Maximiliano; pero todo se arregló, según parece, por la habilidad de Cánovas del Castillo, de quien el mejicano era íntimo amigo.

Tenía don Vicente, en la calle de Serrano, un palacete lleno de obras de arte y antigüedades, en donde solía reunir a sus amigos de letras, a quienes encantaba con su conversación chispeante y la narración de interesantes anécdotas. Era muy aficionado a las zarzuelas del género chico y frecuentaba, envuelto en su capa clásica, los teatros en donde había tiples buenas mozas. Llegó a ser un hombre popular en Madrid, y cuando murió, su desaparición fue sentida.

► **Calle Serrano, 40**
Residencia de Emilio Castelar (1832-1899)



Emilio Castelar

Darío escribe en su autobiografía:

Fui amigo de Castelar. La primera vez que llegué a casa del gran hombre, iba con la emoción que Heine sintió al llegar a la casa de Goethe. Ciertamente que la figura de Castelar tenía, sobre todo para nosotros los hispano-americanos, proporciones gigantescas, y yo creía, al visitarle, entrar en la morada de un semidiós. El orador ilustre me recibió muy sencilla y afablemente en su casa de la calle Serrano. Pocos días después me dio un almuerzo, el célebre político Abarzuza y el banquero don Adolfo Calzado. Alguna vez he escrito detalladamente sobre este almuerzo, en el cual la conversación inagotable de Castelar fue un deleite para mis

oídos y para mi espíritu. Tengo presente que me habló de diferentes cosas referentes a América, de la futura influencia de los Estados Unidos sobre nuestras Repúblicas, del general Mitre, a quien había conocido en Madrid, de *La Nación*, diario en donde había colaborado; y de otros tantos temas en que se expedía su verbo de colorido profuso y armonioso. En ese almuerzo nos hizo comer unas riquísimas perdices que le había enviado su amiga la duquesa de Medinaceli. Hay que recordar que Castelar era un gourmet de primer orden y que sus amigos, conociéndole este flaco, le colmaban de presentes gratos a Meser Gaster.

Después tuve ocasión de oír a Castelar en sus discursos. Le oí en Toledo y le oí en Madrid. En verdad era una voz de la naturaleza, era un fenómeno singular como el de los grandes tenores, o los grandes ejecutantes. Su oratoria tenía del prodigio, del milagro; y creo difícil, sobre todo ahora que la apreciación sobre la oratoria ha cambiado tanto, que se repita dicho fenómeno, aunque hayan aparecido, tanto en España como en la Argentina por ejemplo en Belisario Roldán, casos parecidos.

He recordado alguna vez, cómo en casa de doña Emilia Pardo Bazán y en un círculo de admiradores, Castelar nos dio a conocer la manera de perorar de varios oradores célebres que él había escuchado, y luego la manera suya, recitándonos un fragmento del famoso discurso-réplica al cardenal Manterola. Castelar era en ese tiempo, sin duda alguna, la más alta figura de España y su nombre estaba rodeado de la más completa gloria.

► **Calle de la Cruzada, 4**
Palacio de Domingo Trespalacios

Residencia del poeta Gaspar Núñez de Arce (1832-1903)

La calle de la Cruzada, que corre entre la calle de San Nicolás y la calle de los señores de Luzón, debe su nombre a que en ella se hallaba el Consejo de la Santa Cruzada, un tribunal jurisdiccional de la iglesia católica que fallaba sobre discrepancias del clero.

Dice Darío en su autobiografía:

Conocí a don Gaspar Núñez de Arce, que me manifestó mucho afecto y que, cuando alistaba yo mi viaje de retorno a Nicaragua,

hizo todo lo posible para que me quedase en España. Escribió una carta a Cánovas del Castillo pidiéndole que solicitase para mí un empleo en la compañía Trasatlántica. Conservaba yo hasta hace poco tiempo la contestación de Cánovas, que se me quedó en la redacción del *Fígaro* de La Habana. Cánovas le decía que se había dirigido al marqués de Comillas; que éste manifestaba la mejor voluntad; pero que no había, por el momento, ningún puesto importante que ofrecerme. Y a vuelta de varias frases elogiosas para mí, «es preciso, decía, que lo naturalicemos». Nada de ello pudo hacerse, pues mi visita era urgente.

La amistad de Darío con Núñez de Arce se mantuvo viva, y cuando en 1893 Darío viaja a Buenos Aires desde Francia para tomar posesión como cónsul de Colombia, nombrado por el presidente Rafael Núñez, le escribe un saludo desde el puerto de Vigo, que Núñez de Arce responde de manera cordial.

Más tarde, en 1899, escribirá sobre él en una de las crónicas de esa segunda estancia, que forman el libro *España Contemporánea*:

El vate de antes se encuentra ya transpuesto en época que desconoce sus pasados versos, alojada hoy en una casilla de retórica. No es esto desconocer el inmenso mérito de ese noble cultivador del ritmo, que ha dominado a más de una generación con su métrica de bronce. Hoy España no cuenta con poeta mejor. Más aún: no existe reemplazante. Cuando deje de aparecer en el nacional Parnaso esa figura de combatiente, que ha magnificado con su severa armonía la lengua castellana, no habrá quien pueda mover su armadura y sus armas...

► **Carrera de San Jerónimo** **Residencia de don Ramón de Campoamor**

Antigua camino o carrera que conducía al monasterio de San Jerónimo el Real. Corre entre la plaza de las Cortes y la Puerta del Sol, de por medio la plaza de Canalejas.

En 1891, don Ramón de Campoamor (1817-1901), cuya esposa Guillermina O'Gorman había fallecido el año anterior, deja su domicilio de la Plaza de las Cortes y se traslada a la carrera de San Jerónimo, siendo entonces senador del reino por León. Es allí donde Darío lo visita en 1892, se-

gún cuenta en su autobiografía, en compañía del médico y escritor José Verdes Montenegro (1866-1942).



José Verdes Montenegro

Conocí a don Ramón de Campoamor. Era todavía un anciano muy animado y ocurrente. Me llevó a su casa el doctor José Verdes Montenegro, que era en ese tiempo muy joven. Se quejó el poeta de las Doloras y de los Pequeños Poemas, de ciertos críticos, en la conversación. «No quieren que los chicos me imiten», decía. Conservaba entre sus papeles, y me hizo que la leyera, una décima sobre el que yo había publicado en Santiago de Chile y que le había complaci-

do mucho. Era un amable y jovial filósofo. Gozaba de bienes de fortuna; era terrateniente en su país de Asturias, allí donde encontrara tantos temas para sus fáciles y sabrosas poesías. Ese risueño moralista era en ocasiones como su gaitero de Gijón. Muchas veces sonríe mostrando la humedad brillante de una lágrima.

La décima publicada en el diario *La Época* de Santiago de Chile, a la que se refiere, escrita a la manera del propio Campoamor, fue incluida en *El canto errante*, de 1907:

Éste del cabello cano,
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano;
cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que, volando del papel,
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

A ella respondió Campoamor con otro poema:

A ese del cabello oscuro,
como la nocturna bruma,
púsole Dios en la pluma,
luz de sideral destello.
Cuando de su canto bello nos llega la sensación
se oyen mezcladas al son de las guslas orientales
los sonidos tropicales
de las selvas de Colón.

► | **La Puerta del Sol** **Hotel Universo**

(Donde se aloja Ricardo Palma y Darío conoce a José Zorrilla)

En la Puerta del Sol, el ombligo de Madrid, se hallaban varios de los hoteles más destacados, entre ellos el Grand Hôtel de Paris, inaugurado en 1864; el Hotel o Fonda de Los Príncipes, inaugurado en 1861, con ventanas al chorro de la fuente; y otros más modestos, como la Fonda de San Luis y las Diligencias Peninsulares. El Hotel Universo abrió sus puertas en el año 1870.



José Zorrilla

Don Ricardo Palma (1833-1919), el célebre escritor autor de las *Tradiciones peruanas*, llegó en septiembre de 1892 a Madrid con sus hijos Angélica y Ricardo, como parte de la delegación del Perú a las fiestas del centenario del descubrimiento. Darío admiraba a don Ricardo, y al regresar de Valparaíso hacia Nicaragua en 1888, había bajado del barco en el puerto del Callao para hacerle una visita en Lima.

Al llegar a Madrid se alojó por breves días en el Hotel Universo, de la Puerta del Sol, que es donde lo visita Darío:

Un día, en un hotel que daba a la Puerta del Sol, a donde había ido a visitar al glorioso y venerable don Ricardo Palma, entró

un viejo cuyo rostro no me era desconocido, por fotografías y grabados. Tenía un gran lobanillo o protuberancia a un lado de la cabeza. Su indumentaria era modesta, pero en los ojos le relampagueaban el espíritu genial. Sin sentarse habló con Palma de varias cosas. Éste me presentó a él; y yo me sentí profundamente conmovido...

...Era don José Zorrilla, «el que mató a don Pedro y el que salvó a don Juan» ...Vivía en la pobreza, mientras sus editores se habían llenado de millones con sus obras. Odiaba su famoso «Tenorio» ...Poco tiempo después, la viuda tenía que empeñar una de las coronas que se ofrendaran al mayor de los líricos de España... Después de que Castelar había pedido para él una pensión a las Cortes, pensión que no se consiguió a pesar de la elocuencia del Crisóstomo, que habló de quien era propietario del cielo azul, «en donde no hay nada que comer»...

Para entonces José Zorrilla (1817-1893) vivía en la calle de Santa Teresa 4, en el último piso "cerca del cielo". Padecía de un tumor cerebral, del que fue operado en 1890, enfermedad de la que habría de morir en enero de 1893, tras una nueva operación.

► **Calle de San Bernardo, 35** **Residencia de la condesa Emilia Pardo Bazán de 1890 a 1915**

La calle de San Bernardo, antigua calle Ancha de San Bernardo, se prolonga desde la cuesta de Santo Domingo hasta la glorieta de Quevedo. Comprada en 1890 por José Pardo Bazán, padre de Emilia.



Emilia Pardo Bazán

A su llegada a Madrid, Darío fue invitado a frecuentar las tertulias de doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921) en su casa de San Bernardo, como lo recuerda en su autobiografía:

Conocí a doña Emilia Pardo Bazán. Daba fiestas frecuentes, en ese tiempo, en honor de las delegaciones hispano-americanas que llegaban a las fiestas del centenario colombino. Sabidos son el gran talento y la verbosidad de la infatigable escritora.

Las noches de esas fiestas llegaban los orfeones de Galicia, a cantar alboradas bajo sus balcones. La señora Pardo Bazán todavía no había sido titulada por el rey; pero estaba en la fuerza de su fama y de su producción. Tenía un hijo, entonces jovencito, don Jaime, y dos hijas, una de ellas casada hoy con el renombrado y bizarro coronel Cavalcanti. Su salón era frecuentado por gente de la nobleza, de la política y de las letras; y no había extranjero de valer que no fuese invitado por ella. Por esos días vi en su casa a Maurice Barrés, que andaba documentándose para su libro *Du sang, de la volupté et de la Mort*. Por cierto, que le pasó una aventura graciosísima en una corrida de toros.

A esas célebres tertulias de los jueves se daban cita los intelectuales de más renombre en Madrid, y en las que concurre Darío mientras permanece en España, son invitados también los demás delegados americanos a las fiestas del descubrimiento, y asisten Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros; Castelar, Núñez de Arce, Valera, José de Echegaray, Federico Balart, Soledad Acosta de Samper, Blanca de los Ríos, Alfredo Escobar, marqués de Valdeiglesias, Emilio Alcalá Galiano, conde Casa Valencia, y tal como Darío, menciona, el escritor francés Mauricio Barrés.

► La huerta de Cánovas

Entre el paseo de La Castellana y la calle de Serrano

Residencia de Antonio Cánovas del Castillo y su esposa Joaquina de Osma



Cánovas del Castillo

Este palacete, que ocupó el predio donde hoy se halla la embajada de Estados Unidos, fue construido en 1880 por Joaquín José de Osma, marqués de la Puente y Sotomayor, ministro plenipotenciario del Perú, y cedido a su hija Joaquina cuando contrajo matrimonio en 1887 con Cánovas del Castillo).

Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), casado en segundo matrimonio con Joaquina de Osma (1855-1901), fue cabeza del régimen de la restauración bajo el reinado de Alfonso XIII y bajo la regencia

de María Cristina, cumplía uno de sus varios periodos como presidente del Consejo de Ministros cuando Darío llegó a España en 1892. Fue asesinado a tiros por un anarquista italiano en 1897.

Darío fue invitado a una comida ofrecida en la Huerta, en la que le dieron en la mesa el sitio de honor, y a la que asistieron otros delegados hispanoamericanos, entre ellos el general Riva Palacio, de México; José Zorrilla de San Martín, de Uruguay; Ricardo Palma, de Perú; y Luis Orrego Luco, de Chile; y escritores españoles y representantes de la nobleza.

Lo recuerda en su autobiografía:

Conocí mucho a don Antonio Cánovas del Castillo, a quien fui presentado por don Gaspar Núñez de Arce. Hacía poco que aquel vigoroso viejo que era la mayor potencia política de España, se había casado con doña Joaquina de Osma, bella, inteligente y voluptuosa dama, de origen peruano. Mucho se había hablado de ese matrimonio, por la diferencia de edad; pero es el caso que Cánovas estaba locamente enamorado de su mujer, y su mujer le correspondía con creces. Cánovas adoraba los hombros maravillosos de Joaquina, y por otras partes, en las estatuas de su sérre, o en las que decoraban vestíbulos y salones, se veían como amorosas reproducciones de aquellos hombros y aquellos senos incomparables, revelados por los osados escotes. La conversación de Cánovas, como saben todos los que le trataron de cerca, era llena de brío y de gracia, con su peculiar ceceo andaluz. Su mujer no le iba en zaga como conversadora lista y pronta para la ripposta; y pude presenciar, en una de las comidas a que asistiera en el opulento palacio de la Huerta, en la Guindalera, a una justa de ingenio en que tomaban parte Cánovas, Joaquina, Castelar y el general Riva Palacio.

Cuéntase ahora en Madrid una leyenda, que, si no es cierta, está bien inventada como un cuento de antaño o como un romántico poema. Dícese que cuando Cánovas fue asesinado por truculento y fanático anarquista italiano, se repitió en España el episodio de doña Juana la Loca. Y que, una vez que el cuerpo de su marido fue enterrado, después que le hubo acompañado hasta el lugar de su último reposo, sin derramar, como extática, una sola lágrima, la esposa se encerró en su palacio y no volvió

a salir más de él. Dícese que apenas hablaba por monosílabos con la servidumbre para dar sus órdenes; que recorría los salones solitarios con sus tocas de viuda; que una noche de invierno se vistió de blanco con su traje de novia; que, por la mañana, los criados la buscaron por todas partes, sin encontrarla; hasta que la hallaron en el jardín, ya muerta; tendida con la cara al cielo y cubierta por la nieve. Ello es lindo y fabuloso; Tennyson, Bécquer o Barbey d'Aureville...

► **Calle Jovellanos, 5, bajo, interior**
Domicilio del poeta Salvador Rueda

La calle de Jovellanos corre entre las calles de Madrazos y Zorrilla, y el N.º 5 se halla frente al Teatro de la Zarzuela.

Uno de los primeros conocimientos que trabó Darío en Madrid durante su primera estancia fue con el poeta andaluz Salvador Rueda (1857-1933), quien entraba dentro del universo de las innovaciones modernistas que Darío proclamaba. Juntos fueron a visitar a Núñez de Arce, y la amistad entre ambos fue desde el principio entusiasta. Rueda tenía ya listo para publicación su libro *En tropel, cantos españoles*, y Darío le escribió un *Pórtico* en forma de un extenso poema, incluido en *Prosas Profanas*, publicado en Buenos Aires en 1896:

PÓRTICO

Libre la frente que el casco rehúsa,
casi desnuda en la gloria del día,
alza su tirso de rosas la musa
bajo el gran sol de la eterna Harmonía.

Es Floreal, eres tú, Primavera,
quien la sandalia calzó a su pie breve;
ella, de tristes nostalgias muriera
en el país de los cisnes de nieve.

Griega es su sangre, su abuelo era ciego;
sobre la cumbre del Pindo sonoro
el sagitario del carro de fuego
puso en su lira las cuerdas de oro.

Y bajo el pórtico blanco de Paros,
y en los boscajes de frescos laureles,
Píndaro diole sus ritmos preclaros,
diole Anacreonte sus vinos y mieles.

Toda desnuda, en los claros diamantes
que en la Castalia recaman las linfas,
viéronla tropas de faunos saltantes,
cual la más fresca y gentil de las ninfas.

Y en la fragante, harmoniosa floresta,
puesto a los ecos su oído de musa,
Pan sorprendiela escuchando la orquesta
que él daba al viento con su cornamusa.

Ella resurge después en el Lacio,
siendo del tedio su lengua exterminio;
lleva a sus labios la copa de Horacio,
bebe falerno en su ebúrneo triclinio.

Pájaro errante, ideal golondrina,
vuela de Arabia a un confín solitario,
y ve pasar en su torre argentina
a un rey de Oriente sobre un dromedario;

rey misterioso, magnífico y mago,
dueño opulento de cien Estambules,
y a quien un genio brindara en un lago
góndolas de oro en las aguas azules.

Ese es el rey más hermoso que el día,
que abre a la musa las puertas de Oriente;
ese es el rey del país Fantasía,
que lleva un claro lucero en la frente.

Es en Oriente donde ella se inspira
en las moriscas exóticas zambras;
donde primero contempla y admira
las cinceladas divinas alhambras;

las muelles danzas en las alcatifas
donde la mora sus velos desata,
los pensativos y viejos kalifas
de ojos oscuros y barbas de plata.

Es una bella y alegre mañana
cuando su vuelo la musa confía
a una errabunda y fugaz caravana
que hace del viento su brújula y guía.

Era la errante familia bohemia,
sabía en extraños conjuros y estigmas,
que une en su boca plegaria y blasfemia,

que ama los largos y negros cabellos,
danzas lascivas y finos puñales,
ojos llameantes de vivos destellos,
flores sangrientas de labios carnales.

Y con la gente morena y huraña
que a los caprichos del aire se entrega,
hace su entrada triunfal en España
fresca y riente la rítmica griega.

Mira las cumbres de Sierra Nevada,
las bocas rojas de Málaga, lindas,
y en un pandero su mano rosada
fresca recoge, claveles y guindas.

Canta y resuena su verso de oro,
ve de Sevilla las hembras de llama,
sueña y habita en la Alhambra del moro;
y en sus cabellos perfumes derrama.

Busca del pueblo las penas, las flores,
mantos bordados de alhajas de seda,
y la guitarra que sabe de amores,
cálida y triste querida de Rueda;

(urna amorosa de voz femenina,
caja de música de duelo y placer:
tiene el acento de un alma divina,
talle y caderas como una mujer.)

Va del tablao flamenco a la orilla
y ase en sus palmas los crócalos negros,
mientras derrocha la audaz seguidilla
bruscos acordes y raudos alegros.

Ritma los pasos, modula los sonos,
ebria risueña de un vino de luz,
hace que brille los ojos gachones,
negros diamantes del patio andaluz.

Campo y pleno aire refrescan sus alas;
ama los nidos, las cumbres, las cimas;
vuelve del campo vestida de galas,
cuelga a su cuello collares de rimas.

En su tesoro de reina de Saba,
guarda en secreto celestes emblemas;
flechas de fuego en su mágica aljaba,
perlas, rubíes, zafiros y gemas.

Tiene una corte pomposa de majas,
suya es la chula de rostro risueño,
suyas las juergas, las curvas navajas
ebrias de sangre y licor malagueño.

Tiene por templo un alcázar marmóreo,
guárdalo esfinge de rostro egipciaco,
y cual labrada en un bloque hiperbóreo,
Venus enfrente de un triunfo de Baco,

dentro presenta sus formas de nieve,
brinda su amable sonrisa de piedra,
mientras se enlaza en un bajo-relieve
a una dríada ceñida de hiedra,

un joven fauno robusto y violento,
dulce terror de las ninfas incautas,
al son triunfante que lanzan al viento
tímpanos, liras y sistros y flautas.

Ornan los muros mosaicos y frescos,
áureos pedazos de un sol fragmentario,
iris trenzados en mil arabescos,
joyas de un hábil cincel lapidario.

Y de la eterna Belleza en el ara,
ante su sacra y grandiosa escultura,
hay una lámpara en albo carrara,
de una eucarística y casta blancura.

Fuera, el frondoso jardín del poeta
ríe en su fresca y gentil hermosura;
ágata, perla, amatista, violeta,
verdor eclógico y tibia espesura.

Una andaluza despliega su manto
para el poeta de música eximia;
rústicos Títiros cantan su canto;
bulle el hervor de la alegre vendimia.

Ya es un tropel de bacantes modernas
el que despierta las locas lujurias;
ya húmeda y triste de lágrimas tiernas,
da su gemido la gaita de Asturias.

Francas fanfarrias de cobres sonoros,
labios quemantes de humanas sirenas,
ocres y rojos de plazas de toros,
fuegos y chispas de locas verbenas.

Joven homérica, un día su tierra
viole que alzaba soberbio estandarte,
buen capitán de la lírica guerra,
regio cruzado del reino del arte.

Viole con yelmo de acero brillante,
rica armadura sonora a su paso,
firme tizona, bronceo olifante,
listo y piafante su excelso Pegaso.

Y de la brega tornar viole un día
de su victoria en los bravos tropeles,
bajo el gran sol de la eterna Harmonía,
dueño de verdes y nobles laureles.

Fue aborrecido de Zoilo, el verdugo.
Fue por la gloria su estrella encendida.
Y esto pasó en el reinado de Hugo,
emperador de la barba florida.

En la introducción del mismo libro, Rueda elogia Darío al agradecer el *Pórtico*:

Como sabe el público español, se halla entre nosotros, y ojalá se quede para siempre, el poeta que, según frase de mi querido amigo Zorrilla de San Martín, autor de *Tabaré*, más sobresale en América Latina: el divino visionario, maestro de la rima, músico triunfal del idioma, enamorado de las abstracciones y símbolos y quintaesenciado artista que se llama Rubén Darío.

Y sabiendo yo cómo su afligranada pluma labra el verso, le he ofrecido las primeras páginas de esta obra para que en ellas levante su *Pórtico*, que es lo único admirable que va en este libro, a fin de que admiren tan brillante poeta los españoles. Soy yo quien sale perdiendo con esta portada, porque ¿qué lector se va a hallar a gusto en el edificio de este libro, sin luz ni belleza, después de haber visto arco tan hermoso? ...Doy públicamente las gracias a mi amigo el poeta autor de *Azul...*, que tan egregia genealogía supone a mi pobre musa, y deténgase el lector en el frontis y no pase de él si quiere conservar una bella ilusión...

Y por intermediación del propio Rueda, y de Valera, el periódico *El liberal* publica el 25 de septiembre el poema de Darío *Elogio a la seguidilla*, que junto con *Pórtico* formaría parte del libro *Canciones de España*, que nunca terminó. También fue incluido en *Prosas profanas*:

ELOGIO DE LA SEGUIDILLA

Metro mágico y rico que al alma expresas
llameantes alegrías, penas arcanas,
desde en los suaves labios de las princesas
hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Las almas armoniosas buscan tu encanto,
sonora rosa métrica que ardes y brillas,
y España ve en tu ritmo, siente en tu canto
sus hembras, sus claveles, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre como una cinta,
el músico te adula, te ama el poeta;
Rueda en ti sus fogosos paisajes pinta
con la audaz policromía de su paleta.

En ti el hábil orfebre cincela el marco
en que la idea-perla su oriente acusa,
o en su cordaje harmónico formas el arco
con que lanza sus flechas la airada musa.

A tu voz en el baile crujen las faldas,
los piecitos hacen brotar las rosas
e hilan hebras de amores las Esmeraldas
en ruelas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, paloma arisca,
por ti irradia, se agita, vibra y se quiebra,
con el lánguido gesto de la odalisca
o las fascinaciones de la culebra.

Pequeña ánfora lírica de vino llena
compuesto por la dulce musa Alegría
con uvas andaluzas, sal macarena,
flor y canela frescas de Andalucía.

Subes, creces y vistes de pompas fieras;
retumbas en el ruido de las metralas,
ondulas con el ala de las banderas,
sueñas con los clarines de las batallas.

Tienes toda la lira; tienes las manos
que acompañan la danza y las canciones;
tus órganos, tus prosas, tus cantos llanos
y tus llantos que parten los corazones.

Ramillete de dulces trinos verbales,
jabalina de Diana la Cazadora,
ritmo que tiene el filo de cien puñales,
que muerde y acaricia, mata y enflora.

Las Tirsis campesinas de ti están llenas,
y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;
así riegas tus chispas las nochebuenas
como adornas la lira de los Orfeos.

Que bajo el sol dorado de Manzanilla
que esta azulada concha del cielo baña,
polífona y triunfante, la seguidilla
es la flor del sonoro Pindo de España.

► **Calle de Alcalá, 85**
Residencia en Madrid del marqués de Peralta y su esposa la condesa de Peralta

Darío señala en su autobiografía:

Blasón es el título de otra corta poesía, que fue escrita en Madrid en el tiempo de las fiestas del centenario de Colón. Tuve allí oportunidad de conocer a un gentil hombre, diplomático cen-

troamericano, casado con una alta dama francesa, como que es, por sus primeras nupcias, la madre del actual jefe de la casa de Gontaut-Biron, el conde de Gontaut Saint-Blancard. Me refiero a la marquesa de Peralta.

La condesa belga Jehanne de Clérambault de Soeur (1845-1910), marquesa viuda de Gontaut-Biron, y prima de Fernando de Lesseps, se casó en 1884 con don Manuel María de Peralta y Alfaro (1847-1930), segundo y último Marqués de Peralta, diplomático e historiador costarricense, que como ministro plenipotenciario de su país en París y Madrid presidió la delegación oficial ante las fiestas del cuarto centenario.

BLASÓN

Para la condesa de Peralta
El olímpico cisne de nieve
con el ágata rosa del pico
lustra el ala eucarística y breve
que abre al sol como un casto abanico.

En la forma de un brazo de lira
y del asa de un ánfora griega
en su cándido cuello que inspira
como prora ideal que navega.

Es el cisne, de stirpe sagrada,
cuyo beso, por campos de seda,
ascendió hasta la cima rosada
de las dulces colinas de Leda.

Blanco rey de la fuente Castalia,
su victoria ilumina el Danubio;
Vinci fue su barón en Italia;
Lohengrin es su príncipe rubio.

Su blancura es hermana del lino,
del botón de los blancos rosales
y del albo toisón diamantino
de los tiernos corderos pascuales.

Rimador de ideal florilegio,
es de armiño su lírico manto,
y es el mágico pájaro regio
que al morir rima el alma en su canto.

El alado aristócrata muestra
lises albos en campo de azur,
y ha sentido en sus plumas la diestra
de la amable y gentil Pompadour.

Boga y boga en el lago sonoro
donde el sueño a los tristes espera,
donde aguarda una góndola de oro
a la novia de Luis de Baviera.

Dad, Condesa, a los cisnes cariño,
dioses son de un país halagüeño
y hechos son de perfume, de armiño,
de luz alba, de seda y de sueño.

► **Paseo de los Recoletos 20, 22**
Palacio de Bibliotecas y Museos Nacionales

El paseo de los Recoletos corre desde la plaza de Cibeles a la plaza de Colón, donde se haya la estatua del almirante, inaugurada el 12 de octubre de 1892, con motivo de las fiestas del cuarto centenario. En el predio del antiguo convento de los frailes recoletos se levantó el Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, (Biblioteca Nacional y Museo Arqueológico Nacional).



Plaza de Colón y Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales

El 11 de noviembre de 1892, la reina regenta María Cristina, acompañada de los reyes de Portugal, Carlos I y Amelia de Orleans, inauguró las Exposiciones Históricas de 1892 (la Exposición Histórico-Americana y la Exposición Histórico-Europea, que se fundieron en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica), en el Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, cuya construcción había sido recientemente construida para albergar la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico Nacional. Darío recuerda en su autobiografía:

Los miembros de la delegación de Nicaragua, recibimos en la sección correspondiente de la Exposición, y en su oportunidad, a los reyes de España, que iban acompañados de los de Portugal. El día de la visita fue la primera vez que observé testas coronadas. Me llamó la atención fuertemente la hermosura de la reina portuguesa, alta y gallarda como todas las Orleans, y fresca como una recién abierta rosa rosada. Iba junto a ella el obeso marido, que debía tener un trágico fin.

En la vecina sección de Guatemala, sucedió algo gracioso. Había preparado el delegado guatemalteco, doctor Fernando Cruz, dos abanicos espléndidos, para ser obsequiados a las reinas; pero uno de ellos era más espléndido que el otro, puesto que era el destinado para la reina regente doña María Cristina. Los abanicos estaban sobre una bandeja de oro. El ministro, antes de ofrecerlos, anunció el obsequio en cortas y respetuosas palabras. La reina doña Amelia de Portugal vio dos abanicos y con su mirada de joven y de coqueta se dio cuenta de cuál era el mejor; y, sin esperar más, lo tomó para sí y dio las gracias al ministro.

En la exposición participaron Bolivia, Perú, Costa Rica, Uruguay, Argentina, República Dominicana, Guatemala, Ecuador, Nicaragua, México, Colombia, Estados Unidos, Dinamarca, Portugal, Suecia, Noruega y Alemania. España tuvo una sala dedicada a la minería, otra a la época precolombina, otra a la época poscolombina, una dedicada a documentos sobre el Nuevo Mundo, otra al Ayuntamiento de La Habana y otra a Filipinas.

La exposición, que fue el centro de las conmemoraciones, se mantuvo abierta del 30 de octubre de 1892 al 20 de junio de 1893.

Nicaragua presentó en la sala 7 una muestra arqueológica compuesta de 1.201 piezas, entre ellas ollas, tinajas, tinajitas, platos polícromos, cazuelas y tazas, urnas funerarias, figuras humanas, ídolos, vasos y copas, piedras de moler, hachas, silbatos, instrumentos de piedra, flechas de obsidiana, collares, encontradas en la isla de Ometepe, Solentiname, Zapatera, y costa del Pacífico, todos los cuales fueron enlistados en un *Catálogo de los objetos que envía la república de Nicaragua a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, que constaba de 43 páginas, impreso en Madrid por el estudio tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.

De los 1.201 objetos de la colección, 739 pertenecían al gobierno de Nicaragua, y viajaron con la delegación; 425 al señor Julio Ganivet, y 35 a don Julio de Arellano, ministro de España en Centroamérica. El diseño de la presentación, confiado al arquitecto español Juan Moya Idígoras (1867-1953), presentaba un ídolo al centro, al pie una cabeza de la isla de Zapatera, y un hueso fósil descubierto en la sierra de Managua.

Darío volvió a retomar su colaboración con el diario *La Nación* de Buenos Aires, precisamente con el artículo publicado el 28 de noviembre de 1892 *La exposición histórico-americana de Madrid, historia precolombina*, fechado en Madrid el 25 de octubre:

...Empiezo en España, a donde el gobierno de mi buen terruño me ha enviado con misión especial, y es esta la de exponer los ídolos, los cacharos, los antiguos objetos de ellos primitivos habitantes de Nicaragua. Muchas, casi todas las naciones de América han concurrido a esta exposición histórico-americana. Y puesto que entre cacharos, indios y hachas de piedra, telas pintadas y sonoros tepanaguastes paso mis horas madrileñas, de indios o hablaré. Otro día será el cuento, otro el retrato de un poeta, otro una impresión o un cuadro. Estoy en la sección de mi tierra, frente a una hermosa cabeza de piedra cuyo prolongado coronamiento ha parecido hace dos horas, a la republicana y divina imaginación de Castelar, un gorro frigio. Tengo a mi izquierda el salón Hemengway, donde martillean los trabajadores que decoran, y a mi derecha el salón del Ecuador, donde vibra en este instante la voz de mi querido amigo Zorrilla de San Martín, que está triunfalmente jovial, porque le ha quedado convertido en un lindo estuche el templete donde exhibirá el Uruguay. Y no puedo sustraerme a la mirada de un ídolo acurrucado que desde su vitrina está en mí fijo, fijo, fijo...El me ayude...

► **Calle de Recoletos, 10**
Sede de la Unión Iberoamericana

La Unión Iberoamericana fue creada el 25 de enero de 1885 con el apoyo del segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru (1853-1925), declarada en 1890 por el gobierno de Cánovas del Castillo como sociedad de "fomento y utilidad pública". Fue presidida inicialmente por el político gallego Mariano Cancio Villaamil (1824-1894), y tuvo un papel preponderante en la organización del programa de las fiestas del cuarto centenario. Publicaba una revista con el mismo nombre.

En su sede se realizó la velada lírico-literaria en la que Darío leyó el poema *A Colón*, publicado el 18 de septiembre de 1892 en la revista *La Ilustración Española y Americana*, y al que se refiere en su autobiografía:

Antes de retornar a Nicaragua, fui invitado a tomar parte en una velada lírico-literaria. Hablamos dos personas. Un joven orador de barba negra, que conquistaba a los auditorios con su palabra cálida y fluyente, don José Canalejas, que fue luego presidente del Consejo de Ministros, y yo, que leí unos versos, creo que los titulados *A Colón*. Poco tiempo después tomaba el vapor para Centro-América, en el mismo puerto de Santander, en donde había desembarcado.



José Canalejas

El político liberal José Canalejas (1854-1912), que participó junto con Darío en el acto, murió asesinado en Madrid cuando ejercía el cargo de presidente del Consejo de Ministros, cuando se asomaba a la vitrina de la librería San Martín en la Puerta del Sol, por las balas de un anarquista.

A COLÓN

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu tierra:
donde la tribu unida blandió sus mazas,
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra,
se hieren y destrozan las mismas razas.

Al ídolo de piedra reemplaza ahora
el ídolo de carne que se entroniza,
y cada día alumbra la blanca aurora
en los campos fraternos sangre y ceniza.

Desdeñando a los reyes nos dimos leyes
al son de los cañones y los clarines,
y hoy al favor siniestro de negros reyes
fraternizan los Judas con los Caínes.

Bebiendo la esparcida savia francesa
con nuestra boca indígena semiespañola,
día a día cantamos la Marsellesa
para acabar danzando la Carmañola.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques,
soñadas libertades yacen deshechas. ¡Eso no hicieron
nunca nuestros caciques,
a quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y francos,
ceñidas las cabezas de raras plumas;
¡ojalá hubieran sido los hombres blancos
como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla
de la raza de hierro que fue de España,
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla
con la fuerza del indio de la montaña.

¡Pluguiera a Dios las aguas antes intactas
no reflejaran nunca las blancas velas;
ni vieran las estrellas estupefactas
arribar a la orilla tus carabelas!

Libre como las águilas, vieran los montes
pasar los aborígenes por los boscajes,
persiguiendo los pumas y los bisontes
con el dardo certero de sus carcajes.

Que más valiera el jefe rudo y bizarro
que el soldado que en fango sus glorias finca,
que ha hecho gemir al zipa bajo su carro
o temblar las heladas momias del Inca.

La cruz que nos llevaste padece mengua;
y tras encanalladas revoluciones,
la canalla escritora mancha la lengua
que escribieron Cervantes y Calderones.

Cristo va por las calles flaco y enclenque,
Barrabás tiene esclavos y charreteras,
y en las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque
han visto engalonadas a las panteras.

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!

■ SEGUNDA ESTANCIA (1899-1900) ESPAÑA CONTEMPORÁNEA



Después de residir por más de seis años en Buenos Aires, como cónsul de Colombia y como periodista de *La Nación*, Darío, que tiene 32 años, es enviado por este periódico a España para escribir una serie de crónicas sobre las consecuencias de la guerra hispano-estadounidense concluida en 1898, y la pérdida, en consecuencia, de la derrota, de las últimas posesiones coloniales de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Estas crónicas formarían el libro *España Contemporánea*, publicado en 1901.

Su carrera de escritor, a la cabeza del movimiento modernista, se ha consolidado en esos años, en los que ha publicado *Prosas profanas* y *Los raros*, ambos en 1896, dos de sus libros capitales.

Desembarcó en Barcelona el 1 de enero de 1899, y el día 4 de ese mismo mes llegó en tren a Madrid, hospedándose esta vez en el Hotel París.

Cuenta en *España contemporánea*:

Con el año entré en Madrid; después de algunos de ausencia vuelvo a ver "el castillo famoso". Poco es el cambio, al primer

vistazo; y lo único que no ha dejado de sorprenderme al pasar por la típica Puerto del Sol, es ver cortar el río de capas, el oleaje de características figuras, en el ombligo de la villa y corte, un tranvía eléctrico. Al llegar advertí el mismo ambiente ciudadano de siempre; Madrid es invariable en su espíritu, hoy como ayer, y aquellas caricaturas verbales con que don Francisco de Quevedo significaba a las gentes madrileñas serían, con corta diferencia, aplicables en esta sazón. Desde luego el buen humor tradicional de nuestros abuelos se denuncia inamovible por todas partes. El país da la bienvenida. Estamos en lo pleno del invierno y el sol halaga benévolo en un azul de lujo. En la corte anda esparcido uno de los milagros: los mendigos desde que salto del tren, me asaltan bajo cien aspectos; resuena de nuevo en mis oídos la palabra "señorito"; don César de Bazán me mide una ojeada desde la esquina cercana; el cochero me dice: "¡pues hombre...!", dos pesetas, y mi baúl pasa sin registro...

Y en su autobiografía dice:

"Llegué a Madrid, que ya conocía, y hablé de su sabrosa pereza, de sus capas y de sus cafés. Escribía: «He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo... No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida; pero los políticos del día parece que para nada se die-sen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aislados, en asuntos parciales de partidos, sin preocuparse de la suerte común, sin buscar el remedio del daño general, de las heridas en carne de la nación. No se sabe lo que puede venir. La hermana Ana no divisa nada desde la torre». Envió mis juicios al periódico, que formaron después un volumen...

De esta estancia de más de un año, en la misma *España Contemporánea* completa en uno de sus párrafos un panorama de lo que logra ver y abarcar:

Volví a ver al rey niño, más crecido y supe de intimidades de palacio; por ejemplo, que su pequeña majestad llamaba a sus hermanitas, las dos infantas hoy yacentes en sus sepulcros del Escorial, a la una Pitusa y a la otra Gorriona. Busqué por todas partes el comunicarme con el alma de España. Frecuenté a pintores y escultores. Asistí al entierro de Castelar, escribí sobre el periodismo español, sobre el teatro, sobre librereros y editores, sobre novelas y novelistas, sobre los académicos, entre los cuales tenía admiradores y abominadores; escribí de poetas y de políticos, recogí las últimas impresiones desilusionadas de Núñez de Arce. Traté al maestro Galdós, tan bueno y tan egregio, estudié la enseñanza, renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo. Hablé de las flamantes inteligencias que brotaban. Relaté mi amistad con la princesa Bonaparte, madame Rattazzi. Di mis opiniones sobre la crítica, sobre la joven aristocracia, sobre las relaciones ibero-americanas, celebré a la mujer española; y sobre todo, ¡gracias sean dadas a Dios! esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y el arte de escribir hispano-americanos, y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes. La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria. Imposible me sería narrar aquí todas mis peripecias y aventuras de esa época pasada en la coronada villa; ocuparían todo un volumen...

► **Puerta del Sol**
Hotel París



Puerta del Sol y Hotel París

El Hotel París (llamado también Grand Hôtel de París o Fonda de París) se hallaba en la parte oriental de la Puerta del Sol, y fue inaugurado en 1864 por los hermanos Fallola, sus primeros propietarios, y fue adquirido en 1895 por la empresa Baena. Era entonces el mejor hotel de Madrid, con baños en cada habitación. Cerró sus puertas en 2006.

Darío tomó hospedaje en el Hotel París, aunque su biógrafo Edelberto Torres afirma en *La dramática vida de Rubén Darío* que vivió inicialmente en "la misma casa que ocupa la legación de Bolivia a cargo de don Moisés Ascarrunz, en la calle Mayor". Como veremos adelante, Moisés Ascarrunz (1832-1939), político liberal y diplomático boliviano, admirador del movimiento modernista, participaba en las tertulias de café junto a Darío. En su país era director del periódico liberal *El Imparcial*, que fue clausurado en 1892, y él enviado a la cárcel y luego al exilio. En 1887 fue enviado como ministro plenipotenciario a España.

► **Calle de la Cruz, 12**
Casa Pidoux

El hostelero francés Hipólito Pidoux era dueño del restaurante del Real Tiro de Pichón en la Casa de Campo, y de una tienda de vinos en la calle de la Cruz, que corre entre la plaza Jacinto Benavente y la carrera de San Jerónimo, en el barrio de Las Letras; allí se celebraban tertulias literarias. Más tarde su viuda abrió en 1922, en el tramo de la Gran Vía llamado entonces Conde Peñalver, el American Bar Pidoux.

En su autobiografía Darío cuenta:

Me juntaba siempre con antiguos camaradas como Alejandro Sawa, y con otros nuevos, como el charmeur Jacinto Benavente, el robusto vasco Baroja, otro vasco fuerte, Ramiro de Maeztu, Ruiz Contreras, Matheu y otros cuantos más; y un núcleo de jóvenes que debían adquirir más tarde un brillante nombre, los hermanos Machado, Antonio Palomero, renombrado como poeta humorístico bajo el nombre de «Gil Parrado», los hermanos González Blanco, Cristóbal de Castro, Candamo, dos líricos admirables cada cual según su manera; Francisco Villaespesa y Juan R. Jiménez, «Caramanchel», Nilo Fabra, sutil poeta de sentimiento y de arte, el hoy triunfador Marquina y tantos más...

En abril de 1899 Juan Ramón Jiménez (1881-1958) llegó a Madrid al llamado de Francisco Villaespesa (1877-1936) para "luchar por el modernismo", y cuenta en su libro *Mi Rubén Darío*, aquel primer encuentro con Darío en la casa Pidoux:

Un día, de nuevo en Moguer, con motivo de la publicación en *Vida Nueva* –con retrato mío y todo– de unas traducciones de Ibsen y otro poema mío, anárquico y americanista, recibí una tarjeta postal de Villaespesa en la que me llamaba hermano y me invitaba a ir a Madrid a luchar con él por el Modernismo. Y la tarjeta venía firmada también por Rubén Darío. ¡Rubén Darío! Mi casa moguerense, blanca y verde, se llenó toda, tan grande, de extraños espejismos y ecos mágicos...

El viernes santo, 13 de abril de 1900, Juan Ramón Jiménez llegó a Madrid al llamado de Francisco Villaespesa para "luchar por el modernismo, según cuenta en su libro *Mi Rubén Darío*:

Un día, de nuevo en Moguer, con motivo de la publicación en *Vida Nueva* –con retrato mío y todo– de unas traducciones de Ibsen y otro poema mío, anárquico y americanista, recibí una tarjeta postal de Villaespesa en la que me llamaba hermano y me invitaba a ir a Madrid a luchar con él por el Modernismo. Y la tarjeta venía firmada también por Rubén Darío. ¡Rubén Darío! Mi casa moguerense, blanca y verde, se llenó toda, tan grande, de extraños espejismos y ecos mágicos...

Y en unas notas autobiográficas, completa así esos recuerdos:

A partir de este día fueron versos (?) míos en casi todos los números de *Vida Nueva*, publiqué unas traducciones de Ibsen, que fueron celebradas, Dionisio Pérez dio mi retrato con *Las amantes del miserable*, poesía anarquista -así tocaba- que mis mejores amigos aprendieron de memoria y que yo quisiera poder olvidar. Recibí cartas de escritores jóvenes que me invitaban a venir a Madrid y a publicar un libro de versos. Mi adolescencia cayó en la tentación... Y vine a Madrid, por primera vez, en abril del año 1900, con mis dieciocho años y una honda melancolía de

primavera. Yo traía muchos versos y mis amigos me indicaron la conveniencia de publicarlos en dos libros de diferente tono; Valle Inclán me dio el título -*Ninfeas*- para uno, y Rubén Darío para el otro, *Almas de violeta*, y Francisco Villaespesa, mi amigo inseparable de entonces, me escribió unas prosas simbólicas para que fuéramos juntos, como hermanos, en unas páginas sentimentales atadas con violetas. Aparecieron los dos libros, simultáneamente, en setiembre del mismo año...

Y en *Mi Rubén Darío*, evoca aquel primer encuentro en la casa Pidoux:

...Madrid. Rubén Darío, de copa alta y levita, en Casa de Pidoux. Villaespesa, Valle-Inclán, Ricardo Baroja, ¡yo...Valle leía *Cosas del Cid*, que ya yo conocía. Alrededor de Rubén –licores selectos– se reunían, grupo tras grupo, extraños entes españoles, hispanoamericanos, franceses, despatriados. Benavente, príncipe entonces de aquel renacimiento, lo admiraba, franco, Ramón del Valle-Inclán, lo releía, lo citaba, lo copiaba luego. Los demás, con los pintores de la hora, lo rodeaban, lo imitaban, lo trataban como a un niño grande y extraño. Los más jóvenes, lo buscaban, Villaespesa le servía de paje y yo lo adoraba desde lejos...

Francisco Villaespesa poeta y dramaturgo, fue desde el principio un entusiasta del modernismo dariano, a quien Darío presenta en *España Contemporánea* presenta como "bello talento en vísperas de un dichoso otoño".

En *España Contemporánea* dice sobre Jacinto Benavente (1866-1954), otro de los contertulios citados:

Jacinto Benavente es aquel que sonrío. Dicen que es mefistofélico, y bien pudieran ocultarse entre sus finas botas de mundano, dos patas de chivo. Es el que sonrío: ¡temible! Se teme su crítica florentina más que los pesados mandobles de los magulladores diplomados; fino y cruel, ha llegado a ser en poco tiempo príncipe de su península artística, indudablemente exótica en la literatura del garbanzo. Se ha dedicado especialmente al teatro, y ha impuesto su lección objetiva de belleza a la generalidad

desconcertada. Algunas de sus obras, al ser representadas han dejado suponer la existencia de una clave; y tales o cuales personajes se han creído reconocer en tales o cuales tipos de la Corte. Como ello no es un misterio para nadie, diré que en *El marido de la Téllez*, por ejemplo, el público quiso descubrir la vida interior y artística de cierta eminente actriz casada con un grande de España y actor muy notable; y en *La comida de las fieras*, entre otras figuras se destacó la de una centroamericana, millonaria, casada con un noble sin fortuna y hoy marquesa por obra de Cánovas del Castillo. Benavente niega que haya tomado sus tipos del natural; pero el parecido es tan perfecto que toda protesta se deshace en una sonrisa.

Y agrega sobre Antonio Palomero (1869-1914):

Junto a Benavente me presentan a Antonio Palomero, o sea Gil Parrado. Este seudónimo, nombre de un gracioso tipo clásico, no está mal en quien, con sales autóctonas, nos revela un Raúl Ponchón madrileño, un rimador seguro, un cancionero bravísimo, en cuanto puede permitirlo el género político: Aristófanes en cuplés o yambos con castañuelas.

El poema *Cosas del Cid*, se publicó en *La Ilustración Española y Americana* el 30 de marzo de 1900, y formó parte de *Prosas profanas* (1901); con lo que acaba de publicarse cuando Valle-Inclán hace la lectura del mismo en la casa Pidoux, en abril de ese mismo año. Está dedicado al poeta Francisco A. de Icaza (1863-1925), secretario de la legación mexicana en Madrid, de la que era ministro plenipotenciario Vicente Riva Palacio, y compañero de tertulias en el grupo de Darío.

COSAS DEL CID

A Francisco A. de Icaza

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña
resonar en el viento las trompetas de España,

ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babieca descansando del huracán guerrero,
tranquilo pace, mientras el bravo caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.
Ríe la Primavera, y el vuelo de la vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
-¡Oh Cid, una limosna! -dice el precito.
-¡Hermano te ofrezco la desnuda limosna de mi mano!-
dice el Cid; y, quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
el Cid, siguió su rumbo por la primaveral
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,

iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña, aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,
una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
encarnación de la divina Primavera.

Y fue al Cid y le dijo: «Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego,
esta rosa naciente y este fresco laurel».
Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,
en su guante de hierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

► | Carrera de San Jerónimo, 2 Librería Fernando Fe

La librería de Fernando Fe fue fundada originalmente por Casimiro Monier hacia 1820, para distribuir los libros de la Sociedad de Editores de París, y en 1876 fue adquirida por Fernando Fe y Gómez (1845-1914), quien mantuvo la librería en su sitio original hasta que en el año 1907 la trasladó al número 15 de la Puerta del Sol.

En España Contemporánea anota Darío:

En Madrid todavía existe lo que se podría llamar tertulia de librería, aunque no como en tiempos pasados. En casa de Fe, al caer la tarde, podéis encontrar a Manuel del Palacio, a Núñez de Arce, con su inseparable amigo Vicente Colorado, al señor Estelrich, italianista de nota, a otras figuras, grandes, medianas y chicas del pensamiento español. En casa de Murillo no dejaréis de ver cotidianamente las barbas rojas del académico Mariano Catalina...

En la librería Fernando Fe volvió a encontrar el 13 de octubre de 1899 a don Gaspar Núñez de Arce, a quien acompañaban, como era habitual, el archivero y periodista Vicente Colorado (1850-1904), y desde allí emprenden un paseo que los lleva por la carrera de San Jerónimo hasta el paseo del Prado:

Comienza en la Carrera de San Jerónimo el ir y venir de las gentes a la hora del paseo de la tarde. La Carrera de San Jerónimo es la calle de Florida de Madrid. Mucha vitrina elegante, mucho carruaje que va y viene; y por la noche mucha luz y alegría de ciudad moderna. En la librería de Fe, poco antes del crepúsculo, encontré hace algunos días al poeta Núñez de Arce con su amigo Vicente Colorado, también poeta. Hacía algún tiempo que no veía al maestro, y le hallé, aunque quejoso de su salud, bastante mejor que como le viera la reciente vez. Tras hablar unas cuantas cosas del obligado asunto América, se le ocurrió: «¿Si diéramos un paseo?» Acepté con gusto, y salimos los tres hacia el Prado. Despacio, pues don Gaspar no puede fatigarse. El tiempo estaba fresco, el aire era grato; el cielo lucía afable; pero el poeta desde que comenzó a conversar con nosotros, parecía verlo todo gris. Como yo le preguntase si tenía algún trabajo en obra, si escribía algo. —No, nada, me contestó, fuera de las cartas que escribo a un diario de Buenos Aires. Y con un aire de vago desencanto: —Ah, amigo Darío, mi tiempo ha pasado. Soy ya viejo, y las musas, como hermosas hembras que son, no gustan de los viejos. El campo es ahora de quien se llama... —Maestro—le interrumpí—, eso quien menos lo puede decir es usted. El amor y el gozo de la vida tienen a Anacreonte y Hugo... —Lo que de Hugo vale verdaderamente fue escrito en su juventud. No quise contradecirle. Pero el hábil Colorado, cuyo ingenio es mucho, apoyado en su antiguo cariño y en su amistad íntima, le increpó con amable irrespeto. «Es que usted se está poniendo insopor- table de pesimismo». Y le manifestó que era cosa de los años, que en la juventud todo lo vemos lleno de una luz de rosa. (Lo cual no es cierto en nuestro tiempo; decía yo en mi interior.) Núñez de Arce prosiguió entonces en un largo hablar todo or- nado de bellas frases de decepción. No creo ni en la misma vida. ¿Acaso sabemos algo de lo que hay tras el impenetrable velo de la eterna Isis? ¡La Ciencia! Pues la Ciencia no ha conquistado sino un pequeñísimo reino, el reino de lo experimental. La débacle a que se ha hecho tanto ruido no hace mucho tiempo, no puede ser más cierta. ¿El arte? Campo para las ilusiones; total, nada, puesto que las ilusiones no son más que humo vago que deshace el menor viento de la vida. El fracaso impera en todo.

La sociedad, después de tantos siglos, no ha logrado aún resolver el problema de su misma organización. Véanse las rojas flores que brotan en tal terreno: se llaman socialismo, anarquismo, nihilismo. ¡La nacionalidad española! un sueño. Al primer cañonazo que se oiga en la Península, ya verán cómo se deshace la nacionalidad española. Yo volví a tocar el tema del arte y de la literatura. «Ah, el arte, la literatura: todo está en plena decadencia. Francia es el más patente ejemplo. Los ideales se levantan, se ven como bellos mirajes y luego no se logran nunca. Es el inmenso camino cuyo fin no se encuentra ni se encontrará jamás, a pesar del vuelo continuo de las humanas aspiraciones». Y así seguía, con su voz pectoral, un tanto apagada, y en sus ojos vivaces había una chispa fugitiva y en sus labios se marcaba una sonrisa que podía decir resignación y convencimiento...

Siendo un lugar habitual de tertulias literarias, y Darío un asiduo de la librería, solía encontrarse allí con otros escritores, como la cuenta en otra parte de *España Contemporánea*:

La librería de Fernando Fe, lugar de reunión vespertina de algunos hombres de letras, solía conversar con Eugenio Sellés, hoy marqués de Gerona, con Manuel del Palacio, poeta amable de ojos azules, que recordaba siempre con cariño sus días pasados en el Río de la Plata; con Manuel Bueno, ilustrado y combatido, célebre como crítico teatral y hoy diputado a Cortes; con Llanas de Aguilaniedo, autor de interesantes novelas y de un libro sobre ciencia penal. A don José Echegaray me presentó una noche Fernando Díaz de Mendoza. «Ustedes los americanos, me dijo, tienen instinto poético...». La frase me supo agri dulce... Pero ¡vaya si lo teníamos...! Tiempos después firmaba yo con los escritores y poetas de la famosa protesta contra el homenaje nacional a Echegaray. Mi inquina era excesiva... «Juventud, divino tesoro...».

Y allí mismo dice de Manuel Bueno (1874-1936):

Así Manuel Bueno, el redactor que en *El Globo* escribe todos los días esa paginita que lleva la firma de Lorena, con el título gene-

ral de «Volanderas» ... El joven Bueno anduvo por Buenos Aires, padeció tormento de inmigración y penurias de mozo de intelecto que va a hacer fortuna por el Azul y Bahía Blanca... Y vuelto a su tierra, no es de los que vienen con arranques despechados de fracasadas bohemias, de existencias adoloridas de nuestra necesaria ley de trabajo, de ese Buenos Aires cuya fuente social es para los labios del mundo, y que en el progreso corresponde, con su pirámide de mayo, índice indicador, a los obeliscos de París y Nueva York...

► **Calle de Recoletos, 19**
Ultima residencia de don Ramón de Campoamor (1817-1901)

Campoamor vivía en la carrera de San Jerónimo cuando Darío lo visitó por primera vez en 1892, y se había trasladado al que sería su ultimo domicilio en la calle de Recoletos, donde murió el 11 de febrero de 1901 lo encontró ahora, según relata en su autobiografía. Allí lo encontró esta segunda vez, el 10 de febrero de 1899, según relata en su autobiografía, cuando fue a verlo, también ahora acompañado del doctor Verdes Montenegro:

Visité de nuevo a Campoamor, a quien encontré en la más absoluta decadencia. Estaba, anotaba yo, «caduco, amargado de tiempo a su pesar, reducido a la inacción después de haber sido un hombre activo y jovial, casi imposibilitado de pies y manos, la facie penosa, el ojo sin elocuencia, la palabra poca y difícil, y cuando le dais la mano y os reconoce, se echa a llorar, y os habla escasamente de su tierra dolorida, de la vida que se va, de su impotencia, de su espera en la antesala de la muerte... os digo que es para salir de su presencia con el espíritu apretado de melancolía». En realidad, aquello era lamentable y doloroso. El poeta glorioso, el filósofo de humor y hondura, era un viejo infeliz a quien tenían que darle de comer como a los niños, un ser concluido en víspera de entrar a la tumba.

Y en *España Contemporánea* dice:

Y Campoamor caduco, amargado de tiempo a su pesar, reducido a la inacción después de haber sido un hombre activo y jovial,

y casi imposibilitado de pies y manos, la facies penosa, el ojo sin elocuencia, la palabra poca y difícil...y cuando le dais la mano y os reconoce se echa a llorar, y os habla escasamente de su tierra dolorida, de la vida que se va, de su impotencia, de su espera en la antesala de la muerte...os digo que es para salir de su presencia con el espíritu apretado de melancolía...

En aquel año de 1899 se tramaba la coronación de Campoamor, una costumbre algo ya caduca de honrar a los poetas con laureles, que había merecido en 1894 Núñez de Arce. Campoamor declinó esta iniciativa que provenía del Círculo de Bellas Artes, de doña Emilia Pardo Bazán y del político Francisco Romero Robledo (1838-1906), ministro de Gracia y Justicia; y a ello se refiere también Darío en *España Contemporánea*:

Salgo de casa de Campoamor con una sensación de tristeza. Se trata de su coronación. Romero Robledo, al cerrarse la exposición de las obras de Casimiro Sainz –ese pobre artista que como Andrés Gill fue a parar a un manicomio– el célebre político ha iniciado la pintoresca apoteosis que han obtenido en este siglo Quintana, Zorrilla y Núñez de Arce. No es la primera vez que de ello se trata. Parece que anteriormente en dos ocasiones se ha intentado esa espléndida humorada en acción, pero el poeta ha protestado por tan vistosos honores y se ha encerrado en su casa a pasar sus últimos años en la burguesa existencia de un rentista que padece de reumatismo...

► **Calle de San Bernardo, 35**
Residencia de la condesa Emilia Pardo Bazán

En este segundo viaje no tardó Darío en concurrir de nuevo a las tertulias de doña Emilia, tal como cuenta en su autobiografía:

Doña Emilia Pardo Bazán continuaba dando sus escogidas reuniones. Allí solía aparecer ya ciego, pero siempre lleno de distinción, anciano impoluto y aristocrático, el autor de *Pepita Jiménez* (Don Juan Valera). Allí me relacioné con el novelista y diplomático argentino Ocantos, con el doctor Tolosa Latour, con los cronistas mundanos «Montecristo» y «Kasabal», con el político Romero Robledo, con el popular Luis Taboada, y con algunas damas de la nobleza que no se ocupaban únicamente en mo-

das, murmuraciones y asuntos cortesanos, sino que gustaban de departir con poetas y escritores: la condesa de Pino Hermoso y la marquesa de la Laguna, cuya hija Gloria tuviera celebridad más tarde por sus singulares encantos y su valentía de espíritu. Era yo también muy amigo de José Lázaro y Galdeano, director de la *España Moderna* y que tenía un verdadero museo de obras de arte, entre las cuales un pretendido Leonardo de Vinci.



Tertulia en casa de Emilia Pardo Bazán

La primera de estas visitas se dio el 10 de febrero de 1899, el mismo día en que había ido a ver a Campoamor, según recuerda en *España Contemporánea*, una tertulia convocada para discutir la coronación del anciano poeta:

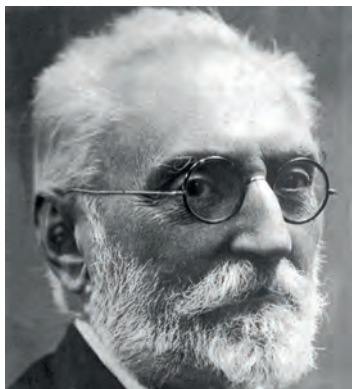
De todos modos, la fiesta, según tengo entendido, va a realizarse, y esta misma noche he de asistir en casa de doña Emilia Pardo Bazán a una reunión de hombre de letras y de política, reunión convocada por la célebre escritora para tratar este tópico...

Y luego, relata la tertulia misma:

Reunión, anoche, en casa de doña Emilia Pardo Bazán. Sorpresa mía, al oír anunciar a doña Emilia, a sus invitados, que la fiesta es dedicada mitad al asunto de Campoamor y mitad a quien estas líneas escribe. Fijaos: ese anciano hidalgo que llega ceremonioso a saludar a la condesa *douairière* de Pardo Bazán es el duque de Tetuán; y el hidalgo joven que cojea un poco apoyado en un bastón, al lado de don José Echegaray, es el conde de las Navas. Cerca de Eugenio Sellés, académico, está el próximo "inmortal" Emilio Ferrari...más allá dos o tres marqueses cuyos nombres no se me quedan en la memoria...un ciego se adelanta —siempre ducal, siempre suscitando rumores afectuosos a su paso, siempre con una elegancia que es proverbial desde su juventud, a punto de que en los salones de Washington se le apellidaba *Bouquet*; se diría que su ceguera realza su distinción: es el autor de *Pepita Jiménez*—, es don Juan Valera...

► **Calle de Alcalá y carrera de San Jerónimo** **Café de Madrid**

El Café de Madrid, que antes se llamó Café del Iris se hallaba en la calle de Alcalá, pero también tenía puertas a la carrera de San Jerónimo donde se ubicaba la entrada principal). Se inauguró a finales del siglo XIX y se cerró en 1925. Originariamente procedía de un pasaje (denominado Iris) que conectaba a ambas calles. Los integrantes de la generación del 98 celebraban sus tertulias allí, la más conocida de ellas la que presidía el dramaturgo Jacinto Benavente.



Miguel de Unamuno

Allí se juntaba Darío en 1899 con Ramón María del Valle-Inclán (1866-1936), y Joaquín Dicenta (1862-1917) y allí conoció a Miguel de Unamuno (1864-1936), con quien no llegó nunca tener una relación enteramente cordial.

Sobre esas tertulias dice en su autobiografía:

Con Joaquín Dicenta fuimos compañeros de gran intimidad, apolíneos y nocturnos...teníamos inenarrables tenidas culinarias, de ambrosías y sobre todo de néctares, con el gran D. Ramón María del Valle-Inclán, Palomero, Bueno y nuestro querido ministro de Bolivia, Moisés Ascarrunz. Me presentaron una tarde, como a un ser raro,—«es genial y no usa corbata», me decían—a D. Miguel de Unamuno, a quien no le agradaba, ya en aquel tiempo, que le llamaran el sabio profesor de la Universidad de Salamanca... Cultivaba su sostenido tema de anti-francesismo. Y era indudablemente un notable vasco original. El señor de Unamuno no conocía entonces a Sarmiento, y hablaba con cierto desdén, basado en pocas noticias, y en su particular humor, de las letras argentinas...

Y en *España Contemporánea*, sobre Valle-Inclán:

Ramón del Valle-Inclán es un escritor que podría ser tachado de poseur a causa de sus bizarrias indumentarias. Ciertamente Valle-Inclán tiene "cosas"; pero están sustentadas con un ardor artístico de elegido, con libros de prosa exquisita, labrada, minuada, nielada. Es difícil soportar un rato de su conversación; pero es mucho más dejar de leer una página suya en que la música de la palabra se envuelve encantadoramente en un órgano armonioso de oro fino. No corta la cola a su perro porque no lo tiene como Sawa; pero deja crecer su cabellera, alarga sus cuellos gladstonianos de manera inverosímil y los acompaña de corbatas fastuosas que servirían de chal a una mujer ...Es la primera vez que sobre la castiza narración castellana se pasa la sombra de un vuelo de pájaros franceses...

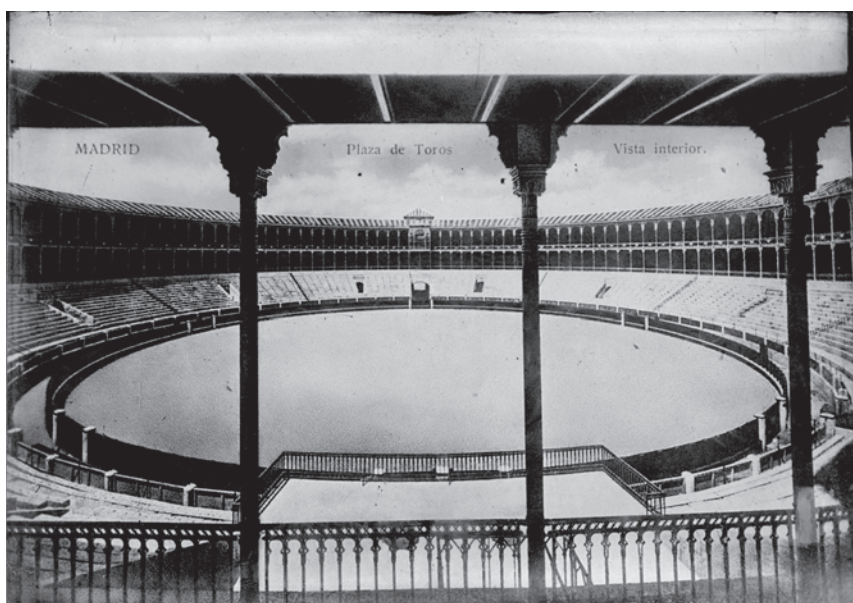
...¡Curioso personaje, curiosa vida de aventura! Valle-Inclán es de origen gallego; hoy reside en la corte después de haber andado largamente por la mitad del mundo. Ha sido cómico, periodista, fraile trapense, militar mejicano. Es un filósofo que sonríe con tristeza, apenas al pasar la juventud, y que ha encontrado el divino refugio del arte bajo los vientos de la vida. En viaje a su ciudad ideal ha pasado por la Mancha; y no podrá ocultar jamás sus puntos de contacto con el sublime Caballero. Su quijotismo es excepcionalísimo, complicado de Renacimiento y misticismo milenario. En política es carlista porque D. Carlos es buen mozo y vive en Venecia...

► **Avenida de Felipe II**
Plaza de toros de Fuente del Berro

La antigua plaza de toros de la Puerta de Alcalá, que databa de 1749, fue demolida en 1870 y se abrió una nueva en 1874, de estilo neomudéjar, para 13 mil espectadores, en el lugar que hoy ocupa el Palacio de Deportes, conocida como plaza de Fuente del Berro, y también como plaza de Goya, o de la carretera de Aragón. La plaza de toros de Las Ventas, que la repuso, también de estilo neomudéjar, fue inaugurada en 1931.

En su autobiografía Darío dice:

Fuera de mis desvelos y expansiones de noctámbulo, presencié fiestas religiosas palatinas; fui a los toros y alcancé a ver a grandes toreros, como el Guerra...



Plaza de toros Fuente del Berro



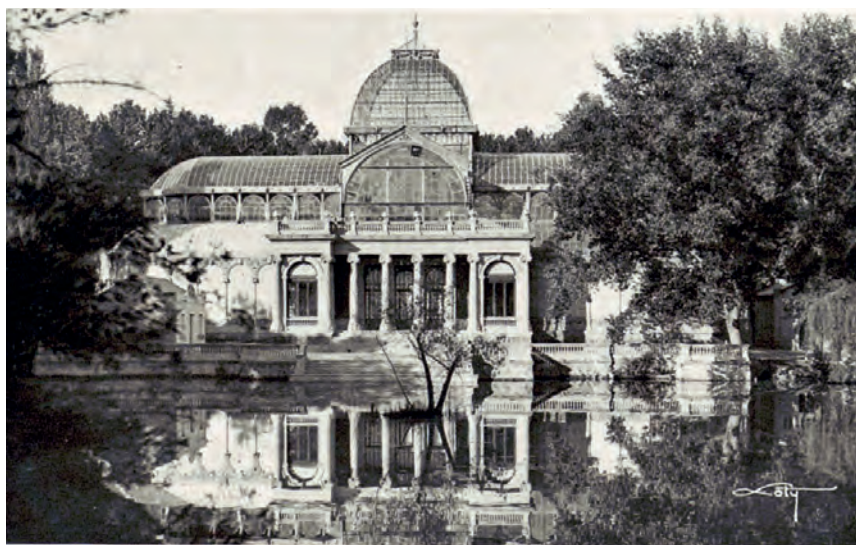
Rafael Guerra "Guerrita"

Rafael Guerra (Guerrita) (1862-1941), fue uno de los grandes toreros de la segunda mitad del siglo XIX, "segundo califa" de la historia de los toros. Cuando Darío lo vio torear en 1899 estaba a punto de retirarse, pues tuvo su última corrida el 15 de octubre de ese año en la plaza de toros de Zaragoza, durante la Feria del Pilar.

En *España Contemporánea* Darío dedicada una crónica a la corrida de toros a la que asistió en abril de 1899 en la plaza de Fuente del Berro, y en la que vio torear al Guerra:

Los durazneros alegres se animan de rosa; el Retiro está todo verde, y con la primavera llegaron los toros. Se han vuelto a ver en profusión los sombreros cordobeses, los pantalones ajustados en absurda ostentación calipigia, las faces glabras de las gentes de redondel y chuleo. El día de la inauguración de las corridas fue un gran día de fiesta. Pude saludar varias veces por la calle de Alcalá al espíritu de Gautier. Era el mismo ambiente de los tiempos de Juan Pastor y Antonio Rodríguez; las calesas estacionadas a lo largo de la vía, las mulas empomponadas, los carruajes que pasan llenos de aficionados y las mantillas que decoran tantas encantadoras cabezas. Parece que en el aire fuese la oleada de entusiasmo; todo el mundo no piensa sino en el próximo espectáculo, no se habla de otra cosa; las corbatas de colores detonan sobre las pecheras; las chaquetas parece que se multiplicasen, los cascabeles suenan al paso de los vehículos; en los carteles chillones se destaca la figura petulante del Guerra. ¡El Guerra! Su nombre es como un toque de clarín, o como una bandera. Su cabeza se eleva sobre las de Castelar, Núñez de Arce o Silvela; es hoy el que triunfa, el amo del fascinado pueblo. ¡El Guerra!, andaluzamente. Salvador Rueda, no hallando otra cosa mejor que decirme de su torero, me clava: «¡es Mallarmé!». Vamos, pues, a los toros. «Se ha dicho y repetido por todas par-

tes que el gusto por las corridas de toros se iba perdiendo en España, y que la civilización las haría pronto desaparecer; si la civilización hace eso, tanto peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los más bellos espectáculos que el hombre pueda imaginar.» ¿Quién ha escrito eso? El gran Théo, el magnífico Gautier, que vino «tras los montes» a ver las fiestas del sol y de la sangre; Barrès después hallaría la sangre, la voluptuosidad y la muerte. Es explicable la impresión que en aquel hombre que «sabía ver» harían las crueles pompas circenses. No es posible negar que el espectáculo es suntuoso; que tanto color, oros y púrpuras, bajo los oros y púrpuras del cielo, es de un singular atractivo, y que del vasto circo en que operan esos juglares de la muerte resplandecientes de sedas y metales, se desprende un aliento romano y una gracia bizantina. Artísticamente, pues, los que habéis leído descripciones de una corrida o habéis presenciado ésta, no podéis negar que se trata de algo cuya belleza se impone. La congregación de un pueblo solar a esas celebraciones en que se halaga su instinto y su visión, se justifica, y de ahí el endiosamiento del torero...



Parque de El Retiro

► **Plaza de Alonso Martínez**
Circo Colón

El 4 de octubre de 1899 asistió Darío como periodista a un mitin republicano en las instalaciones del circo Colón, y al respecto escribió una crónica para el diario *La Nación*, que forma parte de *España Contemporánea*:

He asistido hace pocas noches a un meeting republicano. Sabía que la concurrencia sería numerosa, y procuré llegar a tiempo, para no perder en ese acto ninguno de los hechos y gestos del «pueblo soberano». Nuestro compañero Ladevese, uno de los organizadores, me había conseguido un puesto de prensa. Allí me senté, cerca de un francés y un ruso. Era enorme aquel hervor humano. Todo el circo de Colón lleno, y por las entradas, la aglomerada muchedumbre hacía imposible que penetrase la gente que todavía quedaba en las calles cercanas. No gusto mucho del contacto popular. La muchedumbre me es poco grata con su rudeza y con su higiene.—Me agrada tan solamente de lejos, como un mar; o mejor, en las comparsas teatrales, florecida de trajes pintorescos, así sea coronada del frigio pimienta morrón. Esta gente republicana, debo declarar que estaba con compostura, a la espera de los discursos, y cuando la campanilla presidencial se hizo oír, el silencio fue profundo...

► **Paseo de la Castellana**
Palacio de las Artes y la Industria

Se terminó de construir en 1886 en los Altos del Hipódromo según el diseño del arquitecto Fernando de la Torre, ayudado por Emilio Boix y Merino, y el 21 de mayo de 1887 se inauguró la primera Exposición Nacional de Bellas Artes por la reina regente María Cristina. La última tuvo lugar en 1899. En 1903 se dejó de utilizar, y en 1906 se trasladó allí la sección de Entomología del Museo Nacional de Ciencias Naturales, y en 1907 la Escuela de Ingenieros Industriales. También fue sede del Museo del Traje.

El 12 de mayo de 1899 Darío visitó la Exposición Nacional de Bellas Artes, inaugurada también por la reina regente, y escribió una crónica recogida en *España Contemporánea*:

12 de mayo de 1899. Se recorre todo el paseo de Recoletos; se deja atrás la columna de Cristóbal Colón, se llega hasta el monumento de Isabel la Católica, osadamente llamada por los burlescos «la huida a Egipto»; sobre una eminencia del terreno se destaca el palacio de la Exposición, la cúpula gris en el azul fondo del cielo. Al palacio fue la reina a inaugurar la fiesta artística, y su vestido primaveral, tenue, pintado de flores delicadas, lucía como emergido de una luz de acuarela. Hubo pompa social y música e himno alusivo, mucho alto mundo y rica suma de belleza. El vernissage se había verificado hacía pocos días, y fue poco menos que un desastre. Cuatro gatos y los pintores. Se diría un vernissage en nuestro Salón del Ateneo. No podemos negar que somos de una misma familia. ¡Cuán lejos de la cita que se dan en París, en igual caso, la elegancia florecida de la estación, la moda inteligente, la distinción mundana! Estos señores duques y estos señores condes, si por acaso se hallan en la gran ciudad, no faltan al rendez-vous. Aquí, no. Entre una exposición y una corrida, la corrida. Los pintores no hallan qué hacer, y desde luego, con singulares casos en contrario, arte no hacen. Los ricos no protegen como antaño a los artistas; y el Gobierno hace poquísima cosa. ¡Y decir que lo único que les queda a los españoles es esta mina de luz, el decoro orgulloso de su pintura, la noble tradición de su escuela, su tesoro de color!...

...Entre todos los cuadros de esta exposición, fuera de una escena de hospital militar y ciertas sentimentales consecuencias de la campaña no parece que se supiese la historia reciente de la humillación y del descuartizamiento de la Patria. Esto tiene más clara explicación. La guerra fue obra del Gobierno. El pueblo no quería la guerra, pues no consideraba las colonias sino como tierras de engorde para los protegidos del presupuesto. La pérdida de ellas no tuvo honda repercusión en el sentimiento nacional. Y en el campo, en el pueblo, entre las familias de labradores y obreros, aun podía considerarse tal pérdida como una dicha: así se acabarían las quintas para Cuba, así se suprimiría el tributo de carne peninsular que había que pagar forzosamente al vómito negro! El cuadro de historia casi no está representado; el retrato no abunda; en cambio, el paisaje y la marina se multiplican por todos lados. No es esto malo, pues se advierte que al ir hacia la naturaleza, hacia la luz, se mantiene la tradición. En conjunto, la

exposición es mala. El viajero que al llegar a Madrid y sin haber visitado el Museo de Arte Moderno, quisiese darse cuenta de la pintura española contemporánea por lo que ahora se exhibe, saldría con una triste idea de la actual España artística...

...Sorolla presenta una tela meritoria, Componiendo la vela, en la cual habría que señalar al par que las condiciones de color, que acreditan a este pintor, y su estudio del movimiento, la nimiedad en la rebusca de un efecto como el atigrado de luz y sombra que produce el sol al pasar entre las hojas. Por otra parte, sus figuras, muy bien hechas, tienen ojos que no miran, gestos que no dicen nada, es un mundo de verdad epidérmica, de realidad por encima. Esto mismo digo de los personajes de su escena de mar, *El Almuerzo a bordo*: en el ancho bote, bajo las velas, unos cuantos marineros toman su alimento en la fuente común. Maneja Sorolla con habilidad el claroscuro; los tipos están bien agrupados, la inevitable «realidad» está conseguida...

► Paseo del Prado Museo del Prado

El III centenario de Velázquez

El 14 de junio de 1899 se celebró el III Centenario del nacimiento de Velázquez, sobre el que Darío escribió una crónica incluida en *España Contemporánea*:



Museo del Prado

Floja, muy flojamente se han celebrado las fiestas del «pintor de los reyes y rey de los pintores». Cuando el centenario de Calderón, hubo inusitadas pompas y agitaciones académicas que hicieron murmurar a Verlaine en un soneto. Es verdad que la España de entonces no estaba en la situación actual; pero, con todo, a España no le ha faltado nunca ganas y dinero para divertirse; y don Diego de Silva Velázquez bien valía una verbena. Por Rembrandt acaba de hacer relucir todas sus alegrías Holanda, presididas las fiestas por la «naranjita» real à croquer, Guillermina. Aquí el Gobierno ha hecho poca cosa, y el entusiasmo de los artistas no ha podido suplir todo. Inauguración de la Sala Velázquez en el Museo del Prado; recepción en Palacio, inauguración de la estatua obra de Marinas; y se acabó. Tiempo hubo de sobra para realizar algo digno de la ilustre memoria, y con un poco de buena voluntad se hubiese rendido el tributo justo a quien con Cervantes lleva el nombre de España a lo más alto de la gloria universal. Inglaterra envió a sir Edward J. Poynter, Francia a Carolus Durán y a Jean Paul Laurens—todos caballeros cubiertos delante de Velázquez—. Todos tres, el día en que se descubrió la estatua, saludaron al maestro antiguo y al arte que une los espíritus de todos los climas y razas en la misma luz y adoración imperiosa. En la Sala de Velázquez se ha reunido todo lo suyo existente en el Museo; y al cuadro de «Las Meninas», se le ha colocado de manera que triplica la ilusión...



Calle Barquillo, 11

Círculo de Bellas Artes

El III centenario de Velázquez

El Círculo de Bellas Artes se fundó en 1880 y tuvo distintas sedes: calle Barquillo, 5; calle Madera, 8; calle Lobo, 10; calle Abada, 2; calle Libertad, 16; Barquillo, 11, donde se hallaba en 1899; calle de Alcalá, 7; calle de Alcalá, 14, y finalmente la actual de la calle Alcalá, 42.

Allí se celebró la fiesta ofrecida en honor de los artistas extranjeros invitados a las celebraciones del III centenario del nacimiento de Velázquez, de la que Darío da crónica en la misma *España Contemporánea*:

El Círculo de Bellas Artes dio una fiesta íntima, por decir así, a los artistas extranjeros. Almorzamos bajo un toldo, al amor

de altos árboles, en el jardín del Círculo, casi deshecho hacía pocos días por el más formidable de los pedriscos de que hay memoria en Madrid. Los vinos españoles animaron la fiesta, y se comió al aire libre, al son de una orquesta de guitarras. Jean Paul Laurens sonreía en su gravedad bajo sus espejuelos; Carolus Durán llevaba el compás de los tangos y de las seguidillas y sevillanas. Cuando el poeta Manuel del Palacio ofreció la fiesta, ya se oía por allí el ruido de las castañuelas de las bailaoras. Habló Durán, en español; brindó Laurens, que estrechó la mano al joven Marinas, el de la estatua. «¡Yo me complazco en descubrirle!» dijo. En un instante, tras el champaña, ya estaba la tarima puesta para la pareja del baile. Eran dos muchachas; la vestida de hombre, con el ceñido incitante calipigio, morena; la otra blanca, con admirables ojos y cabellos oscuros. Bailaron, pero antes de que comenzasen ellas al grito de las guitarras, Carolus Durán se puso a esbozar unas sevillanas, con levantamiento de pierna y meneo de caderas que no había más que pedir. Primero todos nos quedamos abasurdidos, como diría Roberto Payró; pero después, no pudimos menos de decir: ¡ole! Jean Paul Laurens sonreía. Sir Poynter no estaba en la fiesta. ¡Si llega a estar, nadie le quita de sus británicos labios un irremediable shocking!..

Con motivo del III Centenario de Velázquez, Darío escribió su Trébol, tres poemas publicados originalmente el 15 de junio de 1899 en la revista La Ilustración Española y Americana, e incluidos posteriormente en Prosas Profanas:

TRÉBOL

I

De D. Luis de Góngora y Argote a D. Diego de Silva
Velázquez

Mientras el brillo de tu gloria augura
ser en la eternidad sol sin poniente,
fénix de viva luz, fénix ardiente,
diamante parangón de la pintura,

de España está sobre la veste oscura
tu nombre, como joya reluciente,
rompe la Envidia el fatigado diente,
y el Olvido lamenta su amargura.

Yo en equívoco altar, tú en sacro fuego,
miro a través de mi penumbra el día
en que el calor de tu amistad, don Diego,

jugando de la luz con la armonía,
con la alma luz, de tu pincel el juego
el alma duplicó de la faz mía.

II

De D. Diego de Silva Velázquez a D. Luis de Góngora
y Argote

Alma de oro, fina voz de oro,
al venir hacia mí, ¿por qué suspiras?
Ya empieza el noble coro de las liras
a preludiar el himno a tu decoro;

ya el misterioso son del noble coro
calma el Centauro sus grotescas iras,
y con nueva pasión que les inspiras
tornan a amarse Angélica y Medoro.

A Teócrito y Possin la Fama dote
con la corona de laurel supremo;
que en donde da Cervantes el Quijote

y yo las telas con mis luces gemo,
para son Luis de Góngora y Argote
traerá una nueva palma Polifemo.

III

En tanto «pace estrellas» el Pegaso divino,
y vela tu hipogrifo, Velázquez, la Fortuna,
en los celestes parques al Cisne gongorino
deshoja sus sutiles margaritas la Luna.

Tu castillo, Velázquez, se eleva en el camino
del Arte como torre que de águilas es cuna,
y tu castillo, Góngora, se alza al azul cual una
jaula de ruiseñores labrada en oro fino.

Gloriosa la península que abriga tal colonia.
¡Aquí bronce corintio, y allá mármol de Jonia!
Las rosas a Velázquez, y a Góngora claveles.

De ruiseñores y águilas se pueblan las encinas,
y mientras pasa Angélica sonriendo a las Meninas,
salen las nueve musas de un bosque de laureles.

De esa comida en el Círculo de Bellas Artes resultó el poema *La Gitanilla*, dedicado al pintor Charles Émile Auguste Durand (1837-1917), conocido como Carolus Duran, recordado por sus pinturas de personajes de la alta sociedad en la Tercera República Francesa. Lo menciona repetidas veces en la crónica de *España Contemporánea* sobre el aniversario del nacimiento de Velázquez, pero el episodio que da paso a la dedicatoria, y que se refiere a las bailarinas del espectáculo ofrecido a los invitados, es el siguiente:

...Sobre todo la más chica, que bailaba, según el decir de Carolus Durán, «como una princesita rusa». Bailaba en efecto maravillosamente. Era el son uno de esos fandangos en que se va deslizando el cuerpo con garbo natural y fiereza de ademán que nada igualan, en una sucesión de cortos saltos y repique de pies, en tanto que la cara dice por la luz de los ojos salvajes, mil cosas extrañas, y las manos hacen misteriosas señas, como de amenaza, como de conjuro, como de llamamiento, como en una labor aérea y mágica. Todo en un torbellino de sensualidad cálida y

vibrante que contagia y entusiasmo, hasta concluir en un punto final que deja al cuerpo en posición estatuaria y fija, mientras las cuerdas cortan su último clamor en un espasmo violento. Después fue otra danza en que la zingarita triunfó de nuevo. Ágil, viva, una paloma que fuera una ardilla, moviendo busto y caderas, entornando los párpados no sin dejar pasar la salvaje luz negra de sus ojos en que brillaba una primitiva chispa atávica, se dejaba mecer y sacudir por el ritmo de la música, y dibujaba, esculpía en el aire armonioso un poema ardiente y cantaridado al par que traía a la imaginación un reino de pasada y luminosa poesía. Entonces se daba uno cuenta del valor de sus trajes abigarrados, sus rojos, sus ocre, sus garfios de cabello por las sienes, sus caras de bronce, sus pupilas de negros brillantes. Sonreían como si embrujasen; sus dedos sonaban como castañuelas. Carolus Durán puso dentro del corpiño de la gitana un luis de oro...

LA GITANILLA

A Carolus Duran

Maravillosamente danzaba. Los diamantes
negros de sus pupilas vertían su destello;
era bello su rostro, era un rostro tan bello
como el de las gitanas de Miguel Cervantes.
Ornabase con rojos claveles detonantes
la redondez obscura del casco del cabello,
y la cabeza, firme sobre el bronce del cuello,
tenía la pátina de las horas errantes.

Las guitarras decían en sus cuerdas sonoras
las vagas aventuras y las errantes horas,
volaban los fandangos, daba el clavel fragancia;

la gitana, embriagada de lujuria y cariño,
sintió cómo caía dentro de su corpiño
el bello luis de oro del artista de Francia.

► Plaza de Santa Ana

Teatro Español

Llamado originalmente Teatro del Príncipe, cambió su nombre por Real Decreto de 1849. Tras una clausura temporal por deterioro de las instalaciones, abrió de nuevo sus puertas en 1895 bajo la gestión del arquitecto Román Guerrero, quien había llevado adelante y financiado las reformas, y luego de su hija, la actriz María Guerrero (1867-1928), hasta 1909.

María Guerrero y su esposo, Fernando Díaz de Mendoza (1862-1930), conde de Balazote y Lalaing, VI marqués de Fontanar, empresario, director y actor de teatro, dominaron por toda una época la escena española y tuvieron gran renombre internacional. En el Teatro Español estrenaron piezas de Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente y José de Echegaray.

Darío recuerda en su autobiografía:

Iba algunas noches al camarín de los llamados, por antonomasia, Fernando y María, esto es, los señores Díaz de Mendoza, condes de Balazote, grandes de España y príncipes del teatro a quienes escribí sonoros alejandrinos cuando pusieron en escena el *Cyrano*, de Rostand.

Cyrano de Bergerac, la pieza de Edmond de Rostand, estrenada en el Théâtre de la Porte Saint-Martin de París en diciembre de 1897, se puso en el Teatro Español el 1 25 de enero de 1899, interpretada en los papeles estelares por Fernando y María.

Y en *España Contemporánea* dedica una de las crónicas al estreno:

...El éxito, pues, ha sido absoluto. La noche del estreno estaba en el Español el todo Madrid de las letras, y la belleza social tenía soberbia representación. No os supongáis que se trate de algo semejante a una «primera» de la Comédie Française; aquí no existe aristocracia literaria; todo va revuelto y el veterano de la gloria castellana se codea con el tipo interlope que han bautizado con el extraño nombre de Currinche...

...La nota principal del comienzo de la obra la señaló la aparición de María Guerrero, una Roxana que, eso sí, no han tenido

los parisienses, encantadoramente caracterizada, una «preciosa», preciosísima. Los detalles perfectamente estudiados, artistas bellas y cómicos discretos; cuando el gordinflón Montfleuri aparece y Cyrano surge y Roxana sonríe, ya la concurrencia está dominada. Fernando Mendoza, que ha progresado mucho con sus viajes, se conquista los aplausos desde luego; las simpatías, que tanto hacen con el público, están ganadas de antemano...

Los "sonoros alejandrinos" con que Darío celebró el estreno en Madrid, al cual asistió, son los del poema *Cyrano en España*, publicado en *La Vida Literaria*, Madrid, 28 de enero de 1899, e incluido en *Cantos de vida y esperanza*:

CYRANO EN ESPAÑA

He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa
de un salto el Pirineo. Cyrano está en su casa.
¿No es en España, acaso, la sangre vino y fuego?
Al gran gascón saluda y abraza el gran manchego.
¿No se hacen en España los más bellos castillos?
Roxanas encarnaron con rosas los Murillos,
y la hoja toledana que aquí Quevedo empuña
conócenla los bravos cadetes de Gascuña.
Cyrano hizo su viaje a la luna; mas, antes,
ya el divino lunático de don Miguel de Cervantes
pasaba entre las dulces estrellas de su sueño
jinete en el sublime pegaso Clavileño.
Y Cyrano ha leído la maravilla escrita
y al pronunciar el nombre del Quijote, se quita
Bergerac el sombrero: Cyrano Balazote
siente que es lengua suya la lengua del Quijote.
Y la nariz heroica del gran gascón se diría
que husmea los dorados vinos de Andalucía.
Y la espada francesa, por él desenvainada,
brilla bien en la tierra de la capa y la espada.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Castilla
te da su idioma, y tu alma como tu espada brilla

al sol que allá en tus tiempos no se ocultó en España.
 Tu nariz y penacho no están en tierra extraña,
 pues vienes a la tierra de la Caballería.
 Eres el noble huésped de Calderón. María
 Roxana te demuestra que lucha la fragancia
 de las rosas de España con las rosas de Francia,
 y sus supremas gracias, y sus sonrisas únicas
 y sus miradas, astros que visten negras túnicas,
 y la lira que vibra en su lengua sonora
 te dan una Roxana de España, encantadora.
 ¡Oh poeta! ¡Oh celeste poeta de la facha
 grotesca! Bravo y noble y sin miedo y sin tacha,
 príncipe de locuras, de sueños y de rimas:
 tu penacho es hermano de las más altas cimas,
 del nido de tu pecho una alondra se lanza,
 un hada es tu madrina, y es la Desesperanza;
 y en medio de la selva del duelo y del olvido
 las nueve musas vendan tu corazón herido.
 ¿Allá en la luna hallaste algún mágico prado
 donde vaga el espíritu de Pierrot desolado?
 ¿Viste el palacio blanco de los locos del Arte?
 ¿Fue acaso la gran sombra de Píndaro a encontrarte?
 ¿Contemplaste la mancha roja que entre las rocas
 albas forma el castillo de las Vírgenes locas?
 ¿Y en un jardín fantástico de misteriosas flores
 no oíste al melodioso rey de los ruiseñores?
 No juzgues mi curiosa demanda inoportuna,
 pues todas esas cosas existen en la luna.
 ¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! Cyrano
 de Bergerac, cadete y amante, y castellano
 que trae los recuerdos que Durandal abona
 al país en que aún brillan las luces de Tizona.
 El Arte es el glorioso vencedor. Es el Arte
 el que vence el espacio y el tiempo; su estandarte,
 pueblos, es del espíritu el azul oriflama.
 ¿Qué elegido no corre si su trompeta llama?
 Y a través de los siglos se contestan, oíd:
 la Canción de Rolando y la Gesta del Cid.

Cyrano va marchando, poeta y caballero,
al redoblar sonoro del grave Romancero.
Su penacho soberbio tiene nuestra aureola.
Son sus espuelas finas de fábrica española.
Y cuando en su balada Rostand teje el envío,
creeríase a Quevedo rimando un desafío.
¡Bienvenido, Cyrano de Bergerac! No seca
el tiempo el lauro; el viejo corral de la Pacheca
recibe al generoso embajador del fuerte
Molière. En copa gala Tirso su vino vierte.
Nosotros exprimimos las uvas de Champaña
para beber por Francia y en un cristal de España.

► | **Calle de Serrano, 40**
Residencia de Emilio Castelar

Dice Darío en su autobiografía:

Volví a ver a Castelar, enfermo, decaído, entristecido, una ruina, en víspera de su muerte...

Esta visita se produjo el 9 de enero de 1899, y la describe en *España Contemporánea*:

...Luego he estado en casa de Castelar. Ya convalece de su enfermedad última, en la que llegó momento en que se creyera lo llevase a la muerte. Fuimos tres los que en el momento de la entrevista estuvimos presentes. Uno, su amigo el banquero Calzado, que hace tanto tiempo reside en París, y cuya intimidad con el orador data de larga fecha. Otro el ministro de Bolivia. Desde mi llegada cumplí con informarme en nombre de La Nación y propio del estado del antiguo e ilustre colaborador. Sus primeras palabras, al verme, fueron: «¡Oh, qué diferencia, del 92, cuando usted me vio por última vez!» En efecto. Recordarán mis lectores en este diario aquella carta color de rosa que escribí hace siete años con motivo de un almuerzo que Castelar me ofreciera en su misma casa de hoy, en la calle de Serrano. Aquel Castelar brillaba aún en la madurez lozana de una vida que apenas demostraba cansancio, aun cuando en la

cúpula había nevado ya bastante. El orador todavía se afirmaba sobre los estribos de su Pegaso. Los ojos chispeaban vivos en la cara sonrosada; el gesto adornaba la frase elocuente; la potencia tribunicia se denunciaba a relámpagos. El apetito se revelaba en aquellas perdices regalo de la duquesa de Medinaceli, aquellas perdices episcopales regadas con exquisitos vinos de abad. Y Abarzuza, que todavía no había sido ministro, estaba a su lado. Y sobre la gran calva popular se encendía en su apogeo un círculo de gloria. Hoy... Me dió ciertamente tristeza el cuerpo delgado por la dolencia, los ojos un tanto apagados, la voz algo cansada, el rostro de fatiga, todo el célebre hombre en decadencia. Todo no; porque en cuanto empezó a hablar, como le tocara el punto delicado de la política primero y de los asuntos internacionales después, irguió la antigua cresta, cantó. De lo primero, como quien mira las cosas desde su voluntario aislamiento; pero expresando su disgusto por las añagazas y trampas al uso; y su desconsuelo airado por el estado a que han reducido al país los malos dirigentes. De los segundos, lapidando a frases violentas a los Estados Unidos. Hay que recordar cómo ha sido el entusiasmo de Castelar por la república norteamericana antes de la iniquidad...

► Calles de Madrid

Entierro de Castelar

Don Emilio Castelar murió el 25 de mayo de 1899 en San Pedro de Pinatar, Murcia, y fue enterrado en el Sacramental Cementerio de San Isidro de Madrid en 29 de mayo después de ser velado en el palacio del Congreso de los Diputados en la carrera de San Jerónimo.



Entierro de Castelar

Darío narra el entierro en un artículo de *La Nación*, del 30 de mayo de 1899, el cual fue luego un capítulo en *Cabezas*, sus retratos de artistas, escritores y políticos, reunidos en libros póstumamente, en 1929:

Y llegó el entierro. Fluía en el ambiente de la tarde la dulzura de un cielo de acuarela. Madrid se desbordaba como un hirviente vaso. Suspendida la circulación por las calles que debía recorrer el fúnebre cortejo, la concurrencia se aglomeraba, los balcones se tupían. La calle de Alcalá, la Puerta del Sol, la calle Mayor estaban inundadas por el río humano. Desde temprano se esperó por largas horas. Por fin apareció a lo lejos el pelotón azul de la Guardia Civil de a caballo. Se abre paso entre el espeso gentío, y comienza el desfile. Van, precediendo, las profusas coronas; se destaca la de El Liberal, enorme y negra, sobre un fondo de seda blanco; van los recogidos del hospicio y del asilo de San Bernardino; los grupos de varias asociaciones; los comerciantes, numerosos; la Academia de la Historia, el Ateneo, el Círculo de Bellas Artes; ahí distingo a Núñez de Arce, pálido y como nervioso; ahí ya la barbilla canosa de Zapata, junto al músico Bretón; allí Echegaray, con su aire enfermizo y gastado. Ahí el todo Madrid de la celebridad: periodistas, artistas, sabios, académicos. Y el clero, de sobrepelliz, anunciado por la manga de la parroquia, embudo negro y oro. Y ahí va Castelar muerto, en su carroza severa. Todo el mundo se descubre, todo el mundo le da su último saludo. Sobre el féretro no se ve más que un aislado ramito de flores... ¡es el ramito de la niña del obrero! La guardia de honor sigue, de soldados de la Civil. De pronto se oye entre la muchedumbre: «¡Bravo! ¡bien!» Son los militares que vienen, a pesar de la mezquindad ministerial. ¡Bravo! ¡Bien! Es el penacho blanco de Martínez Campos, el último gran guerrero, que asiste de toda gala; es Weyler, que viene sin penacho, pero acoirazado el pecho de condecoraciones y medallas, Weyler, de fama terrible, pero que hoy se conquista por un momento las simpatías, pequeño, acerado, ceñudo, apretada y reveladora la saliente mandíbula. ¡Bien! ¡Bravo! Son los penachos, son los entorchados, son los uniformes de otros tantos generales, de innumerables jefes y oficiales que honran a Castelar a pesar de todo; es una comisión del Cuerpo de artilleros, que lleva su ofrenda. ¡Bien!

¡Bravo! Es España la antigua que aplaude a las Españas que no han echado en olvido la hidalguía. ¡Viva España! Y pasan más comisiones y los diplomáticos, llenos de oro. entre los cuales resaltan el Nuncio y el embajador de China, vestido de seda, con su botón de cristal y su pluma de pavón. Y luego la presidencia del Consejo de Ministros, y la Guardia Civil que cierra la procesión, y detrás aún más gente, y más gente. Y el murmullo general se acentúa contra quienes no han sabido honrar la memoria del más grande de los españoles de su época, a quien sus mismos enemigos tienen una palma que ofrecer cuando va camino de la eternidad, a quien no ha habido una sola lengua española que no haya consagrado una palabra de admiración, como al hijo que mejor supo sobre la faz del universo, honrar a su madre patria. Y quienes han herido a esa amada patria con rencores inauditos ante el cadáver de aquel que supo combatirles frente a frente en su vida gloriosa y nobilísima, son los mismos que han contribuido a la desgracia nacional por degenerados o débiles, o ciegos instrumentos de errores y desidias; son los que han vuelto de la derrota con pasmosa frescura y a quienes una voz, harto elocuente en el Congreso, condenó a ser ahorcados con los fajines de sus uniformes... *militaris curia est severitate morum...* ¡No era Castelar tan gran admirador de Tácito?

► **Calle Alcalá Galiano, 6**
Legación de la República Argentina



Biblioteca Nacional

En su autobiografía menciona Darío:

Frecuenté la legación argentina, cuyo jefe era entonces un escritor eminente, el doctor Vicente G. Quesada. Intimé con el pintor Moreno Carbonero, con periodistas como el Marqués de Valdeiglesias, Moya, López Ballesteros, Ricardo Fuentes, Castrovido, mi compañero en *La Nación* Ladevese, Mariano de Cavia, y tantos otros...

Vicente Gregorio Quesada (1830-1913) fue un diplomático y periodista, fundador de la *Revista del Paraná* en 1861, y director de la Biblioteca Nacional.

En una crónica fechada el 10 de enero de 1899, publicada en *La Nación* y recogida en *España Contemporánea*, describe esa visita:

La legación argentina está situada en un elegante hotel de la calle Alcalá Galiano, núm. 6. Es en el barrio aristocrático de la Corte, el faubourg Saint Germain de Madrid. Allí concurrí anoche, por amable invitación del ministro Quesada, que había quedado de presentarme a algunos «representativos» de la vida social e intelectual madrileña: en el arte, Moreno Carbonero; en el periodismo, el marqués de Valdeiglesias; estos dos me interesaban en gran manera. Fueron puntuales. Es el primero un tipo nervioso, delgado, de mirada inteligente, no revela al artista desde luego, pero cuando habéis hablado con él las iniciales palabras, la chispa ha saltado, iluminando, bajo un bigote fino y negro, una sonrisa bon enfant. El segundo, de pequeña estatura, rubio, calvo, comunicativo, meridional; de seguida se manifiesta el clubman, el mundano, el infaltable a las fiestas y reuniones de la aristocracia, el título reporter, que hace en su diario, *La Época*, lo que el príncipe de Sagán hacía en un tiempo en *Le Figaro*. *La Nación* estaba representada dos veces, pues a mi derecha, en la mesa de la casa argentina, tenía yo al estimado compañero Ladevese...

► **Cuesta de Santo Domingo, 16**
Casa museo de José Lázaró y Galdiano

José Cecilio Lázaró Galdiano (1862-1947), empresario, editor, quien fundó

la revista *La España Moderna*, amigo tanto de Miguel de Unamuno como de doña Emilia Pardo Bazán, y coleccionista de arte. El cuadro atribuido por Lázaro a Da Vinci, al que Darío se refiere, es *El Salvador adolescente*, obra anónima.

Galdeano llegó a adquirir una considerable fortuna, y al final de su vida donó su colección de arte al estado, que ahora se exhibe en la última residencia que ocupó en el parque Florido de la calle Serrano, un museo gestionado por la fundación que lleva su nombre.

En *España Contemporánea* Darío recuerda la visita a la casa de Lázaro en la cuesta de Santo Domingo:

...de otros tópicos de ocasión os hablaré, por transmitirlos las sensaciones de arte que acabo de experimentar en una casa que es al mismo tiempo un museo, y que, indiscutiblemente es la mejor puesta a este respecto, de todo Madrid, con ser famosa y admirable la del conde de Valencia de Don Juan; me refiero a la garçonnière que en la cuesta de Santo Domingo habita el director de *La España Moderna*, José Lázaro y Galdiano. Es José Lázaro acreedor al elogio por su amor a las letras y artes; ha sostenido y sostiene la revista de más fuerza que hoy tiene España entre los grandes periódicos: ha publicado más de quinientos libros de autores extranjeros, haciéndolos traducir para su propagación en ediciones baratas y elegantes; su correspondencia, en ese punto, ha sido con escritores que se llaman Tolstoi, Gladstone, Ibsen, Richepin; ha llenado su casa de preciosidades antiguas, de armas, libros, joyas, encajes, cuadros, bronce, autógrafos; ha viajado por toda Europa y se prepara este año para ir a Spitzberg; es el amigo de todo sabio, de todo escritor, de todo artista que visita este país; es joven, soltero, muy rico; sus aficiones intelectuales no le impiden hacer una vida mundana; y cuando vuelve, por ejemplo, de una excursión del interior de España, ocupa la tribuna del Ateneo y obtiene el aplauso y la aprobación de todos; creo que su camisa está muy cerca de ser la camisa del hombre feliz. Yo le fuí presentado hace siete años, al mismo tiempo que dos escritores extranjeros, el novelista griego Bikelas—de quien os he hablado ya ha tiempo en *La Nación*—Maurice Barrès...

...La casa de Lázaro está cerca de la de don Juan Valera y el general Martínez Campos; y enfrente de la del duque de Frías, el gran señor de romántica vida que arrebatara en época hoy legendaria la mejor joya de la embajada inglesa... De los balcones se ve la casa de la novela—que costó la inmensa fortuna del duque—y, al dulce oro de una tarde que hubiera podido ser de primavera, hablábamos de esos sueños vividos. Luego fui a visitar las telas viejas, los cuadros auténticos y admirables— ¡oh, mi buen amigo Schiaffino, y cómo le he recordado! —Lo de Tiepolo, cabezas dibujadas con la conocida magistral manera. Un hermosísimo cuadro de la época rafaelita, de tonalidad única, a modo de creerse imposible que se haya podido lograr la conservación de tanta riqueza de color. Un Ribera que desearían muchos Museos; riquísimos trípticos bizantinos; retratos de valor histórico y de un abolengo artístico que desde luego se impone; y más y más preciadas cosas en que resalta con aristocracia absoluta, como soberano, santa «panagia» de esa casa del Arte, un Leonardo da Vinci. Esta presea de la pintura es un cuadrito pequeño, un retrato, el de un tipo seguramente contemporáneo de la Gioconda; maravilloso andrógino, de una fisonomía sensual y dolorosa a un tiempo, en la cual todo el poema de la visión del artista incomparable está cristalizada, como en un suave y prodigioso diamante. Es una «ficción que significa cosas grandes», como decía el maestro en palabras que han florecido en el alma d'annunziana. Me gusta más todavía este retrato enigmático que el mismo sublime retrato de Monna Lissa. La mirada está impregnada de luz interior; el cabello es de un efecto que sobrepasa los efectos esencialmente pictóricos; el ropaje—que es hermano de la Gioconda—muestra la mano original; y el fino y delicado plasticismo de las armoniosas facciones, denuncia, clama la potencia del porfirógénito poeta-sapiente de la Anatomía, del príncipe de los maestros de la pintura de todos los siglos. Del Museo de Berlín vinieron a intentar llevarse tan magnífica obra, pero el dueño no quiso la buena suma del oro alemán. Al Louvre fue en persona a mostrar su tesoro, y también recibió propuestas. El cuadrito sigue imperante en tierra española. Entre tanta rica colección de cosas de arte, me llaman la atención dos mantillas que pertenecieron a una altísima dama de

la nobleza madrileña, que pasó sus últimos años en apuros y pobreza y tuvo un entierro modesto, humilde, después de haber recibido, en tiempos de pompa, a los monarcas en sus salones. De ella era también un anillo de solitaria belleza, una perla cuyo oriente se destaca singular entre finas chispas, todo de un gusto de exquisitez hoy no usada, y que seguramente adornó en no muy lejanos tiempos dedos principales que muestran su gracia nobiliaria en los retratos de Pantoja. De ella asimismo una peineta que ostenta en su semicírculo tantas amatis-tas como para las manos de diez arzobispos. De las joyas en mi rápida visita paso a los libros: primero los incunables alemanes e italianos; eucologios de Ámsterdam; hermosas ediciones de España, las espléndidas de Montfort, de Sancha, de la Imprenta Real; varios infolios pertenecientes a la biblioteca del infante Don Sebastián; una crónica de Pero Niño, de severa elegancia tipográfica; rollos hebreos, pergaminos gemados de mayúsculas que revelan la fina y paciente labor de la mano monacal; sellos de Don Alfonso el Sabio; prodigiosas caligrafías arábigas, autógrafos de un valor inestimable. Buena parte de todo lo que adorna esta mansión fue expuesta en la Exposición Histórica europea y americana que se celebró en esta capital, con motivo del Centenario de Colón, y en el actual palacio de la Biblioteca y Museo de Arte Moderno. Al ir revistando tan estupenda colección de riqueza bella, pensaba yo en cómo muchas de las cosas que atraían mis miradas eran parte del desmoronamiento de esas antiquísimas Casas nobles que, como la de los Osunas, han tenido que vender al mejor postor objetos en que la historia de un gran reino ha puesto su pátina, oros y marfiles rozados por treinta manos ducales en la sucesión de los siglos, hierros de los caballeros de antaño; muebles, trajes y preseas que algo conservan en sí de las pasadas razas fundadoras de poderíos y grandezas... Y recordaba la amarga comedia de Jacinto Benavente: La comida de las fieras... Y antes de partir fui otra vez a dar mi saludo de despedida a la creación del divino Leonardo. Y parecíame que la majestad del arte diese razón a la caída de todo edificio que no tenga por base la potencia mental. Esa faz reproducida o imaginada por el maestro luminoso vive y comunica su inmortal misterio, su hechizo supremo, a toda alma que se acerque a

su mágica influencia, cual si desprendiese de la obra del pincel la maravilla avasalladora de una virtud secreta. Y a través de la fugaz onda temporal, esa dominación arcana se perpetúa, y la imperecedera diadema se hace más radiosa al tocar sus perlas invisibles el vuelo de las horas...

► | Casa de Campo

Darío conoció a Francisca Sánchez del Pozo (1874-1963), nacida en Navalsauz, una aldea campesina de la sierra de Gredos. Era hija de Celestino Sánchez y Juana del Pozo. Su padre se trasladó a Madrid cuando fue nombrado guarda de la Casa de Campo.

Su primer encuentro fue un martes de Carnaval, el 21 de febrero de 1899. Ella lo narra en una entrevista, aunque equivoca en sus recuerdos el año, y la edad que tenía entonces:

Una tarde de martes de Carnaval, yo me había disfrazado de serrana. Era -lo recordaré siempre mientras viva- el día 18 de enero de 1900. Yo acababa de cumplir entonces diez y seis años. Casi una niña. Pero físicamente, era una mujer. Una mujer alta, fuerte, sana, guapa. Lo que en aquellos tiempos se conocía por "una real moza".

Mi disfraz fue un éxito y me dieron uno de los primeros premios del concurso. Como una joven que era, alargamos el paseo habitual para mostrar la banda que me habían dado. Iba por la Castellana con mi padre, y todos me sonreían, me lanzaban pipos y saludos. Y cuando ya cansada, regresaba a mi casa, me encontré con Rubén.

No lo conocía, no lo había visto nunca, no había leído ninguno de sus versos, ya que no sabía leer. Vi a un señor, ya de alguna edad, con bigote y perilla, a quien nos presentaba un conocido de mi padre, Antonio Palomero.

Y vi, al despedirse, cómo los grandes y brillantes ojos del poeta me contemplaban con fijeza.

Volví a verle más veces. Rubén solía pasear mucho por la Casa de Campo; y cuando supo que mi padre era uno de los jardineros del parque, lo hizo con más frecuencia. Allí empezaron nuestros paseos. Paseábamos y hablábamos: -hablaba él, claro

está- del Amor, de la Amistad, de la Poesía. Fue en esos paseos cuando empezó a llamarme su "musa". Su musa le escuchaba extasiada, maravillada ante aquel hombre que tantas cosas sabía y que hablaba tan bien.

Yo era una pobre e ignorante serrana de Navalsauz, un pueblecito de Gredos. Mi círculo de conocimientos y amistades eran las hijas de los otros jardineros y guardas de la Casa de Campo; muchachas de pueblo que «servían» aquí, en Madrid. No éramos iguales. No sólo no hablábamos igual, sino que tampoco pensábamos como él. Él al que todos le llamaban poeta.

Cuando llegó el verano, ya salíamos juntos. Nos veíamos todos los días, a todas horas: en la Casa de Campo, en el domicilio de una señora amiga o en las verbenas. Fue cuando conocí a los extraños amigos de Rubén: poetas, pintores, periodistas, cómicos, todos aquellos bohemios que ornamentaban los cafés de Madrid durante los primeros años del siglo XX recién estrenado. Era un mundo pintoresco y abigarrado que me asustaba un poco; oía, sin entender, largas y violentas discusiones; me dirigían frases cuyo significado desconocía, cortesías y saludos a los que no estaba habituada. Pero me fui acostumbrando.

Rubén me parecía bueno, amable, generoso, inteligente... Cuando nos casemos, pensaba, le llegaré a querer... Nunca llegamos a casarnos, ya que él no consiguió el divorcio.

Los paseos por los predios de la Casa de Campo, vedados al acceso del público y a los que solo se accedía mediante permiso, los hacía Darío en compañía de Valle-Inclán. Pronto se hicieron amantes, y pasaron a vivir juntos.

► **Calle del Marqués de Santa Ana, 29** **Domicilio de Rubén Darío y Francisca Sánchez**

La calle del Marqués de Santa Ana, o cuesta de Santa Ana, del barrio de las Maravillas, o barrio de Malasaña, y que en un tiempo se llamó también calle del Rubio, corre entre las calles del Pez y la del Espíritu Santo.

En la calle del Pez vivía el poeta Francisco Villaespesa, quien, junto con otros amigos de la bohemia, como Valle-Inclán, Alejandro Sawa (1862-1909), el Max Estrella de *Luces de Bohemia*, y Francisco Palomero, visitaban a Darío en este lugar.

En octubre de 1899 Darío viajó a Navalsauz para visitar a la familia de Francisca, viaje del que dejó memoria en una crónica incluida en *España Contemporánea*; y en abril de 1900 nació Carmen, la primera de los cuatro hijos que tuvieron, y quien murió de viruela en marzo de 1901.

Juan Ramón Jiménez recuerda en *Mi Rubén Darío*:

Calle del Marqués de Santa Ana. Piso bajo. Aldeana convertida en princesa, gruesa, blanca, elástica. El cartero entrega un paquete a Rubén –¿un libro de Amado Nervo?– que coje y abre Villaespesa. Un día, telegrama de *La Nación*. El poeta tiene que marcharse a Francia.

Francisca conservó en un baúl gran parte del archivo personal de Darío, el que entregó en 1956 a la Universidad Complutense de Madrid, y que forma el fondo principal del Museo Archivo Rubén Darío.

► **Cuesta de San Vicente**
Estación del Norte (Príncipe Pío)



Estación del Norte

En su autobiografía Darío escribe:

La Exposición de París de 1900 estaba para abrirse. Recibí orden de *La Nación* de trasladarme en seguida a la capital francesa. Partí.

Y entonces se cerró el piso de la calle Marqués de Santa Ana.

Juan Ramón Jiménez recuerda la despedida, en abril de 1900:

Estación del Norte, Frío. Rubén, loco, deja todo aquel Madrid ya tan suyo. Paca, con niño dentro; libros que pasaron a poder de Villaespesa, Víctor Hugo entre otros, en la edición popular del centenario. Lo despedimos en la estación, que yo recuerde, Ramiro de Maeztu, Francisco Grandmontagne, Valle-Inclán, Antonio Palomero, Villaespesa y yo. No olvidaré nunca la mirada de Rubén Darío a los álamos blancos del Norte crepuscular y fresco de la primavera, por la boca de la estación. Ya el tren saliendo, cojida al furgón de cola, Paca con mantón a cuadros y niño secreto.

■ **TERCERA ESTANCIA (1903)**
LA ODA A ROOSEVELT



► **Conde de Aranda, 1**
Casa del doctor Luis Simarro

Tras la muerte de su padre en 1900, Juan Ramón había quedado enfermo, víctima de una crisis nerviosa, y se trasladó a Madrid para ponerse en manos del reputado psiquiatra doctor Luis Simarro Lacabra (1851-1921), quien recomendó internarlo en un sanatorio de Burdeos, la Maison de Santé du Castel d'Andorte. En 1903 volvió a Madrid, y siempre bajo el cuidado del doctor Simarro pasó al Sanatorio del Rosario, de donde salió para instalarse en la propia casa de su médico, quien recién había enviudado, número 1 de la calle Conde Aranda, que hace esquina con la calle de Serrano:

Don Luis Simarro me trataba como a un hijo. Me llevaba a ver a personas agradables y venerables: Giner, Sala, Sorolla, Cossío; me llevaba libros, me leía a Voltaire, a Nietzsche, a Kant, a Wundt, a Spinoza, a Carducci...nunca olvidaré aquellas tardes de invier-

no –nieve, frío, lluvia, alrededores solitarios–, cuando inesperadamente, a última hora, veía yo llegar, desde mi ventana, hasta el jardín tristón, la lenta berlina de Simarro...

El 29 de octubre de 1903 Darío escribe a Juan Ramón Jiménez desde París:

«Mi mal es duro pero no inminentemente grave. Es una neurastenia del demonio. A Málaga me voy porque cada invierno me amenaza aquí una congestión pulmonar. Voy por el sol. No pasaré por Madrid: me voy por Marsella y por el mar. Saldré a finales del mes entrante si Dios quiere».

El 20 de noviembre vuelve a escribirle:

Me voy, por fin, el 30, a Barcelona y de allí a Málaga. No pasaré a la vuelta por Madrid; pero si usted quiere nos podemos encontrar en Granada. Y eso será bello y grato.

Pero cambió de planes, tomó en Barcelona el tren a Madrid, porque quería ver a Juan Ramón, y de inmediato siguió el viaje hacia Málaga.

Debe haber sido alrededor del 7 de diciembre cuando Darío apareció en casa del doctor Simarro, porque el 9 de ese mismo mes ya estaba en Málaga:

Una mañana muy temprano la doncella me anunció a Rubén Darío.

Venía vestido de kaki, con sombrero blanco de paja, un panamá, botas amarillas, estrechas, la parte alta sin abrochar, botas que le hacían daño. Oscuro, muy indio y mogol de facciones. Me pareció más pequeño, más insignificante.

Sorpresa:

–He venido a Madrid sólo a verle a usted.

Pasó entonces de prisa, camino de Málaga, a curarse una bronquitis alcohólica en el clima inocente. Desde allí me mandó para la revista *Helios* la soberbia *Oda a Roosevelt*. Francisco A. de Icaza lloró de emoción cuando yo, en un tranvía, le enseñé el manuscrito de la oda...

Sobre la publicación en Helios este mismo poema, Juan Ramón escribe;

En el invierno de 1903, Rubén Darío bajó de Francia a España para curarse con el sol de Málaga un catarro agudo. Un grupo de «modernistas» publicábamos entonces en Madrid una revista, Helios que honró Rubén Darío varias veces con su firma. Un día recibí un espléndido manuscrito en gran papel marquilla, cuatro páginas, con esa letra rítmica que Rubén Darío escribía en momentos serenos. Era la magnífica "Oda a Teodoro Roosevelt" y venía dedicada al rey Alfonso XIII. Al día siguiente recibí un telegrama de Rubén Darío pidiéndome que suprimiera la dedicatoria. El manuscrito de la oda se lo regaló, años después, a Archer Huntington para la Hispanic Society de Nueva York, porque yo deseo que estos documentos puedan ser vistos y utilizados por el mayor número de personas...

A ROOSEVELT

¡Es con voz de Biblia, o verso de Walt Whitman,
que habría que llegar hasta ti, Cazador!
¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!
Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
Y domando caballos o asesinando tigres,
eres un Alejandro- Nabucodonosor.
(Eres un profesor de energía
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio
que el progreso es erupción;
en donde pones la bala
el porvenir pones.
No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis se oye como el rugir del león.
Ya Hugo a Grant le dijo: Las estrellas son vuestras.
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcóyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfumes, de amor,
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor;
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!,
hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

► **Entre la calle del Carmen y el Postigo de San Martín (hoy Callao)**
Fonda Los leones de oro

Muy a comienzos de marzo pasó de nuevo por Madrid, viniendo de Málaga para regresar a París donde ya se haya de regreso el 10 de ese mismo mes. Juan Ramón dice:

A la vuelta lo encontré disminuido, vacilante. Se tomaba constantemente el pulso. Le vi en la fonda «Los leones de oro». Junto a él, una mujer blanca, delgada que hablaba bien francés y que Rubén presenta:

-¡Mi compañera!

Aquella era la princesa Paca. Increíble. Ahora le guarda los libros, le cierra las maletas. Traje blanco y azul, gorra de visera. Desconocida...

■ CUARTA ESTANCIA (1905) LA SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA



Rubén Darío, para entonces cónsul de Nicaragua en París, se desplazó otra vez a España a comienzos del mes de febrero de 1905. Aparece como miembro de una comisión nombrada por el gobierno nicaragüense, cuya finalidad era resolver una disputa territorial con Honduras, y de la cual era árbitro el rey Alfonso XIII, la cual fue fallada al año siguiente en favor de Honduras. Otro de los miembros de la comisión era el poeta colombiano José María Vargas Vila (1860-1933), cónsul de Nicaragua en Madrid.

En su autobiografía, Darío cuenta:

El gobierno nicaragüense nombró a Vargas Vila y a mí—Vargas Vila era Cónsul general de Nicaragua en Madrid—miembros de la Comisión de límites con Honduras, que Nicaragua envió a España, siendo el rey Don Alfonso el árbitro que debía resolver definitivamente en el asunto en cuestión. El ministro Medina era el jefe de la Comisión; pero nunca nos presentó oficialmente ni contaba, ni quería contar con nosotros para nada. Vargas Vila

tiene sobre esto una documentación inédita que algún día ha de publicarse. El fallo del rey de España, no contentó, como casi siempre sucede, a ninguna de las partes litigantes, y eso que Nicaragua tenía como abogado nada menos que a D. Antonio Maura. La poca avenencia del ministro Medina conmigo hizo que yo me resolviese a hacer un viaje a Nicaragua.

Vargas Vila, por su parte, se refiere al asunto en estos términos:

Nicaragua, se apresuró con igual objeto a constituir la suya, nombrando para formarla, a don Crisanto Medina, su Ministro ante varios gobiernos europeos, y a mí, que era Cónsul General de la República en Madrid; apenas constituida la Misión, Darío, me manifestó el deseo vehemente de pertenecer a ella; deseaba ir a Madrid, al cual amaba mucho, y, en el cual, era muy amado...

La versión de Vargas Vila no parece ser exacta, si tomamos en cuenta el mensaje que el 7 de enero de 1905, el ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, Adolfo Altamirano, envía a Darío a París:

Es preciso obtener la ayuda eficaz de los personajes influyentes de la Corte y, a este fin, la cooperación de usted nos interesa mucho, por sus valiosas vinculaciones con los hombres preeminentes de España. Sabemos aquí el aprecio muy especial en que se tiene a usted por su privilegiado talento y demás altas dotes que le distinguen. Adolfo Altamirano.

En junio de ese mismo año publicó en Madrid, por Tipografía de la revista de Archivos, Bibliotecas y Museos el tercero de los libros capitales de su obra poética: *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*. La preparación estuvo al cuidado de Juan Ramón Jiménez, y se imprimieron 500 ejemplares a un costo de 816.15 pesetas, sufragado por el propio autor.

► | **Cuesta de San Vicente** **Estación del Norte (Príncipe Pío)**

Juan Ramón Jiménez recuerda la llegada de Darío a la estación del Norte:

Un telegrama de París: «Llego mañana en el rápido.» Las dos de la tarde. ¿Abril? Soledad hueca en la estación del Norte. De pronto, paseándose como un maniquí, un tipo gabán gris entallado, zapatos apuntados de charol, tacón alto, bigote borgoñés, violetas en la solapa, hongo claro, todo llevado en falso. Alguien, sin duda, que venía a esperar al poeta.

Para el tren. Seis, siete viajeros. Al fin, Rubén que parece otra vez más alto y más grueso, más Rubén Darío que la segunda vez.

Me presenta al tipo del gabán gris:

-El gran poeta Vargas Vila...

Voz asquerosa, de un gangueo enjuagado:

-Sí, señor; yo soy el sol de Colombia, como Rubén es el sol de Nicaragua. Nosotros somos los soles de América.

Rubén ríe, todo él, inclinándose. Viene otra vez de sombrero de copa, alto, ancho, y siempre con botas de pie chiquito, apretadas, incómodas...

► **Hotel Inglés.**
Calle de Echegaray, 8

Inaugurado en 1886, era propiedad de don Agustín de Ibarra, el primero en ofrecer alumbrado eléctrico en el comedor, contaba con servicio de ascensores, calefacción, teléfonos en las habitaciones y aseos con agua corriente.

Allí se alojó Darío al llegar esta vez a Madrid, según los recuerdos de Juan Ramón:

Hotel Inglés. Cuarto oscuro, hastiante, como todos los de Rubén. De pie los tres, abre un saco de mano y saca un montón de borradores. Vargas Vila desaparece. Rubén me lee *Buey que vi, Lo fatal, Otoño en primavera...* Me dice que viene con carta abierta a tratar una cuestión de límites con Vargas Vila, que tiene dinero y quiere hacer una edición monumental de *Los Cisnes*.

Salimos. Carrera de San Jerónimo, Cibeles. Se toma el pulso.

-¿Y de... mujeres?

Le digo que yo no entiendo de prostitutas, que nunca he buscado el amor en esas casas. Comprendo que le fastidio. No le gustan el Retiro ni la Castellana. Quiere beber...

► **Confitería La Mallorquina**
Puerta del Sol, esquina con la calle Mayor

Abierta en 1896, esta pastelería y cafetería fue un concurrido sitio de tertulias propiedad de los empresarios Balaguer, Coll y Ripoll.

En este sitio se encuentra Darío a comienzo de 1905 con el poeta peruano José Santos Chocano (1875-1934), quien concurre en compañía del poeta Manuel Machado (1874-1947). Chocano había llegado a Madrid como diplomático de su país, y también en busca de editor para su libro *Alma América*, que el librero Gregorio Pueyo (1860-1913) publicaría al año siguiente, encabezado por el poema *Preludio* escrito por Darío.

Personaje dueño de una vida aventurera, Chocano fue separado de su cargo en la legación peruana tras una acusación de estafa al Banco de España, y huyó a Cuba. Estuvo luego en Puerto Rico y en México, donde fue secretario del revolucionario Pancho Villa, y en Guatemala protegido del dictador Manuel Estrada Cabrera, al que acompañó hasta su caída. Murió asesinado en Chile.

En su libro de memorias *Las mil y una aventuras*, Chocano deja memoria de este encuentro en el capítulo *Rubén y los demonios del alcohol*, donde cuenta también que el poema *Preludio*, que sirvió de pórtico su libro, fue fruto del fin de un periodo de embriaguez de Darío.

En una carta que en 1908 le escribió desde Nueva York una carta donde le dice a Darío:

En América tenemos hoy además de nuestro renombre incontrovertible, tú la fama de ser más ebrio que Baco; Díaz Mirón la de ser más asesino que Hércules; y yo la de ser más ladrón que Mercurio. ¡Pobre América que no cuenta sino con nosotros!

PRELUDIO

Hay un tropel de potros sobre la pampa inmensa.
¿Es Pan que se incorpora? No: es un hombre que piensa,
es un hombre que tiene una lira en la mano:
él viene del azul, del sol, del Océano.

Trae encendida en vida su palabra potente
 y concreta el decir de todo un continente...
 Tal vez es desigual... (¡El Pegaso da saltos!)
 Tal vez es tempestuoso... (¡Los Andes son tan altos!...)

Pero hay en este verso tan vigoroso y terso
 una sangre que apenas veréis en otro verso;
 una sangre que cuando en la estrofa circula,
 como la luz penetra y como la onda ondula...
 Pegaso está contento, Pegaso piafa y brinca,
 porque Pegaso pace en los prados del inca.

Y este fuerte poeta de alma tan ardorosa
 sabe bien lo que cuentan los labios de la rosa,
 comprende las dulzuras del panel y comprende
 lo que dice la abeja del secreto del duende...

Pero su brazo es para levantar la trompeta
 hacia donde se anuncia la aurora del Profeta;
 es hecho para dar a la virtud del viento
 la expresión del terrible clarín del pensamiento.

Él sabe de Amazonas, Chimborazos y Andes.
 Siempre blande su verso para las cosas grandes.

Va como Don Quijote en ideal campaña,
 vive de amor de América y de pasión de España;
 y envuelto en armonía y en melodía y canto,
 tiene rasgos de héroe y actitudes de santo.

«¿Me permites, Chocano, que como amigo fiel,
 te ponga en el ojal esta hoja de laurel?»
 Tal dije cuando don J. Santos Chocano,
 último de los incas, se tornó castellano.

► | Calle de las Veneras, 4

Andando desde la plaza de Santo Domingo por el dédalo de viejas calles de Madrid, se entra en la calle de las Veneras, que se abre en horquilla la costanilla de Los Ángeles y se prolonga en la calle de Trujillos hasta encontrarse con la calle de la Flora, la calle de Mario Vargas Llosa.

Encima del portón del número 4 hay una placa conmemorativa colocada por el ayuntamiento de Madrid en 1964, con una leyenda redactada por el poeta José García Nieto (1914-2001), Premio Cervantes, que lo señala como

"cantor y adelantado de la futura hispanidad", con una estrofa de Salutación del optimista, poema escrito en ese lugar.

Juan Ramón recuerda en dos momentos sus visitas a Darío en el piso de la calle Veneras, mientras escribía la *Salutación al optimista*:

Se instala en un entresuelo agobiante, en donde parece inmenso. Dicta a un amanuense la *Salutación del Optimista*, a dos hexámetros por día. La muerte repentina de Valera, cuando le enseñaba versos latinos a su loro, le acongoja.

Siesta. Yo le suplico que no beba más whisky. Como me quiere mucho, para no disgustarme instala su bodega -whisky, soda, Martel, mariscos- en el dormitorio. Con la luz encendida lo veo beber por el cristal pintado y rayado; beber, comer, enjuagarse la boca, volver serio al despacho. Veinte jóvenes admiradores alrededor de él sentados ¿dónde? Mal olor en casi todos....

Y luego anota:

(En esta época, Rubén Darío, que vivía accidentalmente en Madrid, calle de las Veneras 4, un entresuelo chato y oscuro y desapacible, usaba para estar en casa boina. Solía ponerse ante un armario de luna y arreglarse la boina al espejo de mil maneras.

Recuerdo de esta casa una escena que pinta un aspecto infantil del poeta. Su habitación estaba dividida en dos por una puerta de cristales; alcoba y gabinete, y en el fondo estaba la cama y en la parte del balcón un escritorio, una mesa con el Quijote y libros recibidos de Madrid.

Yo solía suplicarle al poeta que no bebiera "whisky", ni "cognac" Martel -3 estrellas-, que él bebía por una falta de voluntad completamente infantil y para evadirse de una realidad que él, más egoísta, hubiera podido componer para una vida más fácil. Y él se contenía en mi presencia por agradarme. Una tarde en que estábamos juntos, yo sentado ante su mesa, él como acostumbraba paseando por la habitación, observé que cada vez que llegaba a su alcoba se detenía en ella durante un ratito. Tenía encendida la luz y a través de los cristales se veía todo. Llegaba a la mesa de noche, tomaba una copa de "cognac", y luego se enjuagaba la boca y se volvía adonde yo estaba.

En esta casa escribió -dictó de palabra a un funcionario cesante y pintoresco- despacio, casi a verso por día. La "Salutación al optimista").

Juan Ramón menciona una breve nota (sin fecha, pero de 1905) que recibe de Darío, donde le dice:

Caro poeta,
He llegado ayer. Y estoy un poco enfermo. No mucho.
Suyísimo
D.

Puede ser que esta nota se la haya escrito a su regreso de Ciudad Real y Argamasilla de Alba, adonde fue en febrero de ese año: "he improvisado un viaje cervantino U. Quizás La Mancha haga bien a mis nervios maltrechos...", le dice dese Ciudad Real.

Y con la nota donde le avisa de su regreso, le remite el poema *Chapilgorri*, donde el tema es la boina vasca que Juan Ramón le ve arreglarse frente al espejo de mil maneras:

CHAPILGORRI

Maravilloso champiñón decorativo,
que floreciste tantas funciones sanguinarias
en las luchas carlistas, y que por ser tan varias
tus formas, te conviertes en tiara del esquivo;

hacia adelante, o hacia atrás, casco, aureola,
ya redondez de hongo, o arista de peñasco,
al ponerte en mi testa, me siento un poco vasco,
ya Iparraguirre, o bien Unamuno, o Loyola.

En otra parte, abunda de nuevo sobre la boina, sobre la escritura de la *Salutación del optimista*, y sobre la poca simpatía que le despertaba Vargas Vila:

...Usaba para estar en casa boina vasa negra. Solía ponerse, grande y obeso como era, ante un armario de luna que allí tenía y se arreglaba la boina de mil maneras, como dice en ese poema humorístico. Cada postura le producía una hilaridad gozosa y movimientos expresivos del cuerpo...

...Dije antes que tenía una hoja de papel de barba en la mesa del despacho. Lo que estaba escribiendo, dictando, era la "Salutación del optimista", línea a línea. Unas veces escribía el secretario (un pobre funcionario cesante, muy pintoresco, que se daba gran importancia porque había leído algo de Blasco Ibáñez), otras quien estuviera en la habitación, la criada, yo, el pupilero, algún poeta joven de la bohemia madrileña. Esta "Salutación del optimista", tan magnífica, la escribió para leerla en el Ateneo de Madrid, en una sesión solemne que presidió don Segismundo Moret y en la que leyeron el gran Rubén Darío y el gran majadero Vargas Vila. Vargas Vila pudo leer su necedad victorhuguesa y dannunziana entre mares de risas y bromas; Rubén Darío fue oído por todos con un silencio absoluto y clamoreado al terminar...

En este punto, la versión de Vargas Vila acerca de la escritura del poema es diferente de la de Juan Ramón, y, muy a su manera, menos ponderada:

...dijo el Poeta, que se pondría a la Obra; más los días sumábanse a los días, el tiempo huíase ligero, el de la fiesta llegaba, y, el rosal estético del Poeta, no producía la rosa ofrecida para su ofrenda, en aquella fiesta de Intelectualidad trascendental; mío era el compromiso con Pando y Valle; mío y de nadie más; el nombre del Poeta figuraba ya en los programas de la fiesta y, era objeto de general expectativa; sobrecojiome el espanto de que pudiera yo quedar en descubierto por un olvido suyo; fui a verlo; vivía entonces en una oscura y equivoca morada, a donde uno de los bohemios que lo explotaban, lo habían llevado; hállelo rodeado de su tribu familiar, venida del lejano pueblo, para roerlo también; estaba en una bien triste hora el Poeta, pero, sin embargo bastante consciente, para prometerme con seriedad el cumplimiento de lo ofrecido; aún en esos momentos suyos, él era afable y cortes; los días pasaban; era la ante víspera de la

fiesta.... y, Darío, no había hecho los versos.... antes de escribir a Pando y Valle, el derrumbamiento de nuestro proyecto, y el fracaso de mi compromiso, quise hacer un último intento. Palacio Viso, fue el comisionado para esa empresa; aquella noche se dirigió a casa de Villaespesa, el Poeta fraternal y altísimo, que por ser tan capaz de haberla escrito, era tan capaz de admirarla, vio con júbilo no solo la aparición de los bellos versos, cosa que a él, le es familiar, sino el final de una angustia, que empezaba ya a pesar sobre todos los que amábamos con pasión, el prestigio y la gloria del Poeta; al día siguiente Palacio Viso, entraba vencedor en casa, trayendo en sus manos el precioso trofeo; la fiesta tuvo lugar. Darío, leyó sus versos; y, obtuvo un triunfo merecido y estrepitoso.... el Poeta fue feliz....

Cuando Vargas Vila dice "hállelo rodeado de su tribu familiar, venida del lejano pueblo, para roerlo también", se refiere a la familia de Francisca Sánchez, su compañera, a quien había hecho llegar desde París, en compañía de su hermana menor María, quien vivía con ellos, y a Juan del Pozo, la madre de ambas, quien había llegado desde Navalsauz con Rubén Darío Sánchez, nacido en abril de 1903, a quien ella se encargaba de criar. Darío había escrito para él el poema *A Phocas el campesino*.

El niño murió de bronconeumonía en Navalsauz en junio de ese año, antes de cumplir dos años. La primera hija de la pareja, Carmen, nacida en 1900, había muerto también de pocos meses, por causa de viruelas.

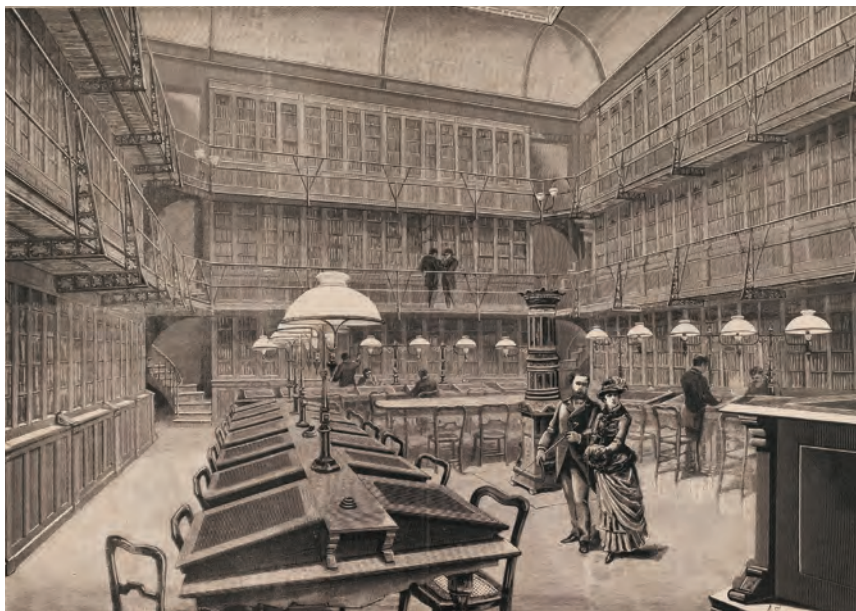
► **Calle del Prado, 21.**
El Ateneo de Madrid

1. Sesión solemne de la Unión Iberoamericana:

Salutación del optimista.

Juan Ramón Jiménez recuerda el acto celebrado en el Ateneo de Madrid el 27 de marzo de 1905, donde Darío leyó la *Salutación del Optimista*:

Fiesta Iberoamericana en el Ateneo. Rubén Darío lee la *Salutación del Optimista*. Vargas Vila, unos salmos que provocan durante dos horas tormentas de chufas. Lamentable hora. Se publica la *Salutación* en *El Herald*. Yo me la aprendo de memoria. La gente se burla. Empieza el tijereteo de aquí y de allá. Rubén me dedica *Los Cisnes*.



Biblioteca del Ateneo de Madrid

El recuerdo de Juan Ramón de que "Rubén Darío fue oído por todos con un silencio absoluto", difiere del que tiene el poeta Jorge Guillén (1893-1984), premio Cervantes, que tenía entonces ocho años, y a quien su padre, Julio Guillén, admirador de Darío, llevó al acto; se le escuchaba poco, porque, tímido como era, hablaba en voz muy baja y muy ronca.

Según Vagas Vila, esta sesión se organizó por iniciativa de la Unión Iberoamericana, cuyo secretario era entonces el asturiano Jesús Pando y Valle (1849-1911):

Pando y Valle... organizó una gran Sesión Solemne en el Ateneo, con anuencia y asistencia prometida, de los más valiosos elementos intelectuales y oficiales de la Capital, y se empeñó en que yo había de ser el Orador de Orden de esa Velada; no pude eximirme, y acepté, a condición de que Darío, sería también instado a hablar en este acto, lo cual daría a este, un sello de alta y noble espiritualidad; se convino así, y yo me comprometí a obtener la aquiescencia del Poeta; este aceptó agradecidísimo y feliz, ante la idea de hablar en el Ateneo, en una Sesión Solemne, en que según se rumoreaba, gente de los más altos linajes había de concurrir...

SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirás,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: la alta virtud resucita,
que a la hispana progeñe hizo dueña de los siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
o que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
ni entre momias y piedras que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarcible,

que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigos dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco prístino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.

La latina stirpe verá la gran alba futura,
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

2. Velada artística en el III centenario de la publicación de El Quijote:

Letanías de Nuestro Señor Don Quijote.

El 13 de mayo de 1905 se celebra, también en el Ateneo de Madrid, una velada para conmemorar el III centenario de la publicación de El Quijote, conforme un programa que en el boletín del Ateneo se describe así:

Velada literaria y artística consagrada a la memoria del Ingenioso Hidalgo, con el programa siguiente: D. José Canalejas, discurso

sobre Don Quijote y el Derecho; Versos del señor Fraga, leídos por D. Ricardo Calvo; Letanía de nuestro señor Don Quijote, por D. Rubén Darío; Las canciones del Quijote, por D. Cecilio Roda (los ejemplos musicales fueron cantados por las señoritas Blazquez, Guerrero, Daza y Ordóñez); Discurso resumen, de D. Francisco Navarro Ledesma; Retablo de Maese Pedro, presentado en el aparato de proyecciones con dibujos de Xaudaró, y leído por los señores Fernández Shaw, Álvarez Quintero (D. Serafín) y Calvo (don Rafael).

"El señor Fraga" es el poeta mexicano Francisco de Icaza, cuyos versos fueron leídos por el actor Ricardo Calvo Agostí (1875-1966), quien también hizo lo mismo con la *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* de Darío, quien estuvo en el acto, sentado al lado de Icaza, pero ninguno de los dos subió al escenario a recibir los aplausos del público.

Calvo era un destacado actor y director de los escenarios madrileños, fue un actor y director de teatro español, parte de una familia de artistas escénicos. En 1899 había actuado en la puesta de *Cyrano de Bergerac* en el Teatro Español, y en 1914 llegó a actuar en el cine, en la película *La fuerza del mal*, de Manuel Catalán..

En *Historia de mis libros*, dice Darío acerca de la *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*:

La *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* afirma otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico. La figura del caballero simbólico está coronada de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del humour —como un recuerdo de la portentosa creación cervantina—; más tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complexión y el pellejo de Sancho...

LETANÍA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;

que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Caballero errante de los caballeros,
varón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,

que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel Pro nobis ora, gran señor.
¡Tiembla la floresta de laurel del mundo,
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor!

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin piel y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias
de las Academias,
¡líbranos, Señor!

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canalocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡líbranos, Señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos,
con el paso augusto de tu heroicidad,

contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión!
¡que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!

► **Calle de San Bernardo, 49**
Paraninfo de la Universidad Complutense

Construido entre 1842 y 1847, el paraninfo fue obra inicial del arquitecto Francisco Javier de Mariátegui, y lo concluyó a muerte el arquitecto Narciso Pascual y Colomer. Fue alzado donde antes estuvo la iglesia y noviciado de la Compañía de Jesús, y cedido a la Universidad Central.

El 15 de mayo de 1905 se celebró en el paraninfo un acto en homenaje a Cervantes, presidido por el ministro de estado, conde de Almodóvar. En el programa participaron, entre otros, el poeta colombiano Santiago Pérez Triana, jefe de la legación diplomática de El Salvador; el conde Peralta, jefe de la legación de Costa Rica, y Ricardo Fernández Guardia, secretario de la misma; doña Emilia Pardo Bazán, Vargas Vila, y Darío, que no concurrió, pero su poema *Helios* fue leído por el escritor modernista Gregorio Martínez Sierra (1881-1947).

-¿Gustó? -le preguntó Darío más tarde a Martínez Sierra.

-¡Asombró! -fue la respuesta de este.

En la reseña del acto publicada por el diario *El País*, se dice:

La nota más interesante de la fiesta ha sido, sin duda alguna, la hermosa composición de Rubén Darío titulada "Helios", y a la que se dio lectura por no haber podido su autor asistir al acto. Helo aquí: ...

HELIOS

¡Oh ruido divino!,
¡oh ruido sonoro!
Lanzó la alondra matinal el trino
y sobre ese preludio cristalino,
los caballos de oro
de que el Hiperionida
lleva la rienda asida,
al trotar forman música armoniosa,
un argentino trueno,
y en el azul sereno
con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa.
Adelante, ¡oh cochero Celeste!, sobre Osa;
y Pelión, sobre Titania viva.
Atrás se queda el trémulo matutino lucero,
y el universo el verso de su música activa.
¡Pasa, oh dominador, oh conductor del carro
de la mágica ciencia! ¡Pasa, pasa, oh bizarro
manejador de la fatal cuadriga,
que al pisar sobre el viento
despierta el instrumento
sacro! Tiemblan las cumbres
de los montes más altos,
que en sus rítmicos saltos
tocó Pegaso. Giran muchedumbres
de águilas bajo el vuelo
de tu poder fecundo,
y si hay algo que iguale la alegría del cielo,
es el gozo que enciende las entrañas del mundo.
¡Helios!, tu triunfo es ése,
pese a las sombras, pese
a la noche, y al miedo y a la lívida Envidia.
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,
y la negra pereza, hermana de la muerte,
y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,
y Satán todo, emperador de las tinieblas,

se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas
de amor y virtud las humanas conciencias,
riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;
los castillos de duelo de la maldad derrumbas,
abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,
y sobre los vapores del tenebroso Abismo,
pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo.

¡Helios! Portaestandarte

de Dios, padre del Arte,

la paz es imposible, mas el amor eterno.

Danos siempre el anhelo de la vida,
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida
con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

Que sientan las naciones

el volar de tu carro, que hallen los corazones
humanos en el brillo de tu carro, esperanza;
que del alma-Quijote y del cuerpo-Sancho Panza
vuele una psique cierta a la verdad del sueño;
que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño
una realización invisible y suprema;

¡Helios! ¡Que no nos mate tu llama que nos quema!

Gloria hacia ti del corazón de las manzanas,

de los cálices blancos de los lirios,

y del amor que manas

hecho de dulces fuegos y divinos martirios,

y del volcán inmenso

y del hueso minúsculo,

y del ritmo que pienso,

y del ritmo que vibra en el corpúsculo,

y del Oriente intenso

y de la melodía del crepúsculo.

¡Oh, ruido divino!

Pasa sobre la cruz del palacio que duerme,

y sobre el alma inerme

de quien no sabe nada. No turbes el Destino,

¡oh ruido sonoro!

El hombre, la nación, el continente, el mundo,

aguardan la virtud de tu carro fecundo,

¡cochero azul que riges los caballos de oro!

Al recordar este acto, Vargas Vilas confunde el poema leído por Martínez Sierra con la *Letanía a Nuestro Señor Don Quijote*, que correspondió a la velada anterior:

Poco tiempo después, el Gobierno de Nicaragua, nos nombró a Darío y a mí, para representarlo, en las fiestas del Tercer Centenario del Quijote, en Madrid; fue una suntuosa fiesta literaria, en el Paraninfo de la Universidad; yo, pronuncié unas Palabras, que luego fueron publicadas, en mi periódico: «Némesis», y en mi libro «Ars-Verba». Darío, no concurrió; se había enfermado, pero, conservando lucidez bastante, para comisionar a Martínez-Sierra la lectura de unos versos, hechos para esa festividad Histórica; ...y, Martínez-Sierra, leyó: la «Letanía del Señor Don Quijote»: Rey de los hidalgos Señor de los tristes Que de fuerza alientas y de ensueños vistes...

Y cierra estos recuerdos con el regreso de Darío a París, seguramente en el otoño, pues el verano lo pasó con Francisca en Asturias, en el caserío de La Arena, donde desemboca el río Nalón, al otro lado San Esteban de Pravia, donde presencia un eclipse de sol:

Después, Darío, no gozó ya de grandes días de salud; la nostalgia de París, lo poseyó; desilusionado sobre el asunto de la Misión, disgustado y humillado por la actitud rencorosa del Señor Medina, el Poeta entristecido, volvió a su Consulado de París...

■ QUINTA ESTANCIA (mayo 1908 - marzo 1910) EL POEMA DE OTOÑO



A finales de 1907 Darío emprendió viaje a Nicaragua, después de 18 años de ausencia, y según recuerda en su autobiografía fue "recibido como ningún profeta lo ha sido en su tierra... El entusiasmo popular fue muy grande. Estuve como huésped de honor del Gobierno durante toda mi permanencia. Volví a ver, en León, en mi casa vieja, a mi tía abuela, casi centenaria; y el presidente Zelaya, en Managua, se mostró amable y afectuoso..."

De ese viaje resultó que el dictador de Nicaragua, caudillo de la revolución liberal de 1893, general José Santos Zelaya (1853-1919), lo nombrara fuera nombrado embajador ante el reino de España:

Amigos míos, entre ellos, principalmente, el doctor Luis Debayle y D. Francisco Castro, ministro de Hacienda, y el mismo ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Gámez, pidieron al presidente la legación de España para mí. La unánime aprobación popular, el pedido de sus amigos, y su innegable buena voluntad, hicieron que el general Zelaya me nombrase ministro en Madrid, pero no sin que tuviese que luchar con intrigas palaciegas y pequeñeces no palaciegas, que hacían su sordo trabajo en contra,

y esto a pesar de que la legación tenía un pobre y casi desdorado presupuesto, que fue todavía mermado a la salida del Sr. Castro del Ministerio de Hacienda...

Su designación, que en Nicaragua no había sido fácil, en medio de intrigas palaciegas, el dictador Zelaya reacio a nombrarlo por la fama que Darío tiene de alcohólico. Sale de Nicaragua el 3 de abril de 1908 rumbo a Panamá, de donde sigue a Nueva York, y va primero a París a arreglar sus asuntos, pero las contrariedades continúan:

Quando llegué a París, la contrariedad del ministro Medina al saber que iba yo a sustituirle en su puesto diplomático de España—pues él era representante de Nicaragua en cuatro o cinco países de Europa—se exteriorizó con tal despecho, que me juró aquel provector caballero no volver a poner los pies en España.

Crisanto Medina (1839-1911) era un hombre de negocios que cumplía funciones diplomáticas en Europa para varios gobiernos centroamericanos, ajeno a la literatura y hostil a Darío desde el tiempo en que había sido nombrado cónsul en París, como este recuerda en su autobiografía:

Era ministro nicaragüense en Francia don Crisanto Medina, antiguo diplomático de pocas luces, pero de mucho mundo y práctica en los asuntos de su incumbencia. A pesar de nuestras excelentes relaciones, había algo entre ellas que impedían una completa cordialidad. Me refiero a un antiguo drama de familia, relacionado con el asesinato de mi abuelo materno...

En adelante, y durante todo el tiempo en que Darío cumplió sus funciones diplomáticas en Madrid, haría patente esta hostilidad estorbando y atrasando el pago de la asignación económica acordada en Managua, que debía provenir de los ingresos de los consulados de Nicaragua en Londres y Manchester, bajo el control de Medina.

► Puerta del Sol Hotel París

El 21 de mayo de 1908 el diario *El País* publica la noticia de la llegada de Darío en calidad de ministro de Nicaragua, y los demás periódicos salu-

dan también su presencia. Se aloja por pocos días en una pensión de la calle del Río, cercana a la plaza de España, y luego se traslada al Hotel París, donde ya se había alojado en 1899:

Me dirigí a Madrid con objeto de presentar mis credenciales. Me hospedé en el Hotel de París, y procuré que aquella Legación, con información de pobreza, tuviese una exterioridad, ya que no lujosa, decorosa. La prensa me había saludado con toda la cordialidad que inspiraba un reconocido amigo y queredor de España.

Allí lo visitan sus viejos amigos de la generación del 98, Valle-Inclán, Benavente, Villaespesa, y a finales de mayo, don Luis de Silva y Fernández de Córdoba, conde de Pie de Concha, primer introductor de embajadores de la corte de Alfonso XII:

Recibí la visita del primer Introdutor de Embajadores, Conde de Pie de Concha, noble gentilísimo, y me anunció que el Rey me recibiría en seguida, pues tenía que partir no recuerdo para qué punto.

Darío había confiado la confección del uniforme diplomático al sastre de París, M. Vancoppenolle, 301 Rue de Saint Honoré, a quien pagó 700 francos por el encargo, pero no llegó a tiempo:

A los tres días debía verificarse la ceremonia de la entrega de mis credenciales; y todavía un día antes andaba yo en apuros, porque no había recibido de París mi flamante y dorado uniforme. Felizmente me sacó del paso mi buen amigo el doctor Manrique, ministro de Colombia; él hizo que me probara el suyo y me quedó a las mil maravillas; y he allí cómo el antiguo Cónsul general de Colombia en Buenos Aires, fue recibido por el rey de España, como ministro de Nicaragua, con uniforme colombiano.

► | **Palacio Real de Madrid**

El 2 de junio a las ocho de la tarde se presentó el conde de Pie de Concha en el Hotel París, de gran uniforme, para conducir a Darío a la ceremonia

de presentación de credenciales delante del rey Alfonso XIII, que cumplida la mayoría de edad ejercía ya sus plenas funciones. Como no ha sido nombrado por su gobierno ministro plenipotenciario, sino ministro residente, una categoría menor, no le corresponde la carroza de gran gala, con seis caballos, postillón, palafreneros, lacayos y cocheros, sino la berlina de media gala, o "coche de París".



Palacio Real

La misión diplomática de Nicaragua en España no tenía más que a Darío, como ministro residente, pero le parecía desdoroso comparecer en la ceremonia sin un secretario de legación, así que hizo llegar de París a su antiguo secretario del consulado, el mexicano Julio Sedano (1866-1917), para que representara el papel. Este curioso y pintoresco personaje, a quien Darío había encontrado un extraordinario parecido con el emperador Maximiliano de Austria, y de allí que se hiciera pasar como hijo suyo, fue fusilado en Francia tras un juicio militar por alta traición, acusado de espía de los alemanes en la I Guerra Mundial.

A Sedano le prestó su uniforme diplomático el poeta Amado Nervo (1870-1919), secretario de la legación de México, y gran amigo de Darío desde 1899, cuando se encontraron en París.

El cortejo desfiló desde la Puerta del Sol, por la calle del Arenal, hasta

la plaza de Oriente, pero a media ruta Darío reparó en que había dejado olvidadas las cartas credenciales en el hotel, y mandó a Sedano a que fuera vaya por ellas.

Solventado el incidente, Darío y la comitiva subieron por la escalera de embajadores a través del salón de Alabarderos, el salón de Columnas y la Saleta Gasparini, y de allí llegaron al Salón del Trono, para pasar a la Antecámara Real, donde esperaba el rey acompañado de don Manuel Allendesalazar, ministro de estado del gobierno de Antonio Maura, y los jefes palatinos.

La ceremonia tuvo lugar en la Cámara Oficial. Después de leer su discurso de estilo, se da la conversación protocolaria:

Su Majestad el Rey estuvo conmigo de una especial amabilidad, aunque en este caso todos los diplomáticos dicen lo mismo. Me habló de mi obra literaria. Conversó de asuntos nicaragüenses y centroamericanos, demostrando bien informado conocimiento del asunto, y dejó en mi ánimo la mejor impresión. Cada vez que hablé con él, en el curso de mi misión, me convencí de que no es solamente el rey *sportman* de los periódicos e ilustraciones, sino un joven bien pertrechado de los más diversos conocimientos, y hecho a toda suerte de disciplinas....

El protocolo mandaba que después de la presentación de credenciales, debía cumplir con una ronda de visitas, tanto a la reina Victoria Eugenia de Battenberg (1887-1969), quien se había casado con Alfonso XIII en 1906, y quien una semana después tendría a su primer hijo Alfonso de Borbón y Battenberg; y la reina madre, María Cristina, a quien había conocido en 1892:

Una vez concluida mi conversación con el monarca, pasé a presentar mis respetos a las reinas. La reina Victoria apareció ante mi vista como una figura de arte. Por su rosada belleza, la pompa rica de su elegancia ornamental, y hasta por la manera como estaba dada la luz en el estrecho recinto donde me recibió de pie y me tendió la mano para el beso usual. ¡Cuán hermosa y rubia reina de cuentos de hadas! Hablé con ella en francés; todavía no se expresaba con facilidad en español. Y tras cumplimientos y preguntas y respuestas casi protocolares, fui a saludar a la rei-

na madre doña María Cristina, delgada y recta, con la particular distinción y aire imperial que reveló siempre la archiduquesa austriaca que había en la soberana española. Se mostró conmigo afable y de excelente memoria. Así, después del acostumbrado diálogo diplomático, me dijo que recordaba la ocasión en que, en una de las ceremonias de las fiestas colombianas, le había sido presentado por su primer ministro, D. Antonio Cánovas del Castillo.

Luego el protocolo mandaba también visitas de cortesía a las infantas, hermanas del rey Alfonso XIII:

Después hice mi visita a las infantas: doña Isabel, acompañada de su inseparable marquesa de Nájera, hoy fallecida. El excelente carácter de doña Isabel, su cultura y su llaneza, bien conocidos de los argentinos, no ocultan el genio artístico que hay en ella; y cuyo amor al arte supe en esa oportunidad y en otras posteriores, por su conversación y por su museo. La infanta doña Luisa, una linda Orleáns, casada con el viudo D. Carlos, delicada y fina, aunque *sportswoman* airosa y vigorosa que va de cuando en cuando a bañar su beldad de sol a Sevilla. Y la desventurada infanta María Teresa, desventurada como su pobre hermana, y tan desventurada como sencilla y bondadosa, cuya muerte acaba de llorar toda España. Me recibió en compañía de su marido el príncipe D. Fernando de Baviera, hijo de su tía la infanta doña Paz. Doña María Teresa, ingenuamente, sufrió conmigo una equivocación, lamentable para mí, ¡hélas! pues, acostumbrada a representantes hispanoamericanos como los Wilde, los Iturbe, los Candamo, los Beistegui, me confundió con esos millonarios, y me habló de mi automóvil... ¡Pobrecita infanta María Teresa! A la infanta doña Eulalia no la pude saludar, pues ya se sabe que es una parisiense y que reside en París.

► **Calle de Serrano, 27 (ahora 31)**
Legación diplomática de Nicaragua

Darío rentó por un plazo de cuatro meses un piso en el número 27 de la calle Serrano al señor José María Romillo, por la suma de 2.400 pesetas anuales, para uso de la legación de Nicaragua, y donde también se trasla-

dó a vivir. En el mismo edificio residía Mariano Miguel de Val (1875-1912), poeta fiel al romanticismo, y editor y redactor de diversas publicaciones, entre ellas la revista de *El Ateneo*, que también publicaba libros en la colección Biblioteca del Ateneo.



Rubén Darío, Gabriel Zelaya, Cousin y Mariano Miguel de Val

De Val se afana en ese tiempo en organizar un Congreso Universal de la Poesía, a realizarse en ocasión de la Exposición Regional de Valencia de 1909, y para el que cuenta con Darío, pero el congreso nunca llegó a celebrarse. Y gracias a sus gestiones, dos condecoraciones oficiales son otorgadas a Darío: la Medalla de los Sitios de Zaragoza y la Cruz de Alfonso XII.

Él, por su parte, le dedica un artículo recogido en *Semblanzas*, hace que en Managua lo nombren secretario ad honorem de la delegación:

¡De Val, es un hombre admirable! ¡Admirable! El poeta Amado Nervo le dice: "¡tú que todo lo puedes!" Y es verdad. Miguel de Val que también es poeta y que quiere el bien de los poetas, está en todo, es múltiple, es complejo, es universal, y si no fuere que en él prevalece algo del caballeresco ensueño tradicional hispánico, mercería ser yanki...es terrateniente, mundano, abogado, amigo del rey, de los infantes, redactor en varios periódicos, director de un diario de provincias, director de la respetable revista *Ateneo*, director y editor de la Biblioteca *Ateneo*, pertenece a la legación de Nicaragua...

Gracias a de Val la Biblioteca del Ateneo publicó en 1909 *Viaje a Nicaragua e intermezzo tropical*, que contiene las once crónicas aparecidas en *La*

Nación de Buenos Aires entre agosto de 1908 y abril de 1909, y escritas por tanto en Madrid, en las que Darío relata el regreso a su país en 1907; seguidas de los poemas del intermezzo, que tienen por tema su tierra natal.

También apareció en la colección Ediciones de Gran Lujo de la Biblioteca del Ateneo, la plaquette *Alfonso XIII*, una semblanza del rey que Darío había publicado también en *La Nación* de Buenos Aires; luego esta pieza encabezaría el libro *Alfonso XIII y sus primeras notas*, que contiene otros textos en prosa y una recopilación de sus poesías más tempranas; de Val, además de facilitar su publicación, puso la plaquette en manos del soberano.

En el cuerpo diplomático, no sabiendo jugar al *bridge* y con el sueldo que tiene un secretario de legación de cualquier país presentable, y con lo de la literatura y los versos, hacía yo, entre los de la carrera, un papel suficientemente medianejo... Entre los embajadores, disfruté la grata cortesía del fastuoso britano Sir Maurice Bunsen, y la acogida siempre simpática y afectuosa del Nuncio, monseñor Vico, hoy cardenal. Mi único amigo verdadero era el embajador de Francia, porque era también amigo de las musas; íntimo de Mistral, y autor de páginas muy agradables, lo cual, señores positivos, no obsta para que actualmente sea director de la Banque Otomane en Constantinopla.

El embajador de Francia era Paul Revoil (1856-1914), representante de Francia en Marruecos, gobernador de Argelia, y embajador en Suiza. El embajador de Inglaterra, sir Maurice de Bunsen (1852-1932), fue también embajador en Portugal y en Austria. Monseñor Antonio Vico (1847-1929), nuncio de la Santa Sede, lo fue también en Bélgica, y delegado apostólico en Colombia y Prefecto de la Congregación de Ritos, elevado a cardenal en 1911.

El gobierno de Nicaragua abandonó a Darío a su propia suerte, y la intensa correspondencia dirigida a diversos funcionarios en Managua en demanda de que se cumpla con el envío de los fondos necesarios para sostener la legación, demuestra lo lastimoso de su situación. Al propio Zelaya se dirige el 10 de julio de 1908 dándole cuenta minuciosa de los gastos de funcionamiento de que precisa:

Alquiler de casa.....	200 pesetas
Escribiente, mensualmente	200 pesetas
Medio abono coche.....	300 pesetas
Gastos correo y oficina.....	50 pesetas
Portero.....	50 pesetas
Total.....	800 pesetas

Como usted puede ver, con mi sueldo solo me es materialmente imposible sufragar estos gastos, que las muchas exigencias de la vida diplomática en España requieren. Por lo tanto, agradecería a usted que se me concedieran treinta libras más para esas indispensables atenciones...

El poeta nicaragüense Santiago Argüello (1871-1940), allegado a Zelaya, y amigo de Darío, visita Madrid en junio de ese año, y recién instalado en el piso de Serrano, lo aloja con él, con lo que el visitante puede darse cuenta de la situación calamitosa de la legación, sobre la que escribe a Zelaya desde Madrid el 3 de julio; una carta en la que hace énfasis en convencer al dictador de que Darío está entregado a sus tareas diplomáticas, y no a la disipación:

Me ha gustado, general, ver la vida decorosa de Rubén; me imaginé, viéndolo, que estaba frente a una persona avezada a los cargos diplomáticos, pues lejos de rodearse de individuos que, si tienen valor mental, no lo tienen socialmente considerados: él procura que al atender sus tareas literarias que le colocan en primera línea en el mundo castellano, no sean estas mengua de la dignidad que representa...

Zelaya no presta oídos, las intrigas y la falta de fondo se prolongan, y el 14 de noviembre de 1908 Darío, indefenso frente a la situación, escribe a su amigo de infancia José Madriz (1867-1911), quien reside en Costa Rica como miembro de la Corte Centroamericana de Justicia, y que un año después sucedería temporalmente en la presidencia a Zelaya, cuando este es derrocado:

No te puedes imaginar los apuros que he pasado para poder sacar bien de tanta emergencia mi decoro y el del país. Al enviarme, allá no sé lo que pensaron, la cosa resultó a la fuerza, como una satisfacción a mis amigos, como una consecuencia de la oración nacional y algo así como la concesión de un gasto inútil para un ministro considerado simplemente como decorativo. A todo esto, me despacharon sin viáticos...

Fíjate que a todo esto no se trata de mí, sino del Representante de Nicaragua. Pues bien, todo esto es nada para lo que sigue. Desde que tomé posesión de mi cargo, Medina comenzó una inmensa campaña, sin descanso, de intrigas ruines. En unión de un antiguo empleado mío a quien tuve que echar por inepto. No hay correo por el que no envíe al Presidente alguna sarta de horrores. Y lo grave del asunto es que el Presidente se inclina a dar crédito a semejante informador sabiendo la antigua inquina y el odio que no sé por qué me profesa ese hombre. El general también tiene en su círculo otros elementos que me son contrarios; que no tienen ninguna idea de lo que soy y de los que yo valgo fuera de Nicaragua y sobre todo en España, y que no cesar de repetirle la mala y gastada leyenda de bohemias y de borracheras.

Allí se cree que yo hago una vida de escándalo y de vicio como si eso me lo permitiese primero mi orgullo personal y después una corte tan exigente como la de España. ¿No pueden pedir ni quieren informes a gentes de dignidad en Madrid? ¿No estuvo viviendo en la Legación Santiago Argüello? ¿Vale nada todo eso?

En fin, mi querido José, que estoy a punto de un momento a otro, a poner [sic] mi renuncia. El sueldo que gano es simplemente el mismo que tenía siendo cónsul, con doscientas pesetas más... y sólo la casa cuesta cuarenta duros... Todo esto te lo digo, naturalmente, en toda confianza, para que me des tu parecer y pueda yo resolver de firme. Luis me ayuda admirablemente y eficazmente. Para él, renunciar sería dar gusto a mis enemigos. Pero yo no soy hombre de esas ásperas luchas, no puedo con la intriga y a causa de mis nervios y de sensibilidad, todo lo veo aumentado y por el lado trágico.

Ahora a las intrigas se ha sumado "un antiguo empleado mío a quien tuve que echar por inepto", no otro que Julio Sedano, el célebre hijo del emperador Maximiliano de Austria, de vuelta en París.

Sus enemigos en Nicaragua, que hacen eco a las intrigas de Medina en París, han inventado el infundio de que Darío debe un sombrero de copa usado en la ceremonia de presentación de credenciales (no va el sombrero de copa con el uniforme diplomático, al que corresponde un bicornio emplumado) y que el proveedor se lo cobra con gran escándalo.

No debe sombrero Darío, pero sí cuentas médicas, que le cobran con insistencia, y le cobra también Alejandro Sawa (1862-1909), a quien ha conocido en París, y ahora está ciego y en la miseria y en Madrid, unos artículos para *La Nación* de Buenos Aires, que le escribió en calidad de "negro". Sawa será el personaje de *Luces de Bohemia*, la pieza de Valle-Inclán publicada originalmente en 1920, y la que figura también Darío.

Darío solicita a su gobierno que eleve su rango a ministro plenipotenciario, como las mismas autoridades protocolarias de la corte se lo sugieren. Pero los infundios sobre el sombrero de copa adquieren categoría oficial, al punto que el ministro de Relaciones Exteriores, Rodolfo Espinoza, le escribe el 5 de noviembre de 1908:

Aunque me sea sensible, debo comenzar por comunicarle que el señore presidente ha recibido malas impresiones acerca de la Legación en Madrid a cargo de U. Tiene noticia de que ha contraído diversas deudas, que aunque sean de responsabilidad personal, podrían acarrearla también al gobierno, en razón del carácter oficial de U. Así mismo sabe que U. no cuida de llenar todas las exigencias de la cortesía oficial de la Corte española. Sus amigos de aquí y yo entre ellos hemos procurado suavizar la contrariedad del señor presidente, para que no se llegue el caso de que se retiren de manos de U. las credenciales de representante de Nicaragua, pues el general Zelaya manifiesta que todo esto no es honroso para la república y que no puede continuar así. Le he dicho que escribiría a U. y que tenía confianza de que en adelante las cosas seguirán de mejor manera. Comprenderá U. que no es ahora oportunidad de un ascenso: dejaremos ese asunto para ocasión más propicia, lo mismo que el de aumento de honorarios, aunque sobre esto le ofrezco conseguirle pronto alguna cantidad módica para gastos de representación. En verdad con doscientos pesos nuestros representantes han vivido en Europa perfectamente bien, haciendo por supuesto las economías compatibles con su posición...

► | Calle Claudio Coello, 60

No pudiendo sostener más la legación en la calle de Serrano, Darío obtuvo de su amigo Mariano Miguel de Val la gracia de que alojara la oficina diplomática en un cuarto de su propia casa, y él se trasladó a un piso más modesto en la calle Claudio Coello.

Las gestiones de Santiago Argüello, que ya está de regreso en Nicaragua, no han hecho mella en Zelaya, y el 12 de enero de 1909, Darío le escribe:

Conozco el que justamente, llamas "hervidero de intrigas en torno a nuestro Gobierno". Pero te equivocas cuando hablas de mi "confiada ilusión de alma de poeta y de hombre bueno". Es un general error, que conviene no contradecir mucho, el creer que yo ando por las nubes. Homo Sum. Y, además, si te fijas bien, un poco burgués. Así, no creas que me sorprendería cualquier cosa que me pasase. Después de todo, tú has visto cómo vivo y cómo es la vida en Madrid. Para todo me dan mil pesetas, y el nuevo Ministro de Relaciones me dice que de esa suma han de pagarse los cablegramas oficiales... Tú me dirías: pero ¿por qué no renuncias? Por no dejar satisfechos a los que tú llamas reptiles. Ya sabrán que Medina es quien me paga mis sueldos.

Pues bien: ¡hace cuatro meses que no recibo un céntimo! Mis escasos recursos, que apenas me bastaban como Rubén Darío, han tenido que emplearse, en todo ese tiempo, en sostener el decoro de Ministro de Nicaragua ante Su Majestad Católica. Si te dijera que he tenido que mal vender una edición de *Páginas escogidas* y mi piano para poder hacer frente a la situación... La cosa, pues, fuera de la dignidad del puesto y consideración oficial, no es, como lo ves, envidiable. Yo ya ni pido ni me quejo; pero me documento por si algo pasa más tarde.

Y refiriéndose a Zelaya agrega:

Ese hombre es un asno. Ni me comprende, ni me ha comprendido, ni me comprenderá jamás. Yo nací para ser secretario de Heliogábalo, de alguien que fuera grande hasta en el crimen. Ese hombre es un asno...

El año de 1909 es de zozobras y estrecheces, y Darío, lejos de hacer vida diplomática, para lo que no cuenta con recursos, se encierra en su casa de Claudio Coello, y en práctica reclusión permanece hasta el verano, cuando viaja de nuevo a Asturias. El gobierno de Zelaya ha entrado ya en su crisis definitiva, en octubre estalla en la costa del Caribe un levantamiento armado, el gobierno de Estados Unidos declara al dictador fuera de la ley después que ordena fusilar a dos ciudadanos de ese país, acusados de subversión, y el 21 de diciembre renuncia a la presidencia para irse al exilio a México. Madriz, que asume por pocos meses la presidencia, es muy poco lo que puede hacer por solventar la situación de Darío en Madrid.

Zelaya, ya en el exilio termina recalando en Europa y llega a Madrid en enero de 1910, donde Darío, solidario con "el asno" le ofrece una comida, pagada a saber cómo, y parte con él hacia París, desde donde escribe el 25 de febrero al presidente Madriz renunciando al cargo diplomático.

En adelante, Darío respaldará a Zelaya, escribiendo artículos de prensa en su defensa, y aún alegatos que llevaban la firma del dictador derrocado.

En su autobiografía Darío cuenta el fin de su misión diplomática en Madrid:

A todo esto, el gobierno de Nicaragua, preocupado con sus políticas, se acordaba tanto de su legación en España como un calamar de una máquina de escribir... Y ahí mis apuros... No, no he de callar esto... Después de haber agotado escasas remesas de mis escasos sueldos, que según me ha dicho el general Zelaya, tuvo que poner de su propio peculio, y cuando ya se me debía el pago de muchos meses, *La Nación* de Buenos Aires, o mejor dicho, mis pobres sesos, tuvieron que sostener, mala, pésimamente, pero, en fin, sostener, la legación de mi patria nativa, la República de Nicaragua, ante su Majestad el rey de España... En fin, para no tener que hacer las de cierto ministro turco, a quien los acreedores sitiaban en su casa de la Villa y Corte, trasladé mi residencia a París, en donde ni tenía que aparentar, ni gastar nada, diplomáticamente.

Esta quinta estancia madrileña culmina con la publicación, en 1910, del libro *Poema del otoño y otros poemas*, siempre en la Biblioteca del Ateneo, y que Darío dedica a Mariano Miguel de Val. El poema que da título al libro había aparecido ya en 1908 en *El cojo ilustrado*, de Caracas. Sobre él diría Juan Ramón Jiménez:



Reunión en El Ateneo

Si cualquier catástrofe jeológica hiciera desaparecer a Nicaragua de nuestra realidad presente, bastaría el "Poema del Otoño", de Rubén Darío, para que Nicaragua siguiera incorporada al mundo, mientras hubiese alguien, no ya que leyese, sino que hablara lengua española"

POEMA DEL OTOÑO

Tú, que estás la barba en la mano
meditabundo,
¿has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres
con quejas vanas:
¡aún hay promesas de placeres
en los mañanas!

Aún puedes casar la olorosa

rosa y el lis,
y hay mirtos para tu orgullosa
cabeza gris.

El alma ahíta cruel inmola
lo que la alegra,
como Zingua, reina de Angola,
lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable,
y oyes después
la imprecación del formidable
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza;
más mira cómo
llega el miércoles de ceniza;
Memento, homo...

Por eso hacia el florido monte
las almas van,
y se explican Anacreonte
y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso
se entra en el mal,
por la puerta del paraíso
artificial.

Y no obstante la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco
mar. Y se pierde
Silvano, oculto tras el tronco
del haya verde.

Y sentimos la vida pura,
clara, real,
cuando la envuelve la dulzura
primaveral.

¿Para qué las envidias viles
y las injurias,
cuando retuercen sus reptiles
pálidas furias?

¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno,
y nuestras vidas son la espuma
de un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa;
soñemos en una celeste
mística rosa.

Cojamos la flor del instante;
¡la melodía
de la mágica alondra cante
la miel del día!

Amor a su fiesta convida
y nos corona.
Todos tenemos en la vida
nuestra Verona.

Aun en la hora crepuscular
canta una voz:
«Ruth, risueña, viene a espigar
para Booz!»

Mas coged la flor del instante,
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante
adolescente.

¡Oh! Niño que con Eros juegas,
niños lozanos,
danzad como las ninfas griegas
y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe
y va de prisa;
sabad vencerle, Cintia, Cloe
y Cidalisa.

Trocad por rosas azahares,
que suena el son
de aquel Cantar de los Cantares
de Salomón.

Príapo vela en los jardines
que Cipris huella;
Hécate hace aullar a los mastines;
mas Diana es bella;

y apenas envuelta en los velos
de la ilusión,
baja a los bosques de los cielos
por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder,
como en un cáliz de cristal,
en la mujer

Y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de llama
y de perfume.

Abrasaos en esa llama
y respirad
ese perfume que embalsama
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.

Gozad de la tierra que un
bien cierto encierra;
gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

Aún vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

Aún Anadiódema en sus lidias
nos da su ayuda;
aún resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,
de sangre humana,
y aún siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.

Y hace de este globo viviente
fuerza y acción
la universal y omnipotente
fecundación.

El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso,
en nosotros corre la savia
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,
como el ruido de la mar
el caracol.

La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y satiresas.

En nosotros la vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

En la conclusión de su autobiografía, que termina de escribir para la revista *Caras y Caretas* de Buenos Aires en octubre de 1911, dice:

El nuevo gobierno nicaragüense, que suprimió por decreto mi misión en México, no me envió nunca, por más que cablegrafié, mis credenciales para retirarme de la legación de España; de modo que, si a estas horas no las ha mandado directamente al gobierno español, yo continúo siendo el representante de Nicaragua ante su majestad católica.

Había ahora en Nicaragua un gobierno del partido Conservador, y el país se hallaba militarmente intervenido por Estados Unidos.

SEXTA ESTANCIA (1912) MUNDIAL Y ELEGANCIAS



Darío esta de regreso en París, ocupado en sus artículos periódicos para *La Nación* de Buenos Aires, que son su principal sustento, cuando en abril de 1911 recibe la propuesta de dirigir la revista *Mundial*; y es como parte de una gira de promoción de la revista que regresará a Madrid, por última vez, en 1912:

Y aquí pongo término a estas comprimidas memorias que, como dejo escrito, he de ampliar más tarde. En mi propicia ciudad de París, sin dejar mi ensueño innato, he entrado por la senda de la vida práctica... Llamado por el artista Leo Merelo para la fundación de la revista *Mundial*, entré luego en arreglos con los distinguidos negociantes Sres. Guido, y he consagrado mi nombre y parte de mi trabajo a esa empresa, confiando en la buena fe de esos activos hombres de capital.

Leo Merelo era un artista y diseñador gráfico español, quien habría de fungir como director artístico de *Mundial Magazine*, "Arte, Ciencias, Historia, Teatro, Actualidades y Modas", mientras Darío aparecía como

director literario, y de la que se publicaron 40 números, entre mayo de 1911 y agosto de 1914. En el editorial del primer número se anuncia:

Mundial aparece lleno de buena voluntad y con elementos que hacen esperar el éxito, si el público hispanoamericano acoge con simpatía y estímulo a quienes quieren llevar a cabo una obra de cultura, haciendo los sacrificios que requiere una publicación que en lengua castellana no tendrá rival por su presentación tipográfica y artística y por lo nutrido y vario de su colaboración literaria.

Paralelamente se publicaba la revista *Elegancias*, dedicada al público femenino, y según la presentación, "exponente de la vida hispano americana en París y se ocupará de las mundanidades y de modas, de todo aquello, en fin, que se relacione con las bellas artes, la vida femenina y la sociedad", y de la que Darío pasó a ser director a partir del número 16, ambas con sede en el Boulevard des Capucines 24, y propiedad de dos hermanos empresarios de origen uruguayo, Alfred Guido y Armand Guido (Guido Fils), con quienes Darío llegó a tener una amarga relación.

La amistad de Darío con los más importantes escritores y artistas hispanoamericanos garantizaba a sus editores las mejores colaboraciones, de modo que en la nómina llegaron a hallarse, con colaboraciones inéditas, Amado Nervo, Enrique Rodríguez Larreta, Pérez Galdós, Leopoldo Lugones, Francisco Gamboa, Francisco Villaespesa, Julio Camba, Ramón del Valle-Inclán, los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Enrique Gómez-Carrillo; e ilustraciones, mediante litografías y grabados, de Roberto Montenegro, Vázquez Díaz, Joaquín Xaudaró, Ignacio Zuloaga, o Rafael de Penagos.

El 27 de abril de 1912 Darío deja París para iniciar la gira hispanoamericana de promoción, acompañado por Alfredo Guido, Javier Bueno García (1891-1967), periodista español radicado en París, encargado de escribir la crónica del viaje para la revista, y el fotógrafo M. Boyé. Su primer destino es Barcelona, adonde llegan por tren, y de allí viajan a Madrid.

► | **Puerta del Sol**
Hotel París

En los primeros días de mayo llegan a Madrid, y toman habitaciones en el Hotel París, donde Darío es ya habitual.

Bueno publica sus informes del viaje a Barcelona y Madrid en los números 14 y 15 de Mundial Magazine, del mes de junio de 1912, y allí nos enteramos que Darío se halla en estado de postración:

Temíamos no poder salir de Barcelona. Rubén, con la fatiga que le produjeran las recepciones, banquetes, veladas y demás agasajos se encontraba un poco enfermo. Por fin, a la caída de la tarde día señalado para la marcha, nuestro director se sintió un poco mejor y pudimos tomar el tren...

...Darío se acostó apenas llegamos al tren. Estaba fatigadísimo por el surmenage físico e intelectual de los días anteriores...

De ese estado no saldrá los primeros días en Madrid, pues permanece recluido en su cuarto: "Rubén Darío continuaba delicado y se quedó en el hotel", escribe Bueno, y es Alfredo Guido quien cumple con el programa de visitas desde el primer día, a Pérez Galdós en su casa frente a la Cárcel Modelo; a Pío Baroja, en la calle de Mendizábal; al pintor Andrés Miguel Nieto en su estudio de la calle San Nicolás. Y Bueno encuentra en la redacción de *El Liberal* al dramaturgo Joaquín Dicenta, quien envía una nota para Darío, su viejo amigo de largas noches en los cafés:

Hace tiempo y en noche de placeres y de arte nos abrazamos. Fue un abrazo extraño para el vulgo; abrazarse un bárbaro y un griego -el griego eras tú-, hecho sorprendente para quienes se fían solo de cédulas.

Malas fianzas son los tales.

También los bárbaros llevaban en sus corazones el amor al arte. Buena prueba de ello es que aplastando "civilizados" con sus mazas, hincaban ante las estatuas griegas la rodilla....

Bueno cuenta también la visita de Valle-Inclán a Darío en el hotel:

...Fui al cuarto de Darío y allí me encontré a don Ramón, el hidalgo, el señorial, marqués de Bradomín y príncipe de las Letras.

Don Ramón hablaba en aquel momento de la célebre bailarina Tórtola Valencia...con su rico lenguaje, con sus admirables condiciones de *causeur*, don Ramón hizo el elogio de esa bailarina extraordinaria que hoy triunfa con sus bellas danzas egipcias, israelitas e indias.

Y luego pasó a hablar de su viaje a América, y del terremoto de Valparaíso:

-Primero -decía- fue la impresión del mar que se tragaba la ciudad. Los habitantes, en el comienzo de las convulsiones gritaron: -¡el mar nos traga!-. Luego el incendio terrible, la villa ardía por todas partes en una gigantesca llamarada. Las tuberías del gas, al romperse, dejaron escapar llamas enormes que lo envolvieron todo. ¡Y los más trágico! El cementerio que está en la parte alta de la ciudad, vomitó las momias y los esqueletos sobre los supervivientes...

La visión espantosa de la catástrofe surgió ante nosotros al influjo de la palabra mágica de Valle-Inclán.

Darío y yo guardamos silencio. Valle-Inclán no quiso angustiarnos más.

► **Palacio Real de Madrid**
Biblioteca Real



Palacio Real

Darío y su comitiva visitaron en mayo de 1912 la Biblioteca Real, cuyo bibliotecario mayor era don Juan Gualberto López-Valdemoro de Quesada, conde de las Navas, miembro de número de la Real Academia Española de la Lengua. Lo cuenta Javier Bueno en su crónica:

Invitados por el culto, gentil y noble escritor conde de las Navas, bibliotecario del Rey, visitamos la gran Biblioteca del Palacio Real. Darío estaba ya muy mejorado y pudo acompañarnos.

Hacía mucho calor, como si estuviéramos en pleno mes de agosto. Al entrar en los grandes salones, cuyos muros cubren las estanterías repletas de libros, sentimos un gran bienestar. La temperatura deliciosa, el ambiente sereno de calma austera y estudio que allí se respira invita a la meditación y a la contemplación reflexiva.



Rubén Darío con el Conde de las Navas

Hicimos pasar al conde nuestras tarjetas y al momento un em-pelado vino en busca nuestra. Encontramos al ilustre prócer que regenta la biblioteca en un espacioso salón, con librerías por las cuatro paredes, con dos grandes ventanales que miran al Campo del Moro y desde donde se divisa la hermosa Casa de Campo, el Pardo, posesión real hasta los montes nevados del Guadarrama.

Darío nos presentó al conde.

El anfitrión elogia a Mundial, y dice que el rey conoce la revista, y está pendiente de sus progresos.

-Yo -dice Darío- hubiera querido presentar mis respetos a Su Majestad, pero ni tiempo queda para solicitar la audiencia.

El conde guía la visita a los recintos de la biblioteca.

-Tenemos -nos dijo- un gran archivo fotográfico. Todas las fotografías que llegan aquí, bien en revistas, en libros o sueltas, se guardan y se catalogan. Así, por ejemplo, si Su Majestad, en un momento cualquiera, quiere conocer o recordar a Rubén Darío, envía un recado y al instante podemos darle su retrato. Se segu-
ro que encontramos a Darío.

En un cofre de madera donde por orden alfabético están ordenados unos cartones, encontramos uno que, efectivamente, dice:

Rubén Darío
Mundial
Elegancias

► | **Calle del Prado, 21**
El Ateneo de Madrid

Jacinto Benavente, presidente de la sección literaria del Ateneo Madrid, tomó la iniciativa de organizar una velada literaria en honor de Darío. El diario *El Imparcial* dice en su reseña del acto:

...La docta casa sentía desde hace mucho tiempo el deseo de testimoniar, con un acto de tal índole, su admiración al autor de *El canto errante*; pero la brevedad de las estancias de Darío en Madrid lo habían impedido hasta ayer. Ahora, cuando el poeta se halla en esta corte de paso hacia la América del Sur, por donde hará un largo viaje literario representando a la revista parisina *Mundial*, se ha organizado, casi improvisado, el cordial homenaje que, por su inusitada brillantez, dentro de su sencilla forma, resultó digno del poeta festejado.

El hermoso salón de actos del Ateneo estuvo más que lleno, rebosante del público de las más atrayentes reuniones artísticas: bellísimas damas, literatos insignes, eminentes políticos, ocupaban el severo recinto.

La aparición de Rubén Darío en el estrado fue saludada con una larga y unánime ovación.

Jacinto Benavente, que presidía la fiesta y que tenía sentado a su derecha a Darío, dio comienzo a ella con la lectura de un discurso breve y magistral, lleno de la serena gracia del genial dramaturgo, y rematado con el sentimental saludo de un altísimo poeta a un poeta igual. No hay que decir si serían grandes y justos los aplausos que oyó...



Jacinto Benavente

El programa prosiguió con una lectura que hizo Enrique Amado de una de las Cartas Americanas de don Juan Valera dedicada a *Azul*, Andrés González Blanco leyó un juicio crítico suyo sobre la obra de Darío, y lo siguió Joaquín López Barbadillo. Luego leyeron versos del homenajeado las actrices Anita Martos y Hortensia Gelabert, y lo mismo hicieron Nilo Fabra y Ricardo Calvo.

El acto cerró con una lectura que hizo Darío de un poema suyo, escrito para la ocasión:

Todo lo que enigmático destino
ponga de duro o ponga de contrario
al paso del poeta peregrino:

Flecha de tenebroso sagitario,
insulto de sayón, o golpe rudo,
caída en el camino del calvario,

lo resiste quien lleva por escudo,
tranquilo y fuerte en la gloria del día
y con el sueño azul en la cabeza,
la devoción de la Alta Poesía
y de Nuestra Señora la Belleza.

Darío se despidió para siempre de Madrid a mediados de mayo, y Bueno cierra así la segunda de sus crónicas del viaje:



Velada en El Ateneo

Y con esto pongo punto final a esta crónica cuando nos disponemos a salir para Lisboa, en donde embarcaremos para Río de Janeiro.

■ CRONOLOGÍA



- 1867** | Nace el 18 de enero en Metapa, una aldea de las montañas del norte de Nicaragua, alejada su madre Rosa Sarmiento de León por desavenencias con su esposo Manuel García. Es bautizado en León como Félix Rubén García Sarmiento.
- 1869** | Sus padres se separan. Su madre huye a San Marcos de Colón en Honduras con un estudiante, Juan Benito Soriano. Rubén es criado por sus tíos abuelos el coronel Félix Ramírez Madregil, y Bernarda Sarmiento
- 1881** | Da a conocer sus primeros versos y gana renombre como "el poeta niño". Viaja a Managua para leer el poema El libro delante del presidente Pedro Joaquín Chamorro y su gabinete, en la esperanza de ganar una beca de estudios en el extranjero, pero alarma el tono radical del poema, de corte liberal.
- 1882** | En Managua se enamora de Rosario Murillo, "la garza morena". Viaja a San Salvador, donde Francisco Gavidia lo inicia en los versos alejandrinos.
- 1884** | De vuelta en Nicaragua, permanece en Managua donde labora en la secretaría presidencial y en la recién fundada Biblioteca Nacional.

- 1886** | Viaja a Chile. En Santiago se inicia como reportero en la redacción del diario *La Época*. Hace amistad con Pedro Balmaceda, "alma gemela", hijo del presidente José Manuel Balmaceda, y frecuenta el Palacio de la Moneda.
- 1887** | Se traslada a Valparaíso empleado como inspector de aduanas. Publica *Abrojos*.
- 1888** | Primera edición de *Azul*, que don Juan Valera comenta elogiosamente en dos de sus *Cartas Americanas*.
- 1889** | Regresa a Nicaragua, sin más oportunidades en Chile, y de inmediato se va a El Salvador, donde el presidente Francisco Menéndez lo nombra director del diario *La Unión*.
- 1890** | Se casa por lo civil con Rafaela Contreras Cañas, escritora de relatos. El golpe de estado del coronel Carlos Ezeta contra el presidente Menéndez, impide la ceremonia religiosa de la boda. Se ve obligado a huir a Guatemala. Segunda edición de *Azul*.
- 1891** | El presidente Lisandro Barillas lo nombra director del periódico *El correo de la tarde*. Conoce a Enrique Gómez Carrillo. Se celebra en Guatemala la boda religiosa con Rafaela Contreras. Se traslada con Rafaela a San José, Costa Rica, donde hace parte de la redacción del diario *La Prensa Libre*. Nace su primer hijo, Rubén Darío Contreras.
- 1892** | Nombrado secretario de la delegación oficial de Nicaragua envía a España a las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América. El barco hace escala en La Habana donde conoce a Julián del Casal. De regreso, visita en Cartagena de Indias al presidente Rafael Núñez, que lo nombra cónsul de Colombia en Buenos Aires.
- 1893** | Fallece en San Salvador en enero Rafaela Contreras. Su hijo Rubén queda bajo la crianza custodia de Julia Contreras, hermana de Rafaela, y de su esposo el banquero Ricardo Trigueros. En marzo regresa a Managua, donde termina casándose con su antigua novia Rosario Murillo, a consecuencia de una celada urdida por

Andrés Murillo, hermano de esta. En abril viaja a Panamá junto con Rosario para recibir las cartas patentes del consulado en Buenos Aires. Ella desiste del viaje y vuelve a Managua donde nace Darío Darío Murillo, que vivirá pocos meses. Parte para Argentina, vía Nueva York, donde encuentra a José Martí, y París, donde conoce a Verlaine, Jean Moréas, Charles Morice y Alejandro Sawa, y reencuentra a Gómez Carrillo.

1895 | El gobierno de Colombia cierra el consulado en Buenos Aires, y pasa a ser colaborador permanente del diario *La Nación*, su fuente principal de subsistencia. Supresión del consulado colombiano de Buenos Aires.

1896 | Publica en Buenos Aires *Los Raros y Prosas Profanas*. Amistad con Federico Gamboa, Rafael, Obligado, Leopoldo Lugones, Paul Groussac.

1899 | Tras la guerra hispanoamericana, en la que España pierde Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Siam a manos de Estados Unidos, *La Nación* lo envía como corresponsal a España para que escriba sobre la situación de postguerra. Es rodeado por los escritores de la "generación del 98", Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Ramiro de Maeztu, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez.

1900 | Conoce a Francisca Sánchez del Pozo, la muchacha campesina de Navalsauz, en la sierra de Gredos, que será su compañera por el resto de la vida. Visita Navalsauz. *La Nación* lo traslada a París para cubrir la Exposición Universal. En París inicia amistad con Justo Sierra, y Amado Nervo. Viaja a Italia, donde conoce al papa León XIII y a Vargas Vila. En Madrid nace su hija Carmen, que muere de viruela al año siguiente.

1901 | Francisca viaja a París para reunirse con Rubén. Publica *España Contemporánea*, las crónicas de su viaje a España de 1899, y *Peregrinaciones*, también un libro de crónicas. Segunda edición de *Prosas profanas*.

1902 | Publica *La caravana pasa*, libro de crónicas. Conoce en París a Antonio Machado.

- 1903** | Nombrado cónsul de Nicaragua en París. Breve paso por Madrid camino a Málaga, donde pasa una temporada. Viaja también a Granada, Córdoba, Sevilla, Algeciras y Gibraltar, y por pocos días a Tánger. Viaje a Bélgica, Alemania, Austria y Hungría. Nace su segundo hijo, Rubén Darío Sánchez.
- 1904** | Aparece *Tierras solares* (seguido de *Tierras de Bruma*), las crónicas de sus viajes por Andalucía y Europa central el año anterior.
- 1905** | Se traslada a Madrid nombrado como miembro de una comisión de límites del gobierno de Nicaragua en disputa territorial con Honduras que debe resolver un laudo del rey Alfonso XIII. Bajo el cuidado de Juan Ramón Jiménez se publica en Madrid *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*. Verano en La Arena, desembocadura del río Nalón, en Asturias, donde presencia el eclipse de sol. Segunda edición, corregida y aumentada de *Los raros*, editorial Maucci, Barcelona. Muere de bronconeumonía Rubén Darío Sánchez en Navalsauz.
- 1906** | Viaja a Mallorca en compañía de Francisca Sánchez y su hermana María, y se instalan en Palma. Aparece en París Rosario Murillo, que le embarga judicialmente los sueldos de cónsul. Envía a París a Francisca a ver ese asunto, y el barco en que ella viaja a Barcelona escapa de zozobrar. Escribe algunos capítulos de la novela *La isla de oro*.
- 1907** | Encuentro en Brest con Rosario Murillo, que lo sigue hasta el balneario, en busca de reconciliación matrimonial. Él pide el divorcio. Nace en París su segundo hijo Rubén Darío Sánchez, alias *Güicho*. Emprende viaje a Nicaragua donde es recibido triunfalmente. El congreso nacional aprueba una reforma a la ley de divorcio, denominada "Ley Darío", que le permite zanjar el asunto con Rosario Murillo, divorcio que nunca llega a consumarse.
- 1908** | El presidente José Santos Zelaya, tras muchas reticencias, lo nombra embajador de Nicaragua en España. Presenta credenciales ante el rey Alfonso XIII. Las dificultades para sostener la embajada, a falta de recursos económicos, se vuelve crítica.

- 1909** | A comienzos de año viaja a Italia. Aparecen en España *Alfonso XIII* (Biblioteca Ateneo) y *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*, bajo el mismo sello editorial. Verano en La Arena, Asturias. En diciembre sale al exilio el presidente Zelaya, y lo sustituye por un corto José Madriz.
- 1910** | Regresa a París al fracasar su misión diplomática en Madrid. Publica *Poema del otoño y otros poemas* (Madrid, Biblioteca del Ateneo). *La Nación* de Buenos Aires publica *Canto a la Argentina*, escrito en homenaje al centenario de la independencia. Verano en Bretaña, donde visita al poeta Saint Paul Roux. El presidente de Nicaragua José Madriz los nombra delegado a las fiestas del Centenario de la Independencia de México y en agosto se embarca en Saint-Nazaire hacia a Veracruz. Durante la travesía se entera de que Madriz ha renunciado. Los cabecillas del movimiento armado conservador toman el poder en Nicaragua, apoyados militarmente por Estados Unidos. El gobierno del dictador Porfirio Díaz le impide llegar a la ciudad México, y debe permanecer en Veracruz. Manifestaciones estudiantiles en apoyo de Darío que presagian la revolución por venir. Vuelve a Europa desde La Habana en diciembre.
- 1911** | En París recibe la oferta de los hermanos Guido, empresarios uruguayos, de dirigir las revistas *Mundial* y *Elegancias*, lo que acepta, agobiado por sus dificultades de dinero. La relación con los empresarios será mala desde el comienzo, a pesar del gran éxito comercial de las revistas.
- 1912** | Los hermanos Guido organizan una gira de promoción de las revistas, que comienza en abril y lo lleva por Barcelona, Madrid, Lisboa, Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires. Entre octubre y noviembre escribe para *Caras y Caretas* su autobiografía, *La vida de Rubén Darío escrita por el mismo* e *Historia de mis libros*. Enfermo, regresa a París.
- 1913** | Viaja a Mallorca invitado por don Juan Sureda y su esposa la pintora Pilar Montaner, y se aloja en el palacio del Rey Sancho en Valldemossa. Continúan sus crisis alcohólicas. Se retrata vestido de monje cartujo. Intenta una novela, *Oro de Mallorca*, de la que se publican algunos capítulos en *La Nación*.

- 1914** | Últimos meses en París. Se traslada a Barcelona, desde donde viaja a Nueva York para iniciar una gira de conferencias pacifistas, al haberse inminente la Primera Guerra Mundial. Deja a Francisca Sánchez en Barcelona, con su hijo Güicho, sin medios para subsistir, en la esperanza de que las conferencias puedan aportar recursos. Nueva crisis alcohólica en Nueva York, donde es hospitalizado enfermo de pulmonía.
- 1915** | Conferencia en la universidad de Columbia. Archer M. Huntington, presidente de Hispanic Society, lo condecora con la Medalla de Artes y Literatura. Escribe el poema *Pax*. Viaja a Guatemala, invitado por el dictador Manuel Estrada Cabrera. Sigue muy enfermo. Llega a buscarlo Rosario Murillo quien lo lleva de regreso a Nicaragua.
- 1916** | Regresa a León para ponerse en manos del doctor Luis H. Debayle, su amigo de la infancia, la ciudad de su infancia. Le hacen punciones muy dolorosas en el hígado, sin buenos resultados. En su testamento nombra heredero universal a su hijo Rubén Darío Sánchez, Güicho. Muere el 6 de febrero. Le extraen el cerebro. Es enterrado en la catedral de León, al pie de la estatua de San Pablo, tras un funeral apoteósico.

BIBLIOGRAFÍA



Darío, Rubén.
El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical.
Biblioteca Ateneo.
Madrid, 1909.

Darío, Rubén.
Historia de mis libros (1909)
Editorial Nueva Nicaragua,
Colección Azul.
Managua, 1988.

Darío, Rubén.
España Contemporánea
(Prólogo de Sergio Ramírez)
Editorial Alfaguara,
Madrid, 1998.

Darío, Rubén.
La vida de Rubén Darío escrita por él mismo (1913).
Biblioteca Ayacucho,
Caracas, 1991.

Darío, Rubén
Peregrinaciones (1901)
Obras Completas, XII.
Editorial Mundo Latino,
Madrid, 1928.

Darío, Rubén.
Poesías Completas.
Edición del centenario (1867-1967)
Edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte.
Aumentadas con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmás.
Editorial Aguilar,
Madrid, 1967.

Darío, Rubén.
Semblanzas
Obras Completas
Ordenada y prologadas por Alberto Ghirardo
Biblioteca Rubén Darío
Avila, 1927.

Darío, Rubén.
Tierras Solares.
Obras Completas,
(Edición de Rubén Darío Sánchez)
Madrid, 1920.

Jiménez, Juan Ramón
Mi Rubén Darío
(Prólogo de Juan Cobos Williams)
Visor Libros,
Diputación de Huelva.
Madrid, 2012.

Torres, Edelberto
La dramática vida de Rubén Darío
Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA)
San José, Costa Rica, 1980.

Vargas Vila, José María
Rubén Darío
Biblioteca Ayacucho
Caracas, 1994.



**Comunidad
de Madrid**